

El Colegio de México

Centro de Estudios Internacionales

Los Factores Externos en la Caída del Gobierno Sandinista

**Tesis que para obtener el Título de Licenciado en
Relaciones Internacionales presenta:**

Rosa Eugenia Sandoval Bustos

MÉXICO, D. F., 1995.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
I. ESTADOS UNIDOS Y CENTROAMÉRICA	6
A. La importancia de Centroamérica para Estados Unidos	7
B. La influencia norteamericana en la formación del poder político nicaragüense	11
II. EL CAMBIO DE RÉGIMEN EN NICARAGUA	22
A. Orígenes y características del sandinismo	22
B. Llegada del sandinismo al Poder	26
1. Condiciones Económicas	26
2. La Unión de la Oposición	28
C. Reacción estadounidense	31
III. ESTADOS UNIDOS EN NICARAGUA	40
A. La política exterior durante la Administración Reagan	42
1. La Doctrina Reagan	43
2. La Guerra de Baja Intensidad	46
a. Razones para implementar la Guerra de Baja Intensidad	48
B. La Guerra de Baja Intensidad en la práctica: la Contra	50
1. Orígenes y Características de la Contra	51
C. La política dual del gobierno estadounidense	52
1. Asfixia económica	59
2. Retórica y promoción de la democracia	63
IV. RELACIÓN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA Y DE CUBA CON EL GOBIERNO SANDINISTA	77
A. Los soviéticos y América Latina	78
B. Centroamérica: entre el Este y el Oeste	81
1. El triunfo de la Revolución Sandinista	83
2. Apoyo militar	85
V. LA CONCLUSIÓN DE UN CONFLICTO	96
A. La experiencia de Contadora	97
1. Orígenes de Contadora	100

2. Los intentos por alcanzar la paz y el <i>impasse</i> de Contadora	104
B. Plan Arias	106
C. Cuba y la Unión Soviética frente al proceso de paz	113
D. Sapoá y Tela	115
E. Elecciones	120
CONSIDERACIONES FINALES	130
BIBLIOGRAFÍA	135

INTRODUCCIÓN

La Guerra Fría no solamente caracterizó las relaciones entre las superpotencias, sino que determinó el contacto de éstas con los países relativamente menos poderosos. Asimismo, el conflicto bipolar influyó en la naturaleza de los sistemas de gobierno de los Estados comprendidos en la esfera de influencia de alguna de las dos grandes potencias, lo cual se puede ilustrar con los países centroamericanos para el caso norteamericano.

Después del derrumbe del bloque del Este, las investigaciones que se centraban en el estudio de las transiciones democráticas en países de América Latina disminuyeron en favor del análisis de las transiciones de los países antes comunistas. La importancia de Centroamérica, como materia de estudio académico, disminuyó después de las negociaciones regionales de paz; sin embargo, los problemas que enfrentaban los países de esta región no se solucionaron con esas negociaciones, ni con la caída del Muro de Berlín. Aunque se reconoce que la democracia es el sistema político más deseable en la mayoría de los países occidentales, el debate sobre el desarrollo y la estabilidad interna sigue inconcluso. Aun después de que finalizó la guerra fría no existe una respuesta para los innumerables problemas que enfrentan los países en desarrollo. El estudio de las características de las fuerzas políticas de esos países se vuelve necesario para entender los problemas que les aquejan. En este sentido, el estudio de la influencia externa en el proceso político nicaragüense es muy importante para entender sus conflictos; esto significa estudiar la presencia norteamericana en Nicaragua.

El objetivo de esta tesis es identificar la importancia de los factores externos en la caída del gobierno sandinista. Para poder analizar seriamente este fenómeno es necesario tomar en cuenta la relación de Estados Unidos con la Contrarrevolución nicaragüense, la de la Unión

Soviética, Cuba y Estados Unidos con el gobierno sandinista, y las propuestas de paz que contribuyeron a la distensión en Centroamérica.

El argumento que esta tesis propone considera que el gobierno sandinista no pudo consolidarse debido a la presión militar, diplomática y económica de que fue objeto por parte de Estados Unidos, y que coincidió con un periodo en el que la Unión Soviética no estaba dispuesta a utilizar sus recursos en una zona que no resultaba de vital interés para su seguridad. El argumento consta de dos partes principales: la primera se refiere a la presencia histórica de Estados Unidos en Nicaragua, caracterizada por la relación con grupos de nicaragüenses que han buscado derrocar al gobierno oficial con el apoyo norteamericano; la segunda considera la importancia del sistema internacional (entendido como el bloque socialista en esta tesis), que no favoreció al gobierno sandinista.

La presencia de Estados Unidos ha sido determinante en la formación del poder político nicaragüense y la Revolución sandinista no fue ninguna excepción. Es decir, la Revolución sandinista como gobierno tenía muy pocas probabilidades de mantenerse si no tomaba en cuenta la influencia norteamericana tradicional --Estados Unidos fue, finalmente, el factor externo más importante en la caída del gobierno sandinista. La Revolución Nicaragüense, a diferencia de la Cubana, no ocurrió en un momento en que el sistema internacional le beneficiara, ya que la Unión Soviética estaba perdiendo poder y no tenía los recursos para apoyar una nueva revolución en el hemisferio occidental. Considerando lo anterior, es posible afirmar que el proceso que llevó a la caída del gobierno sandinista era, hasta cierto punto, predecible, dado que Estados Unidos percibía al sandinismo como opuesto a sus intereses, y dada la falta de un apoyo sustancial alternativo al nuevo gobierno nicaragüense. La derrota de los

sandinistas no puede entenderse sin tomar en cuenta el momento internacional que comenzó con la apertura soviética.

En esta tesis, la influencia de Estados Unidos en el proceso político nicaragüense se tomará como un factor permanente, cuya intensidad depende de las acciones de las fuerzas políticas internas. En momentos de crisis, la presencia norteamericana en Nicaragua aumenta. La Unión Soviética y Cuba constituyen, en este caso, una variable dependiente de las posiciones norteamericanas, de la profundidad del conflicto bipolar que define los espacios en el sistema internacional y del acercamiento del gobierno nicaragüense a los países socialistas.

Cuando comenzaron los procesos de la *Perestroika* y la *Glasnost*, la débil situación económica de la Unión Soviética salió a la luz. La crisis económica en este proceso impidió que la ayuda que se enviaba a algunos países menos desarrollados continuara en la misma magnitud. Cuando la disminución del poder soviético fue evidente las negociaciones entre las superpotencias provocaron que el respaldo económico, logístico e ideológico que recibían algunos regímenes, como los de Cuba y Nicaragua, y movimientos armados, como el de El Salvador y Guatemala, que simpatizaban con el régimen socialista de la potencia soviética, disminuyera. Nicaragua, después de todo, no era un interés vital para los soviéticos.

En el periodo que se analiza en este trabajo (1979-1990), los actores internos buscaron apoyo en otros países para equilibrar la balanza de poder, ya de por sí frágil, del Estado nicaragüense. Es preciso reconocer que la presencia norteamericana y la soviética (sin dejar de incluir a Cuba) no ocurrió de la misma manera: la experiencia cubana, la lejanía y la falta de recursos soviéticos influyeron en que los sandinistas no recibieran todo el apoyo que necesitaban para sobrevivir; en cambio, Estados Unidos tenía a su favor su influencia histórica en la región, su cercanía y sus recursos

para apoyar a la Contra. El poder relativo de las potencias y su presencia en el área orientaron a que el resultado final, en 1990, se inclinara en favor de los intereses que los norteamericanos protegían, manteniendo así la tradición de la presencia histórica de Estados Unidos en el proceso político nicaragüense.

En la elaboración de la tesis se tomarán en cuenta algunos supuestos realistas para analizar la influencia de los factores externos en la caída del gobierno sandinista. Se utilizará el concepto del actor racional unificado la mayor parte del tiempo y, como se ha mencionado, se subrayará la importancia del sistema internacional. Debido a la conexión que existe entre las relaciones exteriores de Nicaragua y su política interna, sin embargo, el Realismo no siempre es suficiente para explicar los eventos nicaragüenses. Por lo anterior, las relaciones internacionales y la política interna se examinarán de manera conjunta, tomando en cuenta las presiones económicas y diplomáticas que enfrentó el gobierno sandinista. Se trata de una relación de políticas compleja; a pesar de lo intensas que puedan llegar a ser las presiones externas, no obstante, por lo general existe un espacio en el que las fuerzas políticas internas emiten respuestas --salvo en situaciones de ocupación total.¹

La tesis se divide en cinco capítulos. El primer capítulo de la tesis se ocupará de la presencia histórica de Estados Unidos en la formación del poder político nicaragüense, tomando en cuenta las facciones que se aliaban con Estados Unidos para conquistar y mantenerse en el poder. En el segundo capítulo se analizará la instauración del gobierno sandinista, revisando los orígenes y las características que llevaron al movimiento al poder, así como la reacción estadounidense al cambio revolucionario. En el tercero se presentará la influencia estadounidense en la formación de las fuerzas contrarrevolucionarias. En este capítulo se ejemplifica la importancia de la "presencia estadounidense" en la política nicaragüense,

continuando con el modelo intervencionista tradicional. Sin llegar a la intervención militar directa, como en algunas ocasiones en el pasado, la presencia de Estados Unidos se puede identificar en dos formas: en apoyo ('encubierto') a facciones nicaragüenses, la Contra, y como una política de gobierno que pretende minar el poder sandinista aunque su retórica favorezca una solución negociada. En el capítulo cuarto se expondrá el apoyo que los gobiernos soviético y cubano otorgaron a los sandinistas. La creciente debilidad hacia el final de la Guerra Fría dejó al gobierno sandinista sin un respaldo internacional decisivo para su sobrevivencia. El capítulo quinto se referirá a las negociaciones de paz en que los factores externos tuvieron también una enorme importancia, incluyendo los gobiernos de la región. Por último, en las consideraciones finales se presentará un breve resumen de la tesis en función del argumento presentado en esta introducción y se harán algunas reflexiones acerca de la viabilidad de la democracia en Nicaragua después de la Revolución.

¹ Peter Gourevitch, "The Second image reversed: the International Sources of Domestic Politics", *International Organization*, vol. 32, núm. 4, otoño de 1978, p. 911.

I. ESTADOS UNIDOS Y CENTROAMÉRICA

En este capítulo se hará una breve revisión de la presencia norteamericana en Centroamérica y de la manera en que el gobierno estadounidense influyó históricamente en la formación del poder político nicaragüense. El argumento de este capítulo es que Estados Unidos buscó, algunas veces infructuosamente, alternativas a la intervención directa en Nicaragua. Los objetivos norteamericanos pueden identificarse como la estabilidad política en la región, la garantía de sus intereses económicos y la posibilidad de construir un canal interoceánico en Nicaragua en el siglo XIX. Con el tiempo, Centroamérica se convirtió en el "área natural" de influencia de Estados Unidos. Pese a su poder, Estados Unidos no siempre logró sus objetivos en Nicaragua, ya que la inestabilidad política, la ausencia de una fuerza política dominante o la fragilidad del Estado nicaragüense lo impedían. Puede afirmarse que, desde el siglo pasado no ha existido una fuerza que estabilice la situación política en Nicaragua. De ahí la dependencia que se generó en el apoyo estadounidense.

En este capítulo se revisará muy brevemente la presencia de Estados Unidos en Nicaragua en el siglo XIX, y durante parte del siglo XX, con el objetivo de mostrar que, desde entonces, tal presencia ha sido determinante en la formación del poder político nicaragüense.¹ El punto de partida en este sentido será 1856, fecha en que Managua se estableció como capital del país centroamericano. El fin del periodo que se analiza en este apartado será 1981, fecha en que James Carter dejó la presidencia de Estados Unidos. Dada la importancia de la política exterior norteamericana en la Revolución Sandinista, el periodo de la administración Carter se tratará con más detalle en el siguiente capítulo; en éste sólo se esbozarán sus principales rasgos. Es necesario precisar que no se pretende llevar a cabo una presentación exhaustiva de fechas y sucesos, sino que el

propósito es señalar los elementos que permitan evaluar la influencia que históricamente ha tenido Estados Unidos en Nicaragua.

A. La importancia de Centroamérica para Estados Unidos

Durante la mayor parte del siglo XIX, el gobierno de Estados Unidos se caracterizó por interferir en los asuntos de los países latinoamericanos sólo cuando veía que sus intereses resultaban afectados directamente. Ejemplo de ello fue que Estados Unidos se limitó a ser observador de los procesos de independencia emprendidos por los países latinoamericanos.²

En la primera mitad del siglo XIX, el interés principal de Estados Unidos fue fortalecer su liderazgo por medio del apoyo a la estabilidad de los gobiernos latinoamericanos y de la exclusión de la influencia europea. No obstante, en 1823 –fecha de la formulación de la Doctrina Monroe– era evidente que Estados Unidos se enfrentaba a la realidad de la hegemonía británica en la región. Esta Doctrina reflejaba las aspiraciones por evitar intentos de recolonización o intervención europea en los asuntos americanos. A pesar de que el propósito de Estados Unidos era otorgar seguridad al continente, para los países latinoamericanos la formulación de la Doctrina Monroe constituía una amenaza; era una expresión de las aspiraciones hegemónicas de Estados Unidos.³ Entonces "Estados Unidos podía proclamar la Doctrina Monroe, pero la flota y los inversionistas ingleses dictaban sus propias reglas".⁴

En efecto, hacia la mitad del siglo XIX, Estados Unidos enfrentaba a Gran Bretaña en dos áreas: el comercio de esclavos y el tráfico transoceánico. Los esfuerzos estadounidenses por asegurar los derechos para la construcción de un canal en Nicaragua, Tehuantepec y Colombia (Panamá) se orientaban a limitar la presencia británica en el continente. En 1850 se negoció finalmente el Tratado Clayton-Bulwer en el que se

estableció la administración conjunta del Canal en Nicaragua entre este país y Estados Unidos.⁵

Una de las razones por las que la negociación del tratado fue posible fue la necesidad de evitar tensiones que pudieran poner en peligro el creciente comercio anglo-americano.⁶ Además, Inglaterra se preocupaba cada vez más por la Guerra de Crimea y menos por Centroamérica que, de hecho, comenzaba a mantener cierto orden bajo la influencia de Estados Unidos.⁷

A finales del siglo pasado los débiles gobiernos y las economías de subsistencia latinoamericanas se enfrentaban a un cada vez más poderoso vecino en el Norte que fortalecía su Estado y expandía su base industrial. Estados Unidos practicaba, entonces, un doble papel: el de protector y el imperialista. Por ejemplo, alejar a España de Cuba no significaba anexarse la isla, de ahí el contenido de la Enmienda Platt, en la que se establecía el control norteamericano de la isla, pero no su anexión.⁸ La guerra contra España fue la oportunidad para que Estados Unidos demostrara que tenía los recursos y la voluntad para convertirse en una gran potencia. Con el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe (1904) se confirmó que Estados Unidos era el que definía y ponía en práctica la aplicación de las leyes. Entonces eran los instrumentos políticos y militares los que se utilizaban para hacer valer el liderazgo norteamericano.

Los intereses de Estados Unidos se han articulado de formas distintas. En el siglo XX, la Diplomacia del Dólar constituyó una nueva política de Estados Unidos hacia Latinoamérica por la cual el comercio se convirtió en el instrumento principal para cuidar los intereses norteamericanos en esa región. Por otra parte, respondiendo a intereses políticos, el Presidente Woodrow Wilson pensaba que Estados Unidos tenía que enseñar —si era preciso, con intervenciones— los valores democráticos y capitalistas. Después, la política de la Buena Vecindad sirvió para defender los

intereses estadounidenses –seguridad, estabilidad e intereses económicos- - sin hacer uso extensivo de la fuerza.⁹ Era preciso, entonces, aliarse con las élites locales y, de ser necesario, con los dictadores. Más que la democracia, la prioridad era el orden.¹⁰

La asimetría de poder entre Estados Unidos y el resto de los países del continente americano se acentuó con los conflictos bélicos mundiales. América Latina se reafirmó como exportador de materias primas en el esquema impuesto por el sistema internacional y Estados Unidos como potencia hegemónica. Después de la Segunda Guerra Mundial, el mapa mundial quedó determinado por el conflicto Este-Oeste, y el lugar de América Latina como el área formal de influencia natural de una de las superpotencias, Estados Unidos, quedó definido. De 1947 a 1965 –fecha en que la posibilidad de una guerra nuclear se alejó aunque siguió presente hasta el fin de la guerra fría (sobre todo en el periodo de la Administración Reagan),– el carácter de las relaciones Estados Unidos-América Latina estuvo determinado por la voluntad de Estados Unidos de preservar al continente del comunismo;¹¹ así como por el objetivo de evitar que el capitalismo cayera por el "eslabón más débil".¹²

Puede decirse que a partir de la configuración del mundo bipolar, la intervención de Estados Unidos en América Latina ha tenido que conciliar dos objetivos diferentes: control y compromiso de liberar. El ideal de Estados Unidos ha sido que los gobiernos nacionales, de acuerdo con los intereses norteamericanos, puedan mantenerse. Sin embargo, el apoyo externo a aquellos gobiernos nacionales ha contribuido a que éstos no hayan podido responder a los requerimientos políticos internos, de tal forma que se ha creado una oposición interna que provoca la inestabilidad en los países en cuestión.¹³

Cuando hay una gran diferencia de poder entre Estados, los asuntos internos de los países pequeños integran una parte sustancial de sus

relaciones con el país poderoso, y en consecuencia la política interna pasa a ser una parte muy importante de la relación. El Estado más poderoso busca defender sus intereses en el Estado pequeño. El logro de la eficacia de las instituciones internas es motivo frecuente de las intervenciones por parte del Estado más poderoso –intervenciones que han buscado tener un carácter temporal para consolidar un gobierno fuerte en los países débiles.¹⁴

La debilidad de los países latinoamericanos (por más que se hayan fortalecido siempre han sido débiles vis-à-vis Estados Unidos) crea un clima de inseguridad que coincide con el aumento de fuerza –y la posibilidad de intervención– de Estados Unidos. Ejemplo de ello es que en Nicaragua, durante el siglo XIX, leoneses y granadinos recurrían al apoyo norteamericano para fortalecer su posición. En realidad, no existía un gobierno legítimo que estabilizara la situación política. Esta división regional en Nicaragua constituyó a la vez la lucha por el poder político.

Una vez que se materializa la intervención, sin embargo, los sucesos no están totalmente bajo el control de Estados Unidos, que se enfrenta a la tarea de legitimar su presencia o terminarla sin que comience una nueva dictadura. El hecho de que Estados Unidos, a pesar de su fuerza, no siempre consiga sus objetivos –que, en este caso, sería el logro de un poder estable que asegure sus intereses sin tener que intervenir directamente– puede explicarse con lo que David A. Baldwin denomina *la paradoja del poder no realizado*. De acuerdo a este autor, los países fuertes no son capaces de imponer su voluntad sobre los débiles porque los procesos de conversión del poder a los hechos no funcionan ya que los países poderosos no tienen la habilidad o la voluntad de convertir recursos en hechos concretos.¹⁵ Este es un dilema que, en el caso de Nicaragua al menos, sólo podría resolverse si el nuevo gobierno resultara políticamente autosuficiente; mientras tanto, Estados Unidos encuentra un refugio parcial

detrás de un gobierno que goza de las prerrogativas formales de la soberanía.

Según Whitney Perkins, Estados Unidos no ha impuesto su voluntad sin enfrentar dificultades.¹⁶ La dominación política no ha tenido un equivalente al predominio militar o económico, ya sea, entre otras razones, porque la sociedad norteamericana no está conforme con los resultados obtenidos, porque los gobiernos nacionales se adaptan a ser dependientes y evitan responsabilidades, o porque se da expresión a intereses y demandas que en una relación imperialista no tienen raíces profundas, por lo que el juego político se caracteriza por ser demasiado complejo.¹⁷

En general, puede decirse que Estados Unidos interviene para resolver problemas concretos y que, factores ajenos a él, como la falta de una fuerza política importante o el caos económico en el Estado débil, hacen que su intervención aumente y se prolongue. La inestabilidad en las sociedades latinoamericanas no es fácil de resolver; los problemas económicos y sociales no disminuyen con la presencia norteamericana si no se crean instituciones que sean capaces de impulsar un cambio profundo.

B. La Influencia Norteamericana en la Formación del Poder Político Nicaragüense

En la segunda mitad del siglo XIX, la construcción de un canal interoceánico en territorio nicaragüense y la conveniencia de tener un papel en el exterior definían el conservadurismo del gobierno nicaragüense. Así, no debían llevarse a cabo políticas agresivas, "porque ello traería resistencia y guerra, afectando la posible construcción del canal".¹⁸ La posibilidad del canal también influyó en que los intereses de la potencia hegemónica (Gran Bretaña) y de la que se encontraba en formación (Estados Unidos), se encontraran en la zona. Asimismo, tanto

los liberales como los conservadores nicaragüenses aprovecharon la movilidad que existía en el sistema internacional para acudir a Estados Unidos o a Inglaterra según conviniera a sus intereses.

Casi medio siglo de inestabilidad política provocada por las pugnas entre liberales y conservadores nicaragüenses tuvo un respiro con el gobierno liberal que se estableció en 1893 encabezado por José Santos Zelaya. Para los norteamericanos, Zelaya tenía la personalidad que se requería para asegurar el orden y el crecimiento en la zona.¹⁹ Sin embargo, los problemas que enfrentó el gobierno zelayista —como la militarización de la sociedad, la recuperación de la región Misquita en 1898, el fusilamiento de mercenarios estadounidenses, la guerra contra Honduras y El Salvador en 1906 y la fragilidad de las alianzas políticas—²⁰ provocaron pronto la caída de los liberales y el surgimiento del caos. A pesar de que Zelaya representaba el poder político nacional, el orden interno siguió dependiendo del orden estratégico externo; es decir, de la ayuda o la oposición de las potencias extranjeras a las facciones internas.²¹

Los norteamericanos rechazaban el carácter intervencionista de Zelaya²² y no estaban dispuestos a que la creciente inestabilidad de la región afectara sus intereses canaleros, mismos que ya habían sido aceptados por Inglaterra como legítimos con la firma del tratado Hay-Pauncefote en 1901, mediante el cual se estableció el dominio norteamericano sobre el Canal.²³

La oposición antizelayista encontró su vínculo político en Estados Unidos, aunque no hay evidencia que muestre la relación de los norteamericanos con los rebeldes al comenzar la rebelión. Inicialmente, Zelaya tenía la superioridad militar pero con el tiempo Estados Unidos inclinó la balanza en favor de los antizelayistas. Para 1910 era claro que la frágil estabilidad impuesta por los liberales había sido irumpida por el

apoyo de Estados Unidos a las fuerzas rebeldes, que de cualquier manera hacían que el gobierno zelayista peligrara.²⁴

El nuevo gobierno conservador, encabezado por José Dolores Estrada, aceptó varias condiciones antes de recibir el reconocimiento de Estados Unidos —que le había sido negado al anterior presidente José Madriz—²⁵ en 1910. Tales condiciones se referían a la realización de elecciones en seis meses, el otorgamiento de las aduanas en garantía para recibir el préstamo solicitado, el compromiso de un proceso serio a los responsables de los asesinatos de dos norteamericanos, la debida indemnización y la creación de una comisión bilateral para definir las líneas de la política del gobierno de Estrada.²⁶ Como la inestabilidad podía poner en peligro al gobierno de Estrada, éste estuvo dispuesto a aceptar todas las condiciones norteamericanas para obtener el reconocimiento diplomático excepto el tiempo que habría de durar su gobierno, cuyo plazo se extendió a dos años.

Para gobernar, Estrada contó con el apoyo de Estados Unidos aunque la visión global de ambos países sobre la situación nicaragüense era diferente: para los nicaragüenses, la rehabilitación económica antecedió a la política, para los norteamericanos —representados por el ministro nombrado en 1912, George Weitzel— primero debía resolverse la cuestión política.

Cuando Estrada intentó abusar del poder que tenía, al aprehender al General Mena —que controlaba la Nueva Constituyente establecida en 1911—, el presidente nicaragüense no encontró eco en sus colaboradores, así que tuvo que dejar el poder en manos de Adolfo Díaz. El nuevo presidente, sin embargo, tuvo que asegurarle al General Mena que sería él quien ocuparía la presidencia. Pero Mena, ante el silencio de Estados Unidos en cuanto a la posibilidad de que él ocupara la presidencia, se levantó en contra del gobierno de Díaz con las banderas del liberalismo y

el antiamericanismo.²⁷ El movimiento de Mena encontró simpatías en El Salvador, Honduras y Costa Rica, pero aquéllas desaparecieron cuando los primeros *marines* llegaron. De nuevo, la intervención de Estados Unidos, en esta ocasión de carácter militar, fue lo que definió hacia qué lado habría de inclinarse la balanza del poder en Nicaragua. Esta vez fue en favor de Díaz, "cuyo gobierno sólo se salvó –e incluso se prolongó hasta 1916– gracias a la intervención norteamericana".²⁸ De 1916 a 1920 gobernó Diego Manuel Chamorro, de corte conservador, pero que enfrentó a una oposición liberal cada vez mejor organizada, hasta que en 1920 una coalición conducida por José Esteban Gutiérrez se levantó en su contra y asumió la presidencia.

Para el segundo decenio del siglo ya no era tan evidente que la sociedad estuviera inmovilizada. Desde la oposición, los liberales se organizaban para detentar el poder. Por su parte, el gobierno de Chamorro ofrecía un gobierno de transición para 1924, pero esto planteaba la necesidad de que los nicaragüenses enfrentaran solos los desafíos políticos. De hecho, los norteamericanos ya querían retirarse, pero no deseaban perder el poder de veto sobre la sucesión presidencial.

La idea de crear Guardias Nacionales, que surgió en 1922 como resultado de las conferencias de paz convocadas por Estados Unidos ante el peligro de inestabilidad regional en Washington, parecía resolver el problema de la retirada de Estados Unidos. Esta se refería a la creación de Guardias Nacionales organizadas por norteamericanos y que no respondieran a intereses partidistas para, finalmente, colaborar en la tarea de imponer el orden. Cuando todavía no se ponía en práctica la idea de la Guardia Nacional, el gobierno norteamericano decidió retirar a los *marines* de Nicaragua. Como era lógico suponer, cada partido quería manejar a las fuerzas militares a su favor, y la incipiente paz terminó dieciocho meses después de que los *marines* dejaron Nicaragua en 1925. El conservador

Emiliano Chamorro en alianza con el General Alfredo Rivas, que resguardaba la sede de la Guardia presidencial, se levantó en contra del también conservador Carlos Solórzano por considerar que su gobierno tenía matices liberales que no se podían aceptar.

El vicepresidente liberal Juan Bautista Sacasa acudió nuevamente a los norteamericanos, quienes le respondieron que "si los políticos pensaban que el Departamento de Estado tendría siempre la última palabra, la estabilidad nunca sería alcanzada".²⁹ Sin embargo los norteamericanos volvieron a intervenir. La situación hacia 1926 era caótica: Emiliano Chamorro dio un golpe interno de Estado —sin el reconocimiento estadounidense— al mismo tiempo que Sacasa se proclamaba como el Presidente legítimo.³⁰ Estados Unidos apoyó a Díaz, ya que éste era civil y conservador moderado. Además gozaba del apoyo de la mayoría y aseguraba los intereses norteamericanos. Por otra parte, Sacasa contaba con el apoyo del gobierno mexicano y Chamorro había demostrado sus pocas habilidades para gobernar.

En 1927 las tropas norteamericanas llegaron a Nicaragua de nuevo; en consecuencia, los liberales se levantaron en armas bajo el mando del General Moncada. Los norteamericanos querían negociar la paz, pero la búsqueda de partidos y hombres que pudieran estabilizar al país había sido, además de lenta, inútil. Aunque la firma del Acuerdo de paz El Espino apareció como un paso hacia la estabilidad; Augusto César Sandino se levantó en armas pidiendo la renuncia de Díaz.³¹

La Guardia Nacional se creó finalmente en 1927, lo cual representaba una alternativa a la intervención directa estadounidense. Para entonces, liberales y conservadores habían concluido que ninguno podía ganar por sí mismo. Era claro que ambos bandos confiaban en Estados Unidos, pero no en el otro. Los norteamericanos eran los únicos que podían controlar la realización de elecciones.³² El gobierno del General Moncada que se inició

en 1928 como resultado de esas elecciones no permaneció ajeno al desorden político.

Por su parte, en Estados Unidos no existía una opinión favorable a la intervención en Centroamérica. Tal postura se sustentaba, por un lado, en la opinión pública norteamericana y, por el otro, en la incompatibilidad que la intervención en Nicaragua tenía con el intento de movilizar a la opinión internacional en contra de la agresión japonesa en Asia. Aunque los norteamericanos querían retirarse para 1932, fueron los liberales mismos quienes les pidieron que se quedaran. De hecho, no existían políticos que sin la ayuda norteamericana pudieran controlar al país, lo cual se hizo aún más difícil con la aparición en la escena política de dos nuevos actores: Augusto César Sandino y Anastasio Somoza, ambos con armas, uno en las montañas y otro en la Guardia Nacional. Somoza fue el primer líder lo suficientemente fuerte para reconocer que la presencia de Estados Unidos ya no era necesaria. Mientras los norteamericanos debatían la manera para retirarse de los asuntos internos nicaragüenses, Somoza fue tomando el control del poder y llegó a la presidencia en 1936 después de la realización de elecciones.³³

La personalidad de Anastasio Somoza y la falta de otro líder que agrupara a las fuerzas de oposición le permitió ignorar varias veces los límites constitucionales que impedían su reelección como Presidente. Desde que Somoza llegó a la Presidencia en 1936 hasta su muerte en 1956 siempre tuvo el poder pues de hecho siguió gobernando detrás de la silla presidencial ocupada por Leonardo Argüello en 1947, y aprovechó la muerte de su sucesor en la presidencia de 1948 a 1950, Víctor Manuel Román, para regresar formalmente al principal puesto de mando del país en ese último año.

Somoza tuvo la habilidad para actuar de acuerdo al escenario internacional que dividía al mundo en dos sistemas diferentes. En 1954,

por ejemplo, supo obtener ventajas ante la supuesta amenaza comunista en Guatemala. La ayuda –sobre todo militar– que Nicaragua recibió de Estados Unidos se incrementó notablemente en esos años ya que Somoza subrayaba continuamente la necesidad de mantenerse protegido en contra de los enemigos externos y de defender el *status quo* vigilado por la potencia norteamericana.

Anastasio Somoza manipuló la variable norteamericana tanto como los intereses norteamericanos habían manipulado a Nicaragua. Somoza aprendió de la larga historia de las relaciones entre Estados Unidos y Nicaragua los momentos en que era pertinente hacer caso a las presiones estadounidenses. En los sesenta, durante los años que corresponden al periodo de la administración de L. B. Johnson, los militares latinoamericanos eran responsables de mantener el orden interno de acuerdo con las doctrinas contrarrevolucionarias que condenaban el cambio y combatían a las guerrillas. De igual forma, Somoza supo manejar la tensión interna.³⁴

Después de la muerte de Somoza, su hijo Luis, quien tomó posesión como presidente en 1956, permitió más libertades políticas, pero esta incipiente liberalización ³⁵ del régimen llegó a su fin con su muerte en 1967, fecha en la cual su hermano Anastasio Somoza asumió la presidencia sin tomar en cuenta ninguna regulación constitucional. De cualquier manera, el nuevo heredero de la dinastía Somoza conocía el proceso político norteamericano mejor que el de su propio país (ya que estudió muchos años en Estados Unidos), lo que le sirvió para manejar la variable externa más importante en el gobierno nicaragüense.³⁶ Ya que los norteamericanos no habían protestado en ninguna de las veces en que la Constitución había sido cambiada, Somoza pensaba que no era importante obedecer el proceso legal, de manera que, sin contrincante, y sin la venia de la Iglesia, se reeligió como Presidente para otro periodo y, de nuevo, en

1974, los límites constitucionales fueron ignorados ante la voluntad somocista de mantenerse en el poder. Además, de igual forma que su padre, Anastasio Somoza creía que era necesario repeler la amenaza comunista. De hecho, él mismo se veía como una víctima de una conspiración internacional para quitarlo del poder.

Para algunos autores –como Robert Pastor–, 1972 fue el año en que comenzó a decaer el poder de la dinastía somocista.³⁷ El terremoto de ese año no sólo cobró la vida de casi diez mil personas y dejó sin hogar a cientos de miles, sino que también terminó siendo una oportunidad que Somoza aprovechó para enriquecerse y transformar una trágica pérdida nacional en una ganancia para sus finanzas y en una pérdida de prestigio ante la sociedad.

En referencia a la posición del gobierno norteamericano frente a la dinastía Somoza, al día siguiente de la renuncia del Presidente Nixon, el nuevo Secretario Adjunto para Asuntos Interamericanos, William Rogers, condicionó su aceptación al puesto a que la CIA no interfiriera en América Latina (como había ocurrido en Chile un año antes) sin su consentimiento y que se hicieran algunos cambios en el personal diplomático. Turner Shelton, embajador en Nicaragua y aliado de Somoza, fue el primero en la lista de los que debían dejar su puesto.

El ascenso de Carter a la presidencia estadounidense contribuyó significativamente a la redefinición de muchos de los términos en la relación entre Estados Unidos y Nicaragua y, por ende, del poder político del país centroamericano. En una misma línea de cambio en las relaciones con Nicaragua, la política norteamericana del presidente Carter se caracterizó, primero, por "la neutralidad en público y en privado de sus acciones respecto a Somoza y a la oposición, y por la propuesta de iniciar un diálogo con estos últimos y, segundo, por una vigilancia más cuidadosa del manejo de los recursos de la Agencia para el Desarrollo Internacional

(AID) con el objeto de no ayudar ayuda indiscriminadamente a todos los países que solicitaran créditos.”³⁸ En la nueva relación entre Estados Unidos y Nicaragua se descartaba la intervención directa y se ponía énfasis en el respeto a los derechos humanos y en el cuidado de la ayuda económica que se otorgaba al gobierno nicaragüense.

La dinastía somocista fue la opción que Estados Unidos había encontrado originalmente a la intervención directa³⁹. Sin embargo, una sociedad cambiante, las disparidades en la distribución de la riqueza en Nicaragua y los excesos de sus gobernantes llevaron a que las fuerzas emergentes minaran el poder del hombre fuerte que los norteamericanos habían encontrado y, una vez más, Nicaragua se encontraría en la inestabilidad y Estados Unidos se convertiría en un actor primordial del sistema político nicaragüense.

¹El periodo sandinista se revisará en capítulos posteriores.

²G. Pope Atkins, *Latin America in the International Political System* (New York, The Free Press, 1977), pp. 90-91.

³Gordon Connell-Smith, *The Inter-American System*. (London, Oxford University Press, 1966), p. 16.

⁴Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America* (New York, W.W. Norton, 1984), p. 28.

⁵ René Herrera Zúniga, *Relaciones Internacionales y Poder Político en Nicaragua* (México, El Colegio de México, 1991), p. 29.

⁶Hoory Cranbrook Allen, *Great Britain and the United States. A History of Anglo-American Relations (1783-1952)* (Long Acre, London, Odhams Press Limited, 1954), p. 438.

⁷Herrera, *Relaciones Internacionales, Op. Cit.*, p. 72.

⁸Guy Poitras, *The Ordeal of Hegemony. The United States and Latin America* (Boulder, Co., Westview Press, 1990), p. 8.

⁹ Dexter Perkins, *The United States and the Caribbean* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1947), p. xi-xii.

¹⁰Bryce Wood, *The Dismantling of the Good Neighbor Policy and Reciprocal Trade* citado por. Poitras, *The Ordeal of Hegemony, Op. Cit.*, p. 16.

¹¹Alain Rouquié, *América Latina. Introducción al Extremo Occidente* (México, Siglo XXI, 1989), p. 389.

¹²Cuando la Revolución triunfó en Nicaragua, se pensaba que la hegemonía de Estados Unidos estaba en peligro, ya que su "eslabón más débil" ya no funcionaba. Véase Edelberto Torres Rivas, "Notas para comprender la crisis política centroamericana" en *Centroamérica. Crisis y Política Internacional* (México, Cecade, CIDE, 1982), pp. 39-68.

¹³Whitney T. Perkins, *Constraint of Empire, The United States and Caribbean Interventions* (Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1981), p. ix.

¹⁴*Ibid.*, p. xiii.

¹⁵Baldwin considera que la explicación más acertada es la que se refiere a las erróneas predicciones en el uso de los recursos del país poderoso. Véase "Power Analysis and World Politics: New Trends versus Old Tendencies", *World Politics*, Vol. 31, núm. 2, pp. 161-194.

¹⁶Perkins, *Constraint of Empire. Op. Cit. passim.*

¹⁷*Ibid.*, pp. ix-xv.

¹⁸Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. Vida política exterior, primera parte*, (México, Hermes, 1955-1972), pp. 397-398 (volumen 6).

¹⁹Herrera, *Relaciones Internacionales, Op. Cit.*, pp. 34-39.

²⁰Rodolfo Pastor, *Historia de Centroamérica* (México, El Colegio de México, 1988), p. 209.

²¹René Herrera Zúniga, "Centroamérica en la política internacional (Breve Resumen Histórico)", *Anuario de Política Exterior*, (San José de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, 1983), p. 77.

²²El gobierno norteamericano no veía con simpatía la intervención de José Santos Zelaya en la política de los otros países centroamericanos como, por ejemplo, el desembarco en territorio salvadoreño de una expedición mandada por el ministro de Comercio de Nicaragua, o la violación de la correspondencia del encargado de negocios John H. Gregory. Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México, Op. Cit.*, pp. 694-695.

²³Allen, *Great Britain and the United States, Op. Cit.*, p. 601.

²⁴Dana Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900-1921* (Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1964), pp. 167-186.

²⁵Estados Unidos no reconoció a José Madriz porque pensaba que, al hacerlo, no manifestaría con suficiente fuerza su rechazo a Zelaya. Perkins, *Constraints of Empire. Op. Cit.*, p. 26.

²⁶*Ibid.*, p. 187.

²⁷Herrera, *Relaciones Internacionales, Op. Cit.*, pp. 66-69.

²⁸*Ibid.*, p. 69.

²⁹Robert Pastor, *Condemned to Repetition. The United States and Nicaragua* (Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1987), p. 25.

³⁰Nalter S. Penfields, *Current History*, v. XXIV, junio de 1926, pp. 345-350, citado en *Ibid.*

³¹Shirley Christian, *Nicaragua. Revolution in the Family* (Nueva York, Vintage Books, 1986), p. 10.

³²Henry Stimson, *American Policy in Nicaragua* (New York, Arno Press, 1971), p. 42.

³³Pastor, *Condemned to Repetition, Op. Cit.*, p. 24.

³⁴Rouquié, *América Latina, Op. Cit.* pp. 390-391.

³⁵ Guillermo O'Donnell y Philippe C. Schmitter la definen como el proceso de redefinir y extender derechos que protegen a los individuos y a los grupos sociales. En cuanto a los individuos, las garantías incluyen el *habeas corpus*, la prohibición de violar la correspondencia, el derecho de defenderse de acuerdo a la ley en un proceso, libertad de tránsito, de expresión, de petición, etc. En referencia a los grupos sociales, los derechos se refieren a la libertad de expresión, de disensión del gobierno, no censura a los medios de comunicación y libertad de asociación y reunión. *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986), p. 7.

³⁶ Diederich, *Somoza and the Legacy of U.S. Involvement in Central America*, (New York, E.P. Dutton, 1981), p. 24.

³⁷ Robert Pastor, *Condemned to Repetition. The United States and Nicaragua* (Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1987), *passim*.

³⁸ Entrevista con William D. Rogers, Mayo 22, 1985, Washington D.C., citado. por *Ibid.*, p. 38.

³⁹ Lester D. Langley, *The United States and the Caribbean in the Twentieth Century* (Athens, Georgia, The University of Georgia Press, 1982), p. 149.

II. EL CAMBIO DE RÉGIMEN EN NICARAGUA

Tres causas son fundamentales para entender la llegada de los sandinistas al poder: las condiciones económicas en Nicaragua durante el gobierno somocista, la alianza de la oposición cívica y armada en Nicaragua y la actitud internacional con respecto a la dictadura somocista. La experiencia nicaragüense sustenta la tesis de Huntington en cuanto a que la revolución tiene mayores probabilidades de ocurrir en sociedades que han experimentado desarrollo social y económico, pero que continúan sin avanzar en el proceso político.¹ Por otra parte, la crisis en Nicaragua coincidió con un gobierno norteamericano que, al menos en retórica, cambió su actitud hacia América Latina. Los intentos de la administración Carter por hacer respetar los derechos humanos aislaron a Somoza, mientras que la represión que el gobierno de éste llevó a cabo favoreció la alianza entre sus opositores. Entonces, la administración Carter reconoció que era necesario un cambio pacífico en Nicaragua. No apoyar a Somoza inclinó la balanza en favor de la oposición, en la que los sandinistas se definieron como la fuerza más importante en Nicaragua. Esta vez, Estados Unidos volvió a tener una importancia primordial en el manejo de la política nicaragüense. Antes de pasar a los incisos que tratan la política de Estados Unidos hacia el sandinismo se presentarán las principales características del Frente Sandinista.

A. Orígenes y características del sandinismo

La victoria sandinista fue la culminación de una larga historia de luchas populares en Nicaragua.² Los antecedentes de la revolución pueden remontarse a 1944 con la formación del Partido Socialista Nicaragüense, el cual era una agrupación integrada por artesanos, algunos elementos de la incipiente clase media e intelectuales. Sin embargo, el Partido no ofrecía

entonces un proyecto alternativo real a la dictadura ya que el desarrollo capitalista no había creado todavía un sector obrero importante y, por lo tanto, el partido carecía de una base de poder.

En los años sesenta, la presencia de la clase media y del sector obrero aumentó debido al proceso de industrialización y a la creciente participación de empresas privadas en el mismo. Sin embargo, fue bajo esas condiciones que surgieron partidos y organizaciones que intentarían desafiar al poder somocista. En general, puede afirmarse que el decenio de los años sesenta fue positivo para la dictadura. Los pactos políticos oportunos entre conservadores y liberales neutralizaron al movimiento popular que en los periodos de 1962-1963 y de 1966-1967 fue muy combativo en el campo.³ El movimiento guerrillero, si bien se sostuvo en condiciones difíciles, no logró sobrepasar el nivel de la clandestinidad en las ciudades ni proyectarse como una fuerza militar influyente, aunque para 1967 era claro que su presencia política se extendía en todo el país.⁴

En efecto, los intentos sandinistas de llegar al poder por la vía de las armas aumentaron después del triunfo de la Revolución Cubana cuando Carlos Fonseca, que militaba en el Partido Socialista Nicaragüense (PSN), y Tomás Borge alentaron la idea de que la mejor manera de llegar al poder era por medio de la guerrilla. En 1961 Fonseca, Borge y Silvio Mayorga integraron el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que seguía el modelo guerrillero planteado por Fidel Castro y Ernesto "Che" Guevara. La estrategia que se definió en el movimiento fue una guerrilla similar a la que empleaban los revolucionarios en China y Vietnam.⁵ Fue Fonseca el que dio unidad ideológica al Frente; la guerra de guerrillas fue su estrategia.

Las primeras acciones del movimiento sandinista ocurrieron en las Montañas del Río Coco y en la región del Bocay, cerca de la frontera con Honduras. Sin embargo, los sandinistas no tuvieron éxito porque no contaban con un apoyo popular suficiente. Después de esta derrota militar,

los sandinistas empezaron a realizar actividades políticas en áreas urbanas en coordinación con el Partido Socialista Nicaragüense.⁶

Después de trabajar en las ciudades, el FSLN regresó a las montañas en 1967 (las elecciones de ese año y el oportunismo político del PSN alentaron esta decisión). En Pancasán se intentó retomar las lecciones de Sandino, sin embargo, de nuevo, la Guardia Nacional derrotó militarmente a la guerrilla. Por ello, de 1964 a 1967 el FSLN trabajó para obtener más apoyo civil. En este periodo el Frente Sandinista realizó asaltos esporádicos para financiar sus operaciones y dar a conocer sus demandas.⁷

El éxito aparente que la Guardia Nacional tuvo frente a los sandinistas condujo a la discusión sobre la estrategia que debía seguir el FSLN. Tres tendencias sostenían sus puntos de vista. Por una parte, la facción de la Guerra Popular Prolongada se apegaba al pensamiento tradicional del Frente: señalaban que su compromiso era con la guerra de guerrillas en el campo y consideraban que una insurrección masiva debía ocurrir sólo hasta que se hubieran acumulado suficientes armas, experiencia y organización. Una segunda facción, la Tendencia Proletaria, sugería concentrar esfuerzos en la clase obrera urbana para preparar una insurrección masiva en el futuro. Esta facción señalaba que el desarrollo capitalista había conducido a que el proletariado fuera la principal fuerza revolucionaria.⁸ Finalmente, los Terceristas (que surgieron de los miembros de la Tendencia Proletaria en el exilio) llamaban a la actividad inmediata en la insurrección urbana, a diferencia de las otras dos facciones. Esta facción consideraba que la Guardia Nacional no era tan eficiente como se suponía y que una posición política pluralista atraería más apoyo internacional a su causa.⁹

Fue en 1969 cuando se establecieron los objetivos del Frente Sandinista de Liberación Nacional: establecer un gobierno revolucionario

basado en una alianza obrero-campesina, eliminar la sumisión al imperialismo yanqui y apoyar la unidad con los demás países de Centroamérica.¹⁰

Después de la represión de que fue objeto el FSLN en el Valle del Bocay y en Pancasán la facción de Tendencia Proletaria adquirió mayor importancia, al privilegiar la indoctrinación ideológica del proletariado. Fue entonces cuando Jaime Wheelock y Luis Carrión se dedicaron a construir una organización antisomocista entre las masas urbanas. Por su parte, la facción de la Tendencia Insurreccional –los Terceristas–, en cuyas filas se encontraba Daniel Ortega y Víctor Tirado López, pensaba que no sólo había que integrar campesinos y obreros al proyecto campesino, sino también a la clase media. Su interés radicaba en lograr el apoyo de más sectores, tanto en Nicaragua como en el exterior. Los Terceristas consideraban esta alianza como transitoria hacia el socialismo y su actuación fue la más moderada de las tres facciones.

Para algunos, la división en el Frente Sandinista era signo de debilidad y se volvería un obstáculo para llegar al poder; sin embargo, otros consideraban que las facciones correspondían más bien a una violenta división del trabajo y a diferentes ideologías,¹¹ pero esto no tenía por qué impedir el logro de su objetivo final.

A partir del temblor de 1972 varios sucesos hicieron que la popularidad y el respaldo hacia los sandinistas aumentaran: la fuerza de los trabajadores de la construcción y el ataque a la casa de un funcionario gubernamental en diciembre de 1974 ilustraron una etapa en la que el FSLN clamaba que tenía el "derecho de interpretar el interés de las clases revolucionarias en Nicaragua".¹²

A las acciones emprendidas por el FSLN siguió una ola de represión dirigida por la Guardia Nacional y por las fuerzas del Consejo para la Defensa de América Central en contra de cientos de campesinos del Norte

de Nicaragua. En 1975 Somoza impuso el estado de sitio. Fue entonces cuando la Iglesia y algunos grupos, -como el de los doce¹³ y la Unión Democrática de Liberación (UDEL)—¹⁴ iniciaron una campaña de denuncias que llegó hasta la Cámara de Representantes de Estados Unidos. Tras la amenaza norteamericana de reducir la ayuda militar en \$3.1 millones de dólares, Somoza acordó levantar el estado de sitio en septiembre de 1977.

B. Llegada del Sandinismo al poder

1. Condiciones Económicas

Las variables explicativas más importantes de las condiciones económicas fueron la dependencia de la economía nicaragüense del sector externo y que, aun cuando hubo crecimiento económico, éste no se tradujo en mejores condiciones de vida para la mayoría de la población. En el decenio de los años sesenta, Nicaragua experimentó un proceso de industrialización favorecido por el éxito de la Alianza para el Progreso y por el relativamente buen funcionamiento del Mercado Común Centroamericano. En esos años cobró más importancia el sector vinculado a la inversión extranjera. Por su parte, la clase media y la burocracia aumentaron considerablemente mientras que la población rural disminuyó en casi 20%. Asimismo, el empleo creció relativamente y se emprendieron mejoras al aparato productivo, lo que contribuyó a que el peso del sector obrero aumentara. Sin embargo, el crecimiento económico del país fue profundamente desigual y dependiente del comportamiento del mercado externo. La mayoría de los capitales que ingresaron al país, por ejemplo, tenían como característica su vencimiento al corto plazo. A partir de 1967 -fecha en que los precios de los productos agrícolas que Nicaragua exportaba (como plátano, café y azúcar) bajaron—¹⁵ el gobierno somocista suspendió las concesiones económicas que solía hacer a la burguesía y su

grupo comenzó a "competir deslealmente con los empresarios al invadir áreas reservadas tradicionalmente a los grupos industriales".¹⁶

Durante la década de los años setenta los indicadores económicos mostraron claramente la debilidad de la economía nicaragüense. En 1975, por ejemplo, el aumento del PNB (1.8%) fue menor al incremento en la tasa de crecimiento demográfico (3.3%), el déficit global del gobierno representaba 7.3% del PNB, la tasa de desempleo en las ciudades era del 16% y la inversión privada, que había crecido a un ritmo de 16%, en los años sesenta, se redujo a tasas negativas. En 1976, un informe del Comité Nacional Agropecuario gubernamental reveló que 60% de la población rural padecía hambre.¹⁷

En general, el modelo de crecimiento vinculado al mercado internacional hizo que la economía nicaragüense estuviera determinada por la evolución del sector externo, mismo que "marcaba el límite en la tasa de actividades económicas domésticas".¹⁸ Por esta razón se estableció una relación directa entre el nivel de las exportaciones y las tasas de expansión económica, acumulación de capital, inversión, ingresos fiscales y capacidad importadora. La dependencia en el mercado exterior no sólo tuvo lugar en la economía de bienes y servicios, sino también en el sistema financiero, que se caracterizó por la existencia de capitales de corto plazo.¹⁹

No obstante lo dicho anteriormente, en el aspecto económico la dinastía somocista obtuvo avances importantes. Entre 1960 y 1970 la economía creció 7.2% y de 1970 a 1978 se dio un incremento de 5.8%. El comercio aumentó 10% anualmente, teniendo una proporción mayoritaria el intercambio de bienes agrícolas, alentado, sobre todo, por el Mercado Común Centroamericano. La población se duplicó entre 1950 y 1970, contando con más de 50% de población por debajo de los quince años. El número de doctores por habitantes aumentó considerablemente y la

frecuencia de muertes de niños disminuyó. Las expectativas de vida aumentaron de 47 años en 1960 a 55 años en 1980. En términos generales el ingreso per capita se cuadruplicó en veinte años para una población que se duplicó.²⁰

A pesar del crecimiento económico generado en el periodo somocista, las inequidades entre las zonas rurales y las urbanas, y entre ricos y pobres eran crecientes, pero la distancia más evidente era la que existía entre la familia Somoza (cuya riqueza se llegó a valorar en \$900 millones de dólares)²¹ y el resto de la población.

De lo anterior puede desprenderse la idea que la revolución sandinista fue más un producto del crecimiento económico y social que del estancamiento. El problema de esos años fue que tras el crecimiento económico no hubo un nivel de desarrollo significativo y se encontraba un sistema político anacrónico que tenía un apoyo muy importante de los norteamericanos.²²

2. La Unión de la Oposición

En los años setenta, la creciente desigualdad y la recesión económica que disminuyó las concesiones a la iniciativa privada provocaron que sectores tradicionalmente favorecidos durante el gobierno de Somoza se sumaran a las filas de la oposición. El descontento de la población por los desequilibrios de la economía se capitalizó en protestas. El detonador de la oposición ocurrió en 1978, con el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, que era editor de *La Prensa* y líder de la oposición moderada, agrupada en la Unión Democrática de Liberación (UDEL), una organización opositora que agrupaba a todos los partidos de oposición existentes en el momento de su fundación (1974) y a las dos centrales obreras más importantes.²³ El crimen alentó protestas, una huelga casi general y la posibilidad de que el arzobispo legitimara la resistencia armada. El Cardenal Miguel Obando y

Bravo hizo un llamado para encontrar una transición pacífica. Como respuesta, Somoza declaró que podría iniciarse un diálogo después de las elecciones municipales de febrero. En el mismo año, en Monimbó, Masaya (al sureste de Nicaragua), se ofició una misa para conmemorar el cuadragésimo cuarto aniversario del asesinato de César Augusto Sandino. Durante la celebración, la Guardia Nacional agredió a la multitud congregada y se enfrentó a importantes organizaciones vecinales, simpatizantes de los sandinistas.²⁴

En julio, Somoza recibió del Presidente de Estados Unidos una carta de felicitación por el interés mostrado en respetar los derechos humanos en Nicaragua al aceptar que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA hiciera una visita para evaluar la situación en Nicaragua. Tal acción fue percibida por los sandinistas como una burla, y decidieron el siguiente golpe: atacar el Palacio Nacional, sede del Congreso, en agosto. Después de entrar de manera intempestiva, los agresores tomaron como rehenes a la mayoría de los diputados y a dos mil empleados. Después de 45 horas de negociación, el FSLN logró la mayoría de sus demandas: liberación de prisioneros políticos, dinero, la publicación de sus pronunciamientos y la solución a la huelga de trabajadores del sector salud.²⁵

A finales de septiembre, una insurrección del tipo de la de Monimbó surgió en Matagalpa. Más tarde se sumaron movimientos en Masaya, León, Chinandega y Managua. Aunque, inicialmente, la respuesta del ejército fue defensiva, después empezó la represión general, enmarcada en la "Oposición Limpia", que dejó 5,000 muertos, 10,000 heridos y 60,000 nicaragüenses que buscaban salir de su país.²⁶ A petición de Estados Unidos, la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA) hizo una investigación al respecto y concluyó emitiendo una condena a Somoza.²⁷ De acuerdo al Informe de la CIDH el gobierno de

Nicaragua era responsable de numerosas muertes que ocurrieron después del combate (el cese al fuego se impuso el 15 de septiembre).²⁸

Después de la ofensiva de la Guardia Nacional, el liderazgo del FSLN hizo una revisión de las fallas de su movimiento. Se consideró, entonces, que era posible mejorar la coordinación entre los barrios y evitar, en lo posible, la división entre los opositores al gobierno. El movimiento sandinista, junto con el Movimiento del Pueblo Unido (MPU) –grupo integrado en 1978 que buscaba unificar a la izquierda– comenzaron a revisar la estrategia empleada en las colonias frente a la Guardia Nacional. El MPU promovió la formación de los Comités de Defensa Civil, que realizaban, entre otras actividades, la recolección de medicinas, primeros auxilios, comunicación con el FSLN, construcción de armas domésticas y designación de refugios.

Ante los hechos de violencia en Nicaragua, Estados Unidos optó por intentar mediar en la situación política. La iniciativa que se sugirió en la OEA se materializó en la Comisión Tripartita para la Cooperación Amistosa –integrada por Guatemala, República Dominicana y Estados Unidos–, que buscaba, en primer lugar, fortalecer el apoyo de los sectores conservadores del Frente Amplio de Oposición (FAO), que integraba una alianza entre la Unión Democrática de Liberación, el Movimiento Democrático Nacional y el grupo de los doce. Aunque al principio el FAO pareció responder positivamente a los llamados de la OEA, poco después sospecharon que la verdadera intención de la Organización era crear un "somocismo sin Somoza", por lo que, con el tiempo, la Comisión fue perdiendo apoyo.²⁹ Además, la Comisión proponía el cese al fuego y consolidar un gobierno de coalición. Los sandinistas interpretaron esto como una manera de negarles el poder exclusivo.

En julio de 1978 el Frente Sandinista, los sectores progresistas del Frente Amplio de Oposición (FAO) (los conservadores apoyaron la

iniciativa norteamericana) y el Movimiento del Pueblo Unido (MPU) definieron la estrategia del "poder paralelo" y lo concretaron en la fundación del Frente Patriótico Nacional. Somoza caería si enfrentaba golpes militares, insurrección popular y una huelga general al mismo tiempo. El FSLN pasó por alto sus diferencias internas y su unificación se anunció formalmente en marzo de 1978.

Después de una ofensiva amplia, en junio se anunció la creación del gobierno provisional encabezado por los sandinistas. El problema era más amplio de lo que Somoza había creído, ya que la solución no podía ser solamente militar. Así, a pesar de los esfuerzos de Somoza por repeler la insurrección, la guerra ante la oposición ya estaba perdida.³⁰

C. Reacción estadounidense

Durante el gobierno del Presidente Jimmy Carter, la perspectiva liberal de las relaciones internacionales prevaleció en el diseño de la política exterior. De acuerdo con aquélla, la interdependencia aparecía como la característica determinante de las relaciones internacionales una vez que la fuerza militar ya no resultaba tan útil como antes para el análisis de la política exterior. De esta forma, la administración Carter se pronunció por una política de "acomodo a las fuerzas nacionalistas del tercer mundo" y por un trato "relativamente tolerante"³¹ hacia los movimientos que demandaran transformaciones internas. El tema de los derechos humanos explica en gran medida la política de Estados Unidos a Nicaragua. Esta política, sin embargo, no estuvo libre de contradicciones.

Los lineamientos de la política de derechos humanos se presentaron en el memorándum número treinta (PD-30), un año después de que el presidente Carter tomó posesión de su cargo. En orden de importancia se consideraban los derechos individuales (casos de desaparecidos o de torturas), las libertades políticas y la justicia económica y social.³² Muchas

cuestiones prácticas, sin embargo, quedaron ambiguas después de que el PD-30 se presentó; por ejemplo, las votaciones en el Congreso para el otorgamiento de préstamos a los países que violaran los derechos humanos o la actitud en cuanto a créditos en el Banco Mundial.³³ Una de las contradicciones de esta política fue que su aplicación distinguía entre países: en los países no "aliados" el gobierno norteamericano era claro que los derechos humanos debían respetarse a toda costa, mientras que los presidentes "amigos" podían dar prioridad al orden y la estabilidad internas. Este último era el caso de los gobiernos del Sha en Irán y de la familia Somoza en Nicaragua.

En efecto, el gobierno somocista puso a prueba los principios del respeto a los derechos humanos durante la administración Carter. La actitud del presidente norteamericano influyó de manera determinante en el rumbo que tomaron los sucesos en Nicaragua al finalizar el decenio de los años setenta.

Durante los dos primeros años de la administración Carter, Nicaragua sólo era un asunto de discusión a niveles medios en el Departamento de Estado. Como se verá más adelante, no fue sino hasta que la crisis adoptó un carácter 'oficial' que se integró un equipo profesional que propondría la política a seguir.³⁴ Es preciso señalar que, sobre todo al comenzar el periodo del gobierno de Carter, no puede hablarse de una sola política hacia Nicaragua, ya que el Departamento de Estado, el Consejo de Seguridad Nacional y el Congreso representaban diferentes visiones sobre el problema.³⁵

Algunos autores –Jorge Lawton Casals y Daniel Waksman Schinca³⁶– señalan que el estudio de la política exterior del gobierno de Carter hacia Nicaragua estuvo marcada por el cambio que se dio cuando el gobierno estadounidense reconoció a la revolución en Nicaragua como una crisis que podía afectar la seguridad nacional norteamericana. Así, de

enero de 1977 a septiembre de 1978 Nicaragua no figuraba en la lista de prioridades de la administración Carter. La política de la "zanahoria y el garrote" determinaba las relaciones entre los dos países. Era claro que los derechos humanos debían respetarse, pero hasta el punto en que no se dañara el apoyo que el gobierno nicaragüense otorgaba a Estados Unidos en el área centroamericana. A Estados Unidos le importaba que Somoza mantuviera la capacidad de controlar su territorio y, así, contribuyera a garantizar la continuidad de la hegemonía norteamericana en Centroamérica. A Estados Unidos le convenía que Somoza mantuviera su gobierno fuerte de acuerdo a sus intereses.³⁷

En 1978 la administración Carter admitió que existía una crisis en el país centroamericano. En un primer momento se optó por tratar de participar en un esfuerzo de mediación internacional para asegurar que, en caso de que Somoza tuviera que dejar el poder, lo hiciera de una manera digna. Tal esfuerzo fracasó. En febrero de 1978 se anunció el retiro de la misión militar estadounidense, la suspensión de ayuda económica y la disminución del personal diplomático en Nicaragua. No obstante, en mayo, el Fondo Monetario Internacional, con el aval estadounidense, otorgó un préstamo de cerca de 64 millones de dólares al gobierno de Somoza.³⁸

Con la política de la "zanahoria y el garrote" Carter no trataba de imponer un cambio de régimen, sino de amortiguar los excesos que Somoza cometía. Por un lado, le brindaba apoyo político y por el otro, le restringía la ayuda militar y económica para que se moderara. Hasta el final, Estados Unidos trató de que se llevara a cabo una liberalización en la que el mismo Somoza fungiera como protagonista. Una suposición general es que la administración Carter quería —en alguna medida— que Somoza se fuera porque no cumplía con su política de derechos humanos. De acuerdo al carácter relativamente moderado de la política exterior

estadunidense, Somoza tenía que irse decorosamente, el problema era que él no quería dejar el poder.

El hecho de que Estados Unidos tomara distancia respecto al gobierno somocista influyó en las fuerzas opositoras debido a que en la formación del poder político nicaragüense el factor "Estados Unidos" ha sido determinante, así que si el aval norteamericano terminaba, desaparecería uno de los principales pilares del gobierno somocista.³⁹ Durante la administración Carter, se pensaba que la revolución tendría que ajustarse a una condición geopolítica inmediata en la cual un modus vivendi con el poder imperial no era una opción sino una necesidad.⁴⁰ Además, la necesidad de financiamiento externo para reconstruir la economía nicaragüense orientada hacia afuera constituiría otro elemento que evitaría que la revolución se radicalizara.⁴¹

Fue cuando los sandinistas tomaron el Palacio Nacional que Washington comenzó a contemplar medidas más serias. frente a la crisis en Nicaragua. Al verse en riesgo los intereses de Estados Unidos en el área —más allá de los intereses del país en cuestión—, el problema pasó a manos de un equipo especial: el subsecretario Warren Christopher, Newson, Subsecretario de Estado, David Aaron subdirector del Consejo de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, asesor de seguridad nacional, Stansfield Turner, director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), el director de la oficina de inteligencia e investigación, el Subsecretario para asuntos interamericanos Viron P. Vaky y la responsable de México y Centroamérica, Sally Shelton.⁴²

A partir del triunfo de la Revolución, la política de Carter hacia Nicaragua estuvo determinada por las presiones internas de la derecha norteamericana. El factor tiempo era muy importante porque las elecciones presidenciales estaban cerca. La política de no intervención trataba de satisfacer a los que exigían un trato severo a los sandinistas y a los que

pretendían que lo más importante fuera el orden. Waksman señala que los representantes trataban de lograr un cambio ordenado que garantizara los intereses de Estados Unidos; por ejemplo, trataban de mantener a la Guardia Nacional a toda costa, lo que irritaba aún más a los opositores moderados que rechazaban los intentos de mantener un "somocismo sin Somoza".⁴³ Carter intentó otorgar una salida digna a Somoza, pero su tardanza hizo que los opositores más moderados al régimen somocista terminaran por apoyar el sandinismo.

A partir del triunfo de la Revolución Nicaragüense, tanto Estados Unidos como los nicaragüenses fueron muy cautelosos en su relación. Sin embargo, la actitud de Estados Unidos estuvo más apegada a la realidad que antes. Nicaragua necesitaba de la ayuda norteamericana y Estados Unidos esperaba la moderación nicaragüense. "El obsesivo temor de una segunda Cuba" estaba presente.⁴⁴ De esta forma, durante los primeros meses después del triunfo de la Revolución, hubo un trato relativamente cordial. El gobierno de la revolución parecía pluralista, se respetaba la propiedad privada y se mantenía una prensa independiente. El punto de conflicto era la relación de Nicaragua con Cuba y con la guerrilla salvadoreña. Una semana después de llegar al poder una delegación nicaragüense viajó a Cuba para asistir a la celebración del 26 de julio. Cuba respondió enviando maestros, médicos y asesores, incluso militares.⁴⁵

La administración Carter se proponía ayudar económicamente a Nicaragua, pero las próximas elecciones en Estados Unidos hicieron que el crédito por 75 millones de dólares se congelara durante varios meses. A pesar de que la propuesta de otorgar esos 75 millones de dólares estaba lista desde agosto, no se mandó al Congreso sino hasta el 9 de noviembre. El retraso se debió a la dificultad de reprogramar la solicitud y, particularmente, porque la ayuda que se debía otorgar a El Salvador,

Guatemala y Honduras estaba en debate. La principal razón del retraso, según William M. LeoGrande, era que la administración buscaba minimizar su vulnerabilidad política al retrasar la propuesta por algunos meses, por lo menos, hasta tener la seguridad de que el FSLN no iba a radicalizar su postura.⁴⁶ En enero de 1980 se empezó a discutir el paquete de ayuda. Finalmente, las condiciones para otorgar el préstamo señalaban que 60% de éste debía canalizarse al sector privado. Además, la ayuda se suspendería si no se respetaban los derechos humanos, y no se debía emplear en proyectos que tuvieran participación cubana o soviética. Por otra parte, se establecía que el préstamo se sostendría si Nicaragua no participaba en actividades terroristas o subversivas contra otros gobiernos y se cancelaría si se constataba la presencia de tropas de combate cubanas o soviéticas en Nicaragua.⁴⁷

La Cámara de Representantes autorizó el paquete de ayuda en febrero mediante la Ley de Ayuda Externa (*Foreign Assistance Act*) de 1980, pero el Senado no la ratificó porque el presupuesto cerraría una semana después. Por dos meses y medio el proceso quedó suspendido, tiempo en el que una delegación de nicaragüenses viajó a la Unión Soviética y a Europa del Este y obtuvo 100 millones de dólares en ayuda no militar. Además, en abril de ese mismo año, Violeta Chamorro y Alfonso Robelo renunciaron a la Junta. En mayo se anunció la llegada de un grupo de asesores cubanos.⁴⁸ No obstante lo anterior, la ayuda finalmente se aprobó en junio. Una vez aprobada la ayuda, era necesario verificar que Nicaragua no exportara su revolución a sus vecinos. En septiembre se realizó tal certificación y los recursos comenzaron a fluir.⁴⁹

Durante la campaña para las elecciones presidenciales de 1980, Centroamérica fue un tema recurrente. Los Republicanos veían a la Revolución Sandinista a través de sus relaciones con la Unión Soviética y de la guerra civil en El Salvador,⁵⁰ y consideraban que los Demócratas

estaban "alentando" el comunismo de Nicaragua. En enero de 1981, Carter reanudó la ayuda militar a El Salvador. Como explicación se dijo que había evidencia de que los sandinistas estaban ayudando en el flujo de armas a El Salvador en conexión con Cuba y la Unión Soviética.

La actitud de "Indefinición" del Presidente Carter cambió radicalmente con la llegada de la nueva administración. Entonces fue claro que las relaciones Estados Unidos-Nicaragua contribuirían a la radicalización de la Revolución.

¹Samuel P. Huntington, *Political order in Changing Societies* (New Haven, Yale University Press, 1968). Como se verá más adelante, aunque hubo crecimiento, el desarrollo económico de Nicaragua fue relativo.

²Ricardo E. Chavarría, "The Nicaraguan Insurrection", en Thomas W. Walker, *Nicaragua in Revolution* (New York, Praeger Publishers, 1982), p. 25.

³Como se verá más adelante, durante estos periodos el movimiento sandinista realizó acciones importantes en las Montañas del Río Coco y la Región del Bocay, primero, y en Pancasán, después.

⁴Donald Castillo, "El marco sociopolítico de la 'crisis de Nicaragua' y los efectos de la intervención del gobierno del Presidente Carter", CIDE, *Cuadernos Semestrales, Estados Unidos. Perspectiva latinoamericana y América Latina II*, núm. 6, 2o. semestre de 1979, pp. 40-41.

⁵Jiri Valenta y Virginia Valenta, "The FSLN in Power", en Jiri Varenta y Esperanza Durán (ed.), *Conflict in Nicaragua. A Multidimensional Perspective*, (Boston, Allen & Unwin, 1987), pp.5-6

⁶Ricardo E. Chavarría, "The Nicaraguan Insurrection", *Loc. Cit.*, p. 25.

⁷*Ibid*, p. 26.

⁸Stephen M. Gorman, "The Role of the Revolutionary Armed Forces", en Walker, *Nicaragua in Revolution, Op.Cit.*, pp. 118-119.

⁹Harry E. Vanden, "The Ideology of the Insurrection", en *Ibid*, pp. 54-55.

¹⁰El programa del FSLN se publicó en *Tricontinental*, Habana, núm. 17, marzo-abril 1970, pp. 61-68, citado en Thomas W. Walker, *Nicaragua in Revolution, Op. Cit.*, p. 75-79.

¹¹Régis Debray, "Nicaragua: Radical Moderation", *Le Monde Diplomatique* (Paris), 18 de septiembre de 1979, pp. 6-9.

¹²Comando Juan José Quezada, *Frente Sandinista. Diciembre Victorioso*, (México, Diógenes, 1976), p. 106.

¹³Este grupo estaba formado por personalidades progresistas nicaraguenses que demandaban la democratización del país y la participación del FSLN en la solución de la crisis. Castillo, "El marco sociopolítico..." *Loc. Cit.*, p. 54.

¹⁴*Ibid*, pp. 45-46.

¹⁵ Michael E. Conroy, "External Dependence, External Assistance, and Economic Aggression Against Nicaragua", en *Latin American Perspectives*, Issue 45, vol. 12, núm. 2, Primavera de 1985, pp. 40-42.

¹⁶Castillo, "El marco sociopolítico", *Loc. Cit.*, p. 47

¹⁷*Ibid*, p. 49.

¹⁸Michael E. Conroy, "Economic Aggression as an Instrument of Low Intensity Warfare", en Thomas W. Walker, *Reagan versus the Sandinistas. The Undeclared War in Nicaragua*, (Boulder, Westview Press, 1987), p. 58.

¹⁹*Ibid.*, pp. 60-61.

²⁰World Bank, *World Development Report, 1980*, (New York, Oxford University Press, 1980).

²¹*New York Times*, julio 22 de 1979, p. III, 1.

²²Huntington, *Political order in Changing Societies*, *Op. Cit.*, p. 265.

²³Castillo, "El marco sociopolítico", *Loc. Cit.*, p. 54.

²⁴René Herrera Zúñiga, *Relaciones Internacionales y Poder Político en Nicaragua* (México, El Colegio de México, 1991), p. 144.

²⁵Chavarria. "The Nicaraguan Insurrection", *Loc. Cit.*, p. 31.

²⁶*Ibid*, p. 33.

²⁷Julio López, Orlando Núñez, Carlos Fernando Chamorro y Pascual Serrea. *La Caída del Somocismo y la Lucha Sandinista en Nicaragua* (San José, Costa Rica, EDUCA, 1979), p. 183.

²⁸"Informe sobre la situación de los Derechos Humanos adoptados por la CIDH en su sesión 45, Washington D. C. 2-18 de noviembre de 1978, citado en Lawton Casals, "Crisis de la hegemonía. La política de Carter hacia Nicaragua", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos. Perspectiva latinoamericana. Carter y América Latina II*, Núm. 6, segundo semestre de 1981, p. 87.

²⁹Philip Wheaton e Yvonne Dilling, *Nicaragua: A People's Revolution* (Washington, D.C., Ecumenical Program for Interamerican Communication and Action, 1980), p. 59.

³⁰Victor Morales Henríquez, *Los últimos momentos de la dictadura somocista* (Managua, Unión 1979), p. 48.

³¹Arturo Cruz S., "La política exterior de Estados Unidos hacia Centroamérica: el caso de Nicaragua", *Foro Internacional*, Vol. XXII, núm. 4, abril-junio 1982, p. 453.

³²Frank McNeil, *War and Peace in Central America*, (New York, Charles Scribner's, Macmillan, 1988), pp. 93-95.

³³*Ibid*, p. 95.

³⁴Daniel Waksman Schinca, "Estados Unidos, el somocismo y la revolución nicaraguense", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos. Perspectiva latinoamericana: la toma de decisiones hacia América Latina*, núm. 10, segundo semestre 1981, p.104.

³⁵En este trabajo, sin embargo, se toman como punto de partida las premisas realistas para analizar la política exterior de Estados Unidos, es decir, como Estado racional unitario. Cuando sea preciso se utilizarán instrumentos de segunda imagen en el análisis.

³⁶Lawton Casals, "Crisis de la hegemonía..." *Loc. Cit.*, pp. 59-113 y Waksman Schinca, "Estados Unidos, El Somocismo y la Revolución...", *Loc. Cit.*, pp. 93-104.

³⁷Lawton Casals, "Crisis de la hegemonía...", *Loc. Cit.*, p. 67.

³⁸*Ibid.*, pp. 59-66.

³⁹Waksman Schinca, "Estados Unidos..." *Loc. Cit.*, pp.96-99.

⁴⁰Esta era la visión de los liberales en Estados Unidos. Cruz, "La Política Exterior de Estados Unidos...", *Loc. Cit.*, p. 454.

⁴¹*Ibid.*

⁴²Lawton, "Crisis de la Hegemonía...", *Loc. Cit.*, p. 96.

⁴³Waksman, "Estados Unidos, el somocismo y la revolución...", *Loc. Cit.*, p. 97.

⁴⁴William M. LeoGrande, "The Revolution in Nicaragua, another Cuba", *Foreign Affairs*, vol.58, núm 1, otoño de 1979, p. 31.

⁴⁵William M. LeoGrande, "The US and the Nicaraguan Revolution", en Walker, *Nicaragua in Revolution. Op. Cit.*, pp. 70-75. Se verá con más detenimiento en el capítulo 4.

⁴⁶*Ibid.*, p. 74.

⁴⁷*Ibid.*, p. 75.

⁴⁸Susanne Jonas, "The Nicaraguan Revolution and the Reemerging Cold War", en Walker, *Nicaragua in Revolution, Op. Cit.*, pp. 380-381.

⁴⁹LeoGrande, "The U. S. and the Nicaraguan Revolution"., *Loc. Cit.*, pp. 74-75.

⁵⁰Dennis Gilbert, "Nicaragua", en Blachman (ed.), *Confronting Revolution. Security through Diplomacy en Central America*, (New York, Pantheon Books, 1986), p.99.

III. ESTADOS UNIDOS EN NICARAGUA

De acuerdo con algunos analistas de la opinión pública, en el momento de las elecciones de 1980 los norteamericanos se sentían desplazados por la Organización de Países Exportadores de Petróleo, humillados por el Ayatollah Khomeini, engañados por Fidel Castro, sobrepasados por Japón y agredidos por los rusos. Temiendo que Estados Unidos estuviera perdiendo el control de sus relaciones con el exterior, los votantes estaban dispuestos a exorcizar el fantasma de Vietnam y reemplazarlo con una postura más agresiva. De la misma manera que Carter había tendido el objetivo de mejorar la imagen de Estados Unidos, Reagan tenía ahora el propósito de retomar el control de los asuntos que ocurrían en el mundo.¹

La Guerra Fría cobró mayor intensidad al comenzar la Administración Reagan. Estados Unidos no podía permitir que aumentara la presencia soviética y cubana en su propia zona de "influencia natural", sobre todo, en Nicaragua, donde --como se ha visto-- los norteamericanos han tenido mucha importancia en el diseño de la política interna. Estados Unidos veía la necesidad de cambiar el rumbo de los acontecimientos en Nicaragua, pero la intervención directa no era la mejor opción, así que Nicaragua y Centroamérica en general se convirtieron en el caso de prueba o *test case* para la aplicación de la "estrategia de la Guerra de Baja Intensidad".

La Unión Soviética, por su parte, no estaba dispuesta a comprometerse de manera decisiva con el gobierno sandinista; sin embargo, su apoyo y el de Cuba resultaron indispensables para mantener en el poder a los sandinistas. La Guerra Fría se trasladó así a Centroamérica e impidió, posiblemente, la moderación de las fuerzas revolucionarias.

El objetivo principal de la administración Reagan era evitar la consolidación del gobierno sandinista. En el marco de la Guerra de Baja Intensidad, el gobierno estadounidense utilizó a las fuerzas contrarrevolucionarias nicaragüenses para minar el poder de los sandinistas, a la vez que apoyaba a la oposición civil. La Guerra de Baja Intensidad no incluye solamente aspectos militares, sino también la "guerra política y económica" como factores muy importantes. En este sentido, Estados Unidos practicó una política dual frente a los sandinistas: por una parte, la presión militar, económica y política y, por la otra, una retórica que parecía favorecer la negociación y hacía aparecer a los sandinistas como los responsables de que no fructificaran los esfuerzos por alcanzar la paz. En la retórica, además, la administración Reagan, eventualmente, hizo alusión al concepto de la democracia para promover el cambio político en Nicaragua (sobre todo a partir de 1984). En el periodo que se analiza en este capítulo, la administración Reagan, la influencia de Estados Unidos fue determinante en el curso de los acontecimientos en Nicaragua. El gobierno nicaragüense no podía consolidarse si no tomaba en cuenta el factor estadounidense en su proceso político. En un proceso de acción y respuesta, los sandinistas tuvieron que buscar el apoyo de otros países al tiempo que Estados Unidos intensificaba la presión sobre el gobierno nicaragüense.

En este capítulo se analizará el peso de Estados Unidos en la formación del poder político nicaragüense en el caso del sandinismo. Estados Unidos participó de dos maneras, por una parte, en la formación de la Contra y, por la otra, con su política de gobierno a gobierno. Hubo un actor nicaragüense, la Contra, dispuesto a aliarse con Estados Unidos para influir en el proceso político nicaragüense. La política gubernamental consistió en las presiones económicas y otras políticas que la administración Reagan llevó a cabo hacia el gobierno sandinista. Las

presiones económicas se ejemplificaron, principalmente, en el bloqueo y las políticas incluyeron un discurso en favor de la negociación y la promoción de la democracia. El discurso contó con ciertas características: hasta antes de 1984 el énfasis se puso en la política exterior del gobierno sandinista; a partir de las elecciones de ese año en Estados Unidos, se subrayó la necesidad de que el gobierno sandinista promoviera la democratización.

A. La política exterior durante la Administración Reagan

Antes de que Ronald Reagan asumiera la presidencia de su país, varios acontecimientos parecían indicar que la Unión Soviética estaba adquiriendo más espacios en la escena internacional: el desencanto de la guerra de Vietnam y la victoria soviética en Angola bajo la Administración Nixon son algunos de los casos que fundamentaban la preocupación de algunos sectores por una supuesta "decadencia del poder hegemónico" de Estados Unidos.

De acuerdo con esta perspectiva, ilustrada por Jeane Kirkpatrick, la administración de Carter había sido, para algunos funcionarios de la administración Reagan, la manifestación de un liberalismo excesivo que había debilitado la economía nacional, en tanto que, en el exterior, se había negociado mal el convenio SALT II y se había distribuido inadecuadamente el presupuesto de defensa. En consecuencia, la situación internacional demandaba a Estados Unidos la obtención de una victoria clara que reafirmara su voluntad de mostrarse como la potencia hegemónica. Ni el Golfo Pérsico, ni Afganistán eran los sitios adecuados para realizar tal empresa, Centroamérica, en cambio, aparecía como el espacio ideal para demostrar que la Pax Americana podía mantenerse. Después de todo, se trataba del "patio trasero" de Estados Unidos. Las

ventajas que Centroamérica otorgaba para emprender una campaña estadounidense exitosa radicaban en su cercanía geográfica, en las dimensiones pequeñas de los países y en la debilidad de los Estados de la zona.²

Esta lectura de los acontecimientos internacionales se basaba en premisas opuestas a las que se habían sostenido en el período de la distensión: por una parte, se pensaba que la URSS perseguía el desequilibrio internacional para establecer su predominio; además, se pensaba que la distensión había sido "una calle en una sola dirección", que había debilitado la fuerza militar de Estados Unidos mientras se permitía a la Unión Soviética alcanzar la superioridad nuclear y convencional. Por consiguiente, el proceso de negociación entre las potencias debía detenerse hasta recuperar el equilibrio militar. Por último, los conflictos en el Tercer Mundo se ubicaban en el centro del conflicto bipolar y debían enfrentarse con ese criterio.³

1. La Doctrina Reagan

El énfasis puesto en el carácter estrictamente bipolar del conflicto estratégico global marcó la visión reaganiana del Tercer Mundo. La Doctrina Reagan —lanzada formalmente al inicio de su segundo mandato, pero cuyos supuestos básicos eran evidentes desde antes— sirvió para justificar la participación norteamericana en Centroamérica como respuesta a la amenaza comunista en la región. Después de que un país adoptaba el socialismo, los países vecinos podrían continuar ese mismo camino. Era preciso evitar que eso sucediera en Centroamérica.

Por un lado, la Doctrina Reagan constituía una iniciativa de defensa estratégica y, por el otro, se trataba de un compromiso del presidente Reagan para rechazar a los aliados de la Unión Soviética en el Tercer Mundo.⁴ El objetivo era debilitar al bloque comunista mediante un ataque a

sus "eslabones más débiles". Aunque en principio esta Doctrina tenía el propósito de emprender una cruzada en contra de la influencia soviética, en la práctica se convirtió en "una tentativa sostenida para derrocar a regímenes radicales no consolidados".⁵ Cuando Reagan prometió que no habría nuevas tomas de poder comunistas (de hecho no las hubo entre 1981 y 1984), complementó su estrategia de contención dura con una política destinada a recuperar terreno en el juego de suma-cero del conflicto Este-Oeste:

La doctrina dice que no tenemos que resignarnos al hecho de que una vez que un país se ha transformado en miembro del campo socialista o comunista deba permanecer allí para siempre. Allí donde movimientos genuinos de liberación nacional buscan recapturar su país de una dictadura comunista impuesta desde fuera, Estados Unidos se reserva el derecho —y puede en realidad tener la obligación— de apoyar a esos pueblos⁶

La esencia de la Doctrina Reagan es el concepto de revertir (*rollback*) el comunismo. En tanto que no se pudiera revertir el comunismo en la Unión Soviética de manera directa, los objetivos eran los países del Tercer Mundo que se percibían como "clientes" de la URSS. En palabras del Presidente Reagan, "lo [único] que se necesita para revertir la subversión comunista es voluntad y recursos".⁷ Así, Nicaragua y El Salvador se convirtieron en los blancos de los estrategas norteamericanos para revertir el comunismo.

De acuerdo con esta lógica, si la Unión Soviética tenía fracasos (aunque menores) en política exterior se cuestionaría la misión histórica del Partido Comunista y se contemplaría la posibilidad de emprender una liberalización. Ese era el objetivo del apoyo norteamericano a los contrarrevolucionarios en Nicaragua, Angola o Afganistán.⁸ La Nueva Derecha norteamericana (que utilizaba una retórica anticomunista)⁹

rechazaba la doctrina de la contención, elaborada por George Kennan en los albores de la Guerra Fría, que asumía la defensa estratégica como opción, tolerando la existencia de regímenes comunistas e impidiendo intervenciones directas en ciertas coyunturas que hubiesen permitido inclinar la balanza hacia Occidente. Lo que se proponía, en cambio, era una posición ofensiva hacia los espacios ganados por la Unión Soviética, en contraposición a la defensa estratégica o contención.¹⁰

Al contrario de lo sugerido durante los años sesenta en el sentido de que la Unión Soviética se interesaba en mantener la estabilidad del sistema internacional, la administración Reagan subrayó la voluntad soviética de predominio. Al percibir un cambio en la estrategia del rival, los norteamericanos redefinieron sus conceptos militares. En el ámbito nuclear se buscó mostrar a la URSS que no podía destruir a Estados Unidos y que podía ser derrotada en una guerra nuclear.¹¹ Existe un paralelo en el ámbito de los enfrentamientos convencionales. Para la administración Reagan, las fuerzas norteamericanas y sus aliados debían defender sus territorios y, de hecho, poner en peligro intereses soviéticos en sus propios "dominios".¹² La estrategia que se definió para hacer frente a los desafíos convencionales que se presentaban a la Administración Reagan fue el enfoque del Conflicto de Baja Intensidad. Mediante este esquema se atacarían los problemas que se presentaran en el Tercer Mundo. Este esquema, asimismo, sirvió para buscar la victoria clara sobre el comunismo que Estados Unidos percibía como necesaria. En seguida se presentará la estrategia de la Guerra de Baja Intensidad a nivel teórico y en una sección aparte se presentará su aplicación práctica en el caso nicaragüense.

2. La Guerra de Baja Intensidad

Desde finales de los años setenta, funcionarios del futuro gobierno de Reagan, miembros de las fuerzas armadas, estrategas y comentaristas políticos resaltaron el concepto de la Guerra de Baja Intensidad (GBI) hasta que la discusión teórica en grupos reducidos pasó a la dirección del Departamento de Defensa. Heredado de los manuales y de la experiencia militar británica, el Conflicto de Baja Intensidad resurgió con la puesta en práctica de la Doctrina Reagan como una estrategia ante los desafíos a la hegemonía global de Estados Unidos que aparecían todos los días en los periódicos.¹³

Después del fracaso en Vietnam, el *establishment* de la defensa norteamericana estaba de acuerdo en que los conflictos a enfrentar en el futuro ocurrirían –muy posiblemente– en países del Tercer Mundo. Al ser este el caso, Estados Unidos debía desarrollar nuevas doctrinas, para lo cual, era necesario garantizar el apoyo de la opinión pública o garantizar que las acciones intervencionistas fueran lo suficientemente rápidas para no generar el tipo de protestas que surgieron después de Vietnam:

Se dice que la lección de Vietnam fue que Estados Unidos no debía comprometerse en un conflicto militar sin tener una misión militar clara y precisa [y] sólido respaldo público...sin embargo, la necesidad de evitar situaciones en las que no se ganara no implicaba no acudir a situaciones difíciles de ganar en la guerra.¹⁴

Algunos de los principales exponentes del enfoque de la GBI fueron el Coronel Harry Summers, el Dr. Sam C. Sarkesian y Caspar Weinberger. Kevin Kelley propone la siguiente definición:

[la GBI] es el uso limitado de la fuerza con el objetivo de ejercer coerción, reprimir, controlar o defender una población... lo cual implica el empleo de operaciones militares mediante [o

en contra de] fuerzas irregulares, operaciones pacificadoras, terrorismo, contraterrorismo, operaciones de rescate y asistencia militar en condiciones de conflicto armado. No significa un compromiso prolongado en operaciones de confrontación con fuerzas regulares.¹⁵

Sarkesian señala que los conflictos de baja intensidad se caracterizan por cuatro elementos importantes.¹⁶ En primer lugar, estos conflictos tienden a ser asimétricos, es decir, que los contendientes tienen diferente poder militar. En el caso del gobierno nicaragüense, la lucha por sobrevivir era total. Dado el compromiso con una Revolución, dejar de luchar implicaba renunciar a los principios de su existencia. Para Estados Unidos, en cambio, el Conflicto de Baja Intensidad en Nicaragua era limitado en los recursos comprometidos.

En segundo lugar, los conflictos son más bien ambiguos, ya que no existe un solo frente de ataque. La complejidad político-social de los conflictos cambia el centro de lucha del campo de batalla al espacio político. Puede decirse que, en el caso nicaragüense, Estados Unidos "ganó la guerra" en 1990, cuando los sandinistas perdieron las elecciones.¹⁷

En tercer lugar, estos conflictos son, en general, no convencionales. La victoria no se obtiene en el campo de batalla sino en el apoyo psicológico, propagandístico, político, económico y social que se otorga al movimiento de contrainsurgencia. En Nicaragua, el trabajo de Estados Unidos contempló el apoyo a la oposición civil, campañas de desprestigio del gobierno sandinista y medidas económicas destinadas a minar la capacidad del gobierno revolucionario.

Por último, los conflictos de baja intensidad tienden a prolongarse. Es común que el consenso respecto a metas políticas no claras y a largo plazo se debilite. Esto puede conducir a que el apoyo para participar en el

conflicto disminuya.¹³ De hecho, después del escándalo Irán-Contras fue difícil recuperar el apoyo del Congreso al financiamiento de la Contra.

En general, el objetivo estratégico de la GBI es debilitar la retaguardia política de las guerrillas o de los gobiernos revolucionarios; es decir, la población civil. Se trata de disputar la lealtad de la población a la guerrilla o al gobierno enemigo mediante las mismas tácticas utilizadas por los revolucionarios. Se intenta pasar de la represión masiva --que no distingue a la guerrilla de la población civil-- a la represión selectiva.¹⁹ Para poner en práctica el enfoque de la Guerra de Baja Intensidad era necesario desarrollar capacidades en tres planos: el despliegue rápido, la disposición inmediata y la capacidad de permanencia en el terreno.

La experiencia militar de la intervención directa de Estados Unidos en los conflictos del Tercer Mundo arrojó muchas enseñanzas en la teoría; en la práctica, sin embargo, los escenarios para la confrontación no habían permitido el ensayo de prácticas novedosas contrainsurgentes y contrarrevolucionarias. Centroamérica ofrecía la oportunidad de poner en la práctica lo aprendido en el papel.

a. Razones para implementar la Guerra de Baja Intensidad

Como ya se ha visto, Centroamérica es para Estados Unidos su área natural de influencia. De acuerdo a la visión de "dominó" de Reagan, la inestabilidad en Centroamérica, en última instancia, ponía en peligro la seguridad en el abastecimiento de petróleo procedente de México, ya que los principales centros de explotación se encuentran cerca de la frontera mexicana con Guatemala. Se argumentó también que la inestabilidad en la región aumentaría el número de inmigrantes a Estados Unidos en perjuicio de los trabajadores estadounidenses.²⁰

Aunque los argumentos anteriores son importantes, se tomará como punto de referencia lo que el Informe Kissinger señala como los intereses de Estados Unidos en la región. Este documento tuvo la ventaja de haber recibido manifestaciones de apoyo del Presidente Reagan y del Congreso, además de que hizo explícitas las preocupaciones que los norteamericanos tenían en la región.

A grandes rasgos, el Informe buscaba prevenir cuatro fenómenos:

- 1) desarrollos en Centroamérica que pudieran absorber más recursos (para defender zonas próximas al sur de Estados Unidos), reduciendo así la capacidad de defender intereses en otras partes;
- 2) una amenaza a las vías marítimas del Caribe;
- 3) la proliferación de Estados marxista-leninistas que aumentaría la violencia, la dislocación y la represión política en la región (y la creciente presencia cubana y soviética);
- 4) la erosión de su poder de influencia en eventos globales "que surgiría de la percepción de que fuimos incapaces de participar en situaciones vitales cerca de nuestra casa".²¹

En el Informe se descartó la participación militar directa de las fuerzas norteamericanas, por lo que las fuerzas a emplearse serían los gobiernos o los ejércitos de la región en conflicto. La lógica del Informe residía en condicionar la ayuda económica al apoyo de los países receptores a las políticas de Estados Unidos. Las propuestas de ayuda deberían aplicarse, en su mayoría, al campo económico-social. Lo que el Informe no decía era que el gasto de la ayuda obedecía a una guerra contrainsurgente moderna en la que las actividades humanitarias se confundían con las militares.²²

Robert Tucker ha señalado, por su parte, que "no es la seguridad de las vías marítimas ni la perspectiva de una inundación de refugiados a Estados Unidos o el peligro para la estabilidad de México lo que está en

juego en América Central, sino que es la credibilidad del poder de Estados Unidos".²³ Esto se manifestó claramente durante el período de la Administración Reagan, cuando se promovió un vasto proyecto de recuperación hegemónica y de su economía, lo que implicaba reactivar la carrera armamentista y el surgimiento de nuevas zonas de tensión dentro de una estrategia más ofensiva para contener la amenaza comunista. En realidad, el gasto respondía a la posibilidad de que aumentara la presencia de Cuba y la Unión Soviética.

Estados Unidos sabía que la presencia soviética en el área no era militar, pues tenía la seguridad de que la URSS no iba a utilizar armas nucleares y que una lucha convencional "podría manejarse de manera efectiva, sin un aumento sustancial en los programas de cooperación militar"²⁴ (lo cual constituye uno de los pilares del Conflicto de Baja Intensidad delineado por los estrategas norteamericanos). Además, la ayuda militar soviética a los países centroamericanos fue mucho menor que la ayuda militar que Estados Unidos otorgó a las fuerzas contrainsurgentes de Nicaragua.²⁵ Sin embargo, Estados Unidos tenía que dejar clara su hegemonía en la región.

B. La Guerra de Baja Intensidad en la práctica: la Contra

Como se dijo en un capítulo anterior, la presencia de Estados Unidos ha sido de vital importancia en la formación del poder político nicaragüense, aunque siempre estuvo presente el deseo de que los propios nicaragüenses resolvieran sus problemas. Durante el gobierno sandinista, Estados Unidos veía en las fuerzas opositoras al gobierno revolucionario el medio adecuado para desestabilizar la economía nicaragüense, desprestigiar la imagen del régimen sandinista y aumentar el estado de ingobernabilidad en Nicaragua con el objetivo de derrocar al sandinismo

en el poder. Si las fuerzas opositoras al régimen nicaragüense no lograban tomar Managua, sus incursiones, al menos, causarían que el gobierno sandinista cometiera agresiones fuera de sus fronteras, que militarizara su gobierno y que radicalizara sus posturas.²⁶ Esto, de acuerdo con la visión de la administración Reagan, debilitaría al gobierno sandinista interna e internacionalmente.

1. Orígenes y Características de la Contra

Las tácticas de la GBI se basaban en golpes rápidos, cuyo abastecimiento hacía necesario constituir un frente de ataque alrededor de la zona en conflicto. Los gobiernos de Honduras y Costa Rica estuvieron dispuestos a intercambiar ayuda económica por apoyo a las maniobras estadounidenses militares; sin embargo, no es posible afirmar que la conducta de esos países haya obedecido únicamente a la influencia norteamericana ya que sus intereses nacionales sí podían afectarse por la creciente militarización de Nicaragua y por la dispersión de los antisandinistas en sus territorios.²⁷

La historia de la Contrarrevolución comenzó en 1980 cuando las Milicias Populares Antisomocistas (Milpas) se unieron a los destacamentos que quedaban de exguardias somocistas en contra de los sandinistas por su desacuerdo con la política agraria que el gobierno revolucionario llevaba a cabo. Por otra parte, la Legión 15 de septiembre -integrada por oficiales exsomocistas- sumó a sus filas a algunos civiles para integrar la Alianza Democrática Revolucionaria. Pero pronto esta unión entre civiles y militares se fracturó hasta desaparecer en ese mismo año. Entonces, los exguardias revivieron a la Legión y algunos civiles integraron la Unión Democrática Nicaragüense (UDN).

De manera independiente, la Legión 15 de septiembre y la UDN entablaron contactos con asesores militares de Argentina quienes les proporcionaron instrucción militar a cambio de información sobre el grupo guerrillero de los montoneros que --se decía-- operaba en territorio nicaragüense. Los argentinos exigieron que las fuerzas contrarrevolucionarias se unieran para mantener la ayuda, además que, de hecho, podrían así tener una presencia más importante.²⁸ En agosto de 1981, la Legión y la UDN se volvieron a unir en el Frente Democrático Nicaragüense; dirigían sus operaciones desde Honduras.²⁹

Oficialmente, la intervención de la administración Reagan en los grupos contrarrevolucionarios comenzó el 9 de marzo de 1981, cuando el Presidente pidió al Congreso norteamericano la aprobación de un paquete de 19.5 millones de dólares para ayudar a los opositores del régimen nicaragüense. El objetivo de este programa consistía en fortalecer la intercepción del flujo de armas de Nicaragua a El Salvador.³⁰ En noviembre de 1981, el Presidente Reagan firmó la Decisión Directiva de Seguridad Nacional número 17 que autorizaba a la CIA integrar una fuerza de 500 hombres en contra del sandinismo. Al Congreso se le informó que no habría americanos que participaran directamente en el conflicto. El plan se pondría en marcha, sobre todo, por personal no norteamericano, aunque "la CIA podía efectuar acciones (posiblemente utilizando personal norteamericano) paramilitares unilaterales en contra de objetivos especiales".³¹

A pesar de que el flujo de armas a El Salvador (que era una de las razones para suspender la ayuda económica al gobierno de Nicaragua)³² se detuvo, no fluyeron créditos del gobierno norteamericano a los sandinistas.³³ Al contrario de mejorar las relaciones entre los dos países, en mayo de 1981 la CIA otorgó 50 mil dólares a oficiales argentinos que entrenaban a contrarrevolucionarios en Honduras para unirse en una sola

fuerza. Para entonces ya existían campos de exiliados en Florida, Texas y California.³⁴ A los asesores se les sumaron los combatientes de la Guardia Nacional, el apoyo territorial de Honduras y el dinero de Estados Unidos.

En diciembre de 1981 la Contra estaba integrada por 1000 hombres que agrupaban a exmiembros de la Guardia Nacional, al Ejército de Liberación Nacional y a la Unión Democrática Nicaragüense. La CIA se encargó de impulsar la unificación de estos grupos y, desde la salida de asesores argentinos en 1982 asumió la dirección operativa.³⁵

Como ejemplos de actividades en contra del gobierno sandinista, en marzo de 1982 tuvieron lugar las dos primeras acciones militares decisivas de la Contra al dinamitar y poner fuera de servicio los puentes del Río Negro en Chinandega y del Río Coco. Se conoce que del 14 de marzo al 21 de junio ocurrieron 106 incidentes insurgentes incluyendo los siguientes tipos de operación: sabotaje en puentes, ataques en contra de patrullas pequeñas, ataques a soldados sandinistas, asesinatos de funcionarios menores del gobierno y de un asesor cubano.³⁶ Los sandinistas respondieron tal como los norteamericanos esperaban: declararon el estado de emergencia nacional, impusieron censura en los medios de comunicación, aumentaron la vigilancia en las calles y arrestaron a numerosos líderes liberales. Entre los encarcelados se encontraba el líder moderado Alfonso Robelo, quien al ser liberado se encontró con otros líderes desilusionados por la Revolución que no querían asociarse a los exguardias nacionales. Fue entonces cuando, en 1982, Edén Pastora, mejor conocido como el *Comandante Cero*, Fernando "El Negro" Chamorro, Alfonso Robelo y Brooklyn Rivera se reunieron en San José, Costa Rica y crearon una alianza político-militar en contra de los sandinistas: la Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE)³⁷. El objetivo principal de la Alianza era rescatar el proyecto

original de la Revolución; criticaba primordialmente las contradicciones surgidas en el FSLN, la ausencia de un Estado de Derecho y la mala utilización de los recursos económicos.

Para recuperar el proyecto original de la Revolución, los miembros de la ARDE consideraban necesario el respeto a los poderes, la separación del Partido Sandinista de las fuerzas armadas, el respeto a los derechos humanos, la reforma agraria, la autonomía sindical, el respeto al derecho de huelga, la autonomía regional de los pueblos de la costa Atlántica y, en política exterior, se manifestaban por la adhesión al grupo de los No Alineados. Las fuerzas guerrilleras al mando de Pastora estaban agrupadas en nueve columnas en cuatro áreas operacionales. Su lucha era menos intensa que la de la Contra que operaba en la frontera con Honduras, debido a que en el sur había menos concentración de población y las guerrillas estaban menos equipadas.³⁸

En 1983 había tres frentes de guerra. En el Norte operaban las Fuerzas Democráticas Nicaragüenses con 7000 hombres, en el Sur Edén Pastora con 4000 hombres y en el Atlántico 3000 indios misquitos.³⁹

El tercer frente de ataque al gobierno sandinista (MISURASA⁴⁰) operaba desde el Atlántico y estaba constituido por indígenas del este de Nicaragua que luchaban por conservar su modo tradicional de vivir. El gobierno sandinista no deseaba perder el control de esa zona debido a que Estados Unidos tenía una fuerza naval en esa costa y desde los puertos el Bluff y Puerto Cabezas se originaba la ruta más corta a Cuba; además, en esa zona existen abundantes recursos naturales y disponibilidad de puertos. Los choques con los Misquitos comenzaron en 1981 y el conflicto persistió aún después de las negociaciones que el gobierno sandinista inició con ellos en 1984.⁴¹

Desde lanchas rápidas artilladas y helicópteros que tenían como base un buque norteamericano, los comandos de la CIA llevaron cabo

espectaculares ataques a los puertos nicaragüenses para obstaculizar su comercio exterior.⁴² Aunque la CIA negó tener responsabilidad en el conflicto y dijo que la Contra había sido la responsable de los sucesos, tiempo después se supo con detalle la manera y el modo en que fueron preparados los golpes.⁴³

Con el objetivo de mejorar la imagen política de los grupos contrarrevolucionarios que operaban desde Honduras con el apoyo directo de la CIA y del Consejo de Seguridad Nacional, Estados Unidos instó la formación de la Unión Nacional Opositora (UNO) en 1985 como brazo político del Frente Democrático Nacional. A pesar de los esfuerzos norteamericanos, el liderazgo de Arturo Cruz —que había salido de la ARDE en 1984—, Alfonso Robelo y de Adolfo Calero fue muy frágil. Cruz y Robelo aparecían como "figuras civiles decorativas", mientras que Calero era el administrador de todos los recursos y el jefe de los militares.⁴⁴ La conducción del movimiento no fue sólida por las pugnas tradicionales entre civiles y militares. El cambio de la imagen de la Contra en Estados Unidos requirió de mucho trabajo. Se trató de matizar el origen somocista de la Contra al incluir a figuras civiles, además se intentó humanizar la guerra frente a la opinión pública norteamericana: en agosto de 1985 la Fuerza Democrática Nicaragüense anunció la creación de un Comité de la Cruz Roja, de una Comisión de Derechos Humanos, de una Fiscalía General y de Tribunales de Excepción y Apelación que se encargarían de sancionar a quienes no emprendieran sus actividades de manera correcta.

Tras constantes desacuerdos, en 1984 la ARDE se dividió; una parte quedó al mando de Pastora y otra se fue al FDN. La intención de la CIA era lograr la unidad de los contrarrevolucionarios —sin importar los medios que se tuvieran que emplear para conseguirlo. Sin embargo, en 1985 Pastora alentó la formación del Bloque Opositor del Sur (BOS) que,

no obstante no tener una fuerza militar decisiva, agradaba a los Demócratas norteamericanos por su perfil social-demócrata.

Desde su fundación, la UNO recibió apoyo del Departamento de Estado, del Consejo de Seguridad Nacional y de la Agencia Central de Inteligencia. Además de las críticas que recibió por la no observancia de los derechos humanos y porque los máximos líderes militares eran exoficiales de la Guardia Nacional, dos elementos adicionales dañaban su imagen: su manejo de los recursos financieros y la autonomía que, de hecho, gozaban los militares en la organización. En 1985 la UNO y el FDN se convirtieron en la base militar de la lucha contrarrevolucionaria. La CIA siempre buscó tener buenas relaciones con el grupo dirigido por Pastora; sin embargo, el *Comandante Cero* trató de mantener cierta independencia —aunque fuera formalmente— de la Agencia.⁴⁵

En cuanto al apoyo estadounidense a la Contra, desde el minado de puertos el Congreso ya no estuvo dispuesto a seguir apoyando y financiando una empresa que contaba con la participación de Estados Unidos. Algunos reportes de que miembros de la Contra participaban en el tráfico de drogas dañaron la imagen de los rebeldes.⁴⁶ Fue entonces cuando funcionarios de Estados Unidos establecieron una red informal nacional entre empresarios y veteranos de la guerra en Corea que proporcionaban hasta un millón mensual de dólares de ayuda a la Contra.⁴⁷ A través de una red compleja de cuentas de bancos, corporaciones, comercializadoras de armas y barcos, personal del pentágono y exagentes de la CIA se mantuvo el flujo de armas a la Contra. La ayuda que proporcionaron las organizaciones de derecha entre 1984 y 1985 se cuenta por más de 50 millones de dólares.⁴⁸

En 1985 el apoyo del Congreso a la Contra se renovó con la aprobación de 27 millones de dólares en ayuda no militar. A pesar de las restricciones que el Congreso impuso se continuó con el flujo de armas

hacia Nicaragua, ahora a través de la Oficina de Asistencia Humanitaria.⁴⁹ Tras un intenso *lobby*, argumentando que los intereses de Estados Unidos estaban afectándose por el incremento en el gasto de defensa nicaragüense, y gracias a la popularidad de que entonces gozaba el Presidente Reagan, se renovó la ayuda militar por 100 millones de dólares, 73 en ayuda militar y 27 en humanitaria.⁵⁰ Algunos meses después se dio a conocer el escándalo Irán-Contras. Después de esto, el Congreso de Estados Unidos no volvió a aprobar ayuda militar a la Contra sino hasta enero de 1988.

El origen del escándalo fue que el gobierno de Estados Unidos no debía apoyar a los rebeldes nicaragüenses según la Enmienda Boland de 1982, que prohibía tal ayuda; por lo tanto, esos recursos violaban la ley independientemente de que cumplieran con lo que la administración Reagan percibía como los intereses norteamericanos. Sin embargo, según versiones de la Contra, algunos de esos fondos nunca fueron recibidos, como el dinero que estaba en la cuenta de un banco suizo, en donde se suponía que el sultán de Brunei iba a depositar el dinero.⁵¹

Muchos funcionarios —como Oliver North, miembro del CSN— estuvieron en el banquillo de los acusados por el desvío de las ganancias derivadas de la venta de armas a la Contra. Oliver North, el asesor del Consejo de Seguridad Nacional, Robert McFarlane y el Director de la CIA, William Casey lograron obtener fondos de Sudáfrica, Israel y Arabia Saudita para financiar a la Contra. Entre 1985 y 1986 se canalizaron más de 1.7 millones de dólares desde una fundación exenta del pago de impuestos a fondos de ayuda a la Contra nicaragüense.⁵² No sólo participaron países donadores sino empresarios como Carl “Spitz” Channell y Richard Miller.⁵³

Para 1986, el ejército sandinista se había reorganizado y tenía mejor equipo militar. Por su parte, la Contra estaba debilitada, no tenía

movimientos importantes en las ciudades y no contaba con un liderazgo político fuerte;⁵⁴ además, las alianzas con Honduras y Costa Rica eran inestables. A pesar de que la Contra realizaba ofensivas exitosas, expertos militares decían que las guerrillas contrarrevolucionarias no lograban traducir éxitos militares de corto plazo en ganancias políticas.⁵⁵ Con los volúmenes de ayuda recibida y con un ejército rebelde de casi 20 mil hombres en sus mejores momentos, el trabajo militar de los líderes de la Contra fue deficiente.⁵⁶ Se les criticaba porque no constituían una alternativa política real y por las constantes diferencias entre civiles y militares provocaban que la eficiencia de los ataques en las ciudades no fuera la óptima.⁵⁷ Pardo Maurer dice, incluso, que al comenzar 1986 la Contra estaba "estratégicamente derrotada".⁵⁸

Mientras que para Estados Unidos el conflicto era de carácter limitado (respondiendo a una de las características de la GBI), para Nicaragua la guerra era total, ya que prácticamente el conjunto de los recursos económicos se destinaban al esfuerzo bélico. Como ejemplo de lo anterior puede señalarse el incremento del gasto de defensa de 14.7% del PIB en 1981 a más del 50% en 1985.⁵⁹ Para los norteamericanos, este incremento en el gasto de defensa amenazaba la estabilidad de la región, a la vez que provocaba la creciente militarización de la zona. Los estrategas estadounidenses argumentaban que el apoyo a las fuerzas contrainsurgentes se justificaba en el hecho de que el gobierno sandinista había emprendido una ofensiva militar en perjuicio de las verdaderas fuerzas revolucionarias.⁶⁰

En el extremo contrario, el gobierno nicaragüense argumentaba que su ejército tenía un carácter defensivo dado su bajo nivel técnico y las características de su armamento, además de la casi inexistencia de la fuerza aérea y de las condiciones de deterioro de los tanques soviéticos.⁶¹ La cruzada ideológica de Reagan se enfrentó a una Revolución con sólidas

raíces internas. La guerra de defensa nicaragüense equivalía a la defensa de sus principios revolucionarios.⁶²

C. La política dual del gobierno estadounidense

La política dual norteamericana fue otra forma de política estadounidense hacia Nicaragua, ésta fue directa y no a través de nicaragüenses mismos. Esta sección se divide en dos partes: las medidas materiales o económicas y la posición retórica o diplomática.

1. Asfixia económica

Justo antes de 1979 la exportación total de bienes y servicios nicaragüenses constituía cerca del 24% del producto nacional. Las exportaciones eran la principal fuente de divisas. Como se mencionó en el capítulo anterior, la manera de financiar el déficit en cuenta corriente fue por medio de la contratación de deuda con el exterior, especialmente de corto plazo.⁶³

Además de la deuda heredada del somocismo (1.6 billones de dólares) el gobierno sandinista enfrentó una fuga de capitales de poco más de 500 millones de dólares. Aunque las condiciones externas habrían favorecido las medidas económicas del régimen revolucionario, se hubieran necesitado muchos años para reestructurar la economía.⁶⁴ En 1979, el PNB disminuyó en 25%, las exportaciones cayeron 12%, 70% de la industria estaba dañada, el desempleo ascendía a 34% en Managua y el subempleo a 25%, y las reservas sumaban 3.5 millones de dólares. El daño físico de la guerra se estimaba en 660 millones de dólares más un flujo de capitales con un valor de 500 millones de dólares.⁶⁵

En el marco de la Guerra de Baja Intensidad las medidas económicas que se adoptaron fueron de vital importancia. El objetivo de

estas políticas se dirigió a destruir las bases materiales del gobierno nicaragüense. La técnica de poner en riesgo la viabilidad de un gobierno por medio de golpes económicos había tenido mucho éxito en Chile. La inviabilidad del proyecto económico aceleró la abrupta caída del gobierno socialista.

Las condiciones económicas en Nicaragua hacían urgente la asistencia internacional. Fue por ello, en parte, que durante el gobierno del Presidente Carter las relaciones entre ambos países fueron muy cautas. Los funcionarios "blandos" de la administración Carter, como Vaky, Subsecretario de Asuntos Interamericanos, señalaban el peligro de que Nicaragua se convirtiera en una segunda Cuba si se negaba a los líderes nicaragüenses los créditos que solicitaban, ya que acudirían a otras instancias para obtenerlos. En cambio, los "duros" pensaban que si se les otorgaba ayuda económica, el gobierno sandinista consolidaría la Revolución.⁶⁶

La tardanza con que llegaron los ansiados 75 millones de dólares a Nicaragua y las condiciones –para algunos excesivas – del retiro de soldados y asesores cubanos o soviéticos, de destinar la mayoría de los créditos al sector privado y de respeto a los derechos humanos fueron las primeras señales de "agresión" económica hacia el gobierno revolucionario.⁶⁷ La economía nicaragüense, al igual que la de los otros países centroamericanos, dependía del sistema económico global al basarse en las exportaciones. Así, Nicaragua era muy vulnerable a las presiones del exterior.

Desde 1981, el gobierno estadounidense suspendió toda la ayuda bilateral, incluyendo aquella que se encontraba en camino debido a que el Congreso consideró que aunque se había reducido el tráfico de armas en territorio nicaragüense, los sandinistas estaban buscando nuevas rutas para el tránsito de armas.⁶⁸ También fueron suspendidas las garantías que

el Ex-Im Bank otorgaba para financiar las exportaciones de Nicaragua. Por otra parte, el gobierno sandinista fue eliminado del programa que Reagan emprendió en 1983, conocido como "Iniciativa para la Cuenca del Caribe". Este programa comprendía un esquema de asistencia económica y libre comercio orientado a promover el crecimiento en los países de la región como una manera de alentar la estabilidad de Centroamérica y el Caribe.⁶⁹ Asimismo, el gobierno de la administración Reagan politizó los préstamos hacia Centroamérica en las instituciones financieras internacionales. En noviembre de ese año, arguyendo "problemas técnicos" se logró bloquear un préstamo por 30 millones de dólares del Banco Interamericano de Desarrollo. En 1985 la administración estadounidense bloqueó nuevamente un préstamo de 60.3 millones de dólares del Banco Interamericano de Desarrollo⁷⁰ que sería destinado a pequeños y medianos productores agrícolas. Aunque el Secretario de Estado George Shultz señaló razones técnicas para no otorgar el crédito al gobierno nicaragüense, era de todos conocido que el préstamo no se otorgó por razones políticas.⁷¹

El presidente Reagan presentó su programa de apoyo a la Contra como uno de Liberación Nacional, poniendo énfasis en el deber de asegurar los derechos de los *freedom fighters*.⁷² Por la oposición en el Congreso, Reagan decidió pedir ayuda humanitaria en vez de militar y señaló que la suspendería si el gobierno de Nicaragua comenzaba pláticas con la Contra. Ni Nicaragua ni el Congreso aceptaron. Uno de los argumentos en el Senado era que se deberían considerar medidas para debilitar al gobierno sandinista. Fue entonces cuando el embargo económico se puso en marcha como una acción alternativa a la intervención directa.

No cabe duda que la medida que resultó más radical fue la orden del Presidente Reagan del 7 de mayo de 1985 de "suspender todas las importaciones de origen nicaragüense y las exportaciones norteamericanas

a Nicaragua excepto el financiamiento de dinero relacionado con la resistencia interna".⁷³ El embargo comercial, sin embargo, sólo formalizó lo que de hecho ya sucedía con las relaciones económicas entre Estados Unidos y Nicaragua. En mayo de 1983, por ejemplo, Estados Unidos disminuyó su cuota de importación de azúcar de Nicaragua en 90 %, con lo que se afectó a cerca del 50% de las exportaciones de ese producto. De manera similar, en octubre de 1982, la Standard Fruit canceló sus operaciones en Nicaragua, que exportaba el 100% de sus plátanos a Estados Unidos.⁷⁴ El embargo comercial condujo a que los niveles de exportación disminuyeran considerablemente. En 1979, el valor de las exportaciones fue de 600 millones de dólares; entre 1986 y 1987, por la guerra y por la presión económica de Estados Unidos, el valor de las exportaciones descendió a 200 millones de dólares. Esta crisis se reflejó en la reducción del Producto Nacional Bruto. Se ha calculado que en 1989 la economía nacional representaba una tercera parte de la que se tenía diez años antes. Al mismo tiempo, la inflación afectó severamente los salarios reales de los nicaragüenses. Para 1990 el salario había disminuido su valor 92% desde 1981.⁷⁵

Debido a lo anterior, el gobierno sandinista buscó diversificar su comercio no sólo con Europa del Este de Europa y la URSS sino con aquellos países que no obedecieran la pauta marcada por el Presidente Reagan.⁷⁶ De hecho, muchas naciones no apoyaron la posición del presidente Reagan en el seno del GATT; sin embargo, aunque la discusión acerca de si Estados Unidos violaba el espíritu del GATT favoreció a Nicaragua, no cambió en nada la situación.⁷⁷

De esta manera, Nicaragua se dedicó a buscar nuevos proveedores de ayuda económica. Dada la dependencia histórica que los gobiernos nicaragüenses tenían del capital extranjero, especialmente norteamericano, y la urgencia de créditos⁷⁸ para reactivar la economía

provocaron que el gobierno revolucionario tuviera que buscar ayuda en países que sí estaban dispuestos a asistirle.

Las medidas económicas llevadas a cabo durante la administración Reagan fue una arma muy importante para desgastar la viabilidad del gobierno sandinista. El error de los revolucionarios fue, posiblemente, radicalizar su discurso y no hacer más flexible su trato con los que no estaban de acuerdo con su gobierno. Una Revolución en Nicaragua sin el apoyo de Estados Unidos tenía un final casi seguro: su desgaste político y económico.

2. Retórica y promoción de la democracia

El Secretario de Estado Alexander Haig escribe en sus memorias que al comenzar la administración Reagan se enviaban dos advertencias a los soviéticos: que su "aventura" en el Tercer Mundo había terminado y que las relaciones de Estados Unidos no estarían condicionadas más por el respeto a los derechos humanos, sino por la amistad de los países en cuestión con el gobierno norteamericano.⁷⁹

El subsecretario de Estado Thomas Enders, hizo una propuesta en la que condicionaba ayudar económicamente al gobierno nicaragüense si Nicaragua suspendía el apoyo militar a las fuerzas insurgentes de El Salvador y, si reducía el número de efectivos de su ejército. Ante este hecho, Nicaragua redujo la oferta de armas aunque, como se vio en la sección anterior, no fue suficiente para que la propuesta tuviera éxito.

Un segundo intento por negociar con el gobierno nicaragüense se hizo cuando Enders viajó a Managua en agosto de 1981 al primero de cinco encuentros que tuvo con los sandinistas. Además de volver a condicionar la ayuda económica al cese de apoyo militar sandinista a las fuerzas revolucionarias de El Salvador, Enders planteó la necesidad de

moderar las relaciones de Nicaragua con Cuba y la Unión Soviética, y de respetar el pluralismo político y los principios de una economía mixta.⁸⁰ Sin embargo, de nuevo, estos encuentros no produjeron resultados que favorecieran negociaciones más amplias.

Estados Unidos se pronunciaba en un sentido y actuaba en otro. Mientras que prometía no intervenir, apoyaba las maniobras militares en contra de Nicaragua; mientras prometía ayuda, se cancelaban los préstamos. Los norteamericanos argumentaban su postura con base en las declaraciones de Humberto Ortega: "...somos anti-yanquis, estamos en contra de la burguesía, el sandinismo sin marxismo-leninismo no puede ser revolucionario".⁸¹ Enders decía que había un obstáculo en el camino, y que mientras una parte tendía a la negociación —la administración norteamericana—, la otra lo hacía hacia la separación —es decir, Nicaragua.⁸² Al comentario de Enders, Ortega respondió que "...hemos decidido defender nuestra Revolución por las armas incluso si somos atacados y emprender la guerra en toda Centroamérica si esa es la consecuencia".⁸³

El espíritu negociador de la administración Reagan y del gobierno sandinista no era muy evidente. Mientras que el gobierno nicaragüense se quejaba de que Estados Unidos no cumplía con su parte, los norteamericanos interpretaban que los sandinistas estaban rechazando las propuestas, por lo que dieron por terminadas las negociaciones.

Después del verano de 1981, las operaciones cubiertas y descubiertas por parte de Estados Unidos remplazaron a las acciones diplomáticas. Sin embargo, respondiendo de nuevo a una política dual, Alexander Haig propuso atacar las raíces del problema. En un proyecto presentado al CSN, Haig señalaba la necesidad de desarrollar una política exterior más estricta ante Cuba para que este país dejara de apoyar movimientos revolucionarios. Tal iniciativa no recibió apoyo, pero

el CSN adoptó dos decisiones que se formalizaron en el Documento de Decisión de Seguridad nacional número 17. Por una parte, se estableció un Plan de Contingencia que se aplicaría si Cuba emprendía acciones militares inaceptables. Por la otra --como ya se mencionó--, se autorizaron 19 millones de dólares para integrar una fuerza de 500 hombres que lucharan en contra de la viabilidad del proyecto sandinista.⁸⁴

Con el apoyo explícito a la resistencia nicaragüense, la administración Reagan desobedeció las leyes de neutralidad de exiliados de Cuba y Nicaragua en Miami, Florida. Sin embargo, el director de la CIA, William Casey, argumentaba que Estados Unidos sólo apoyaba un programa bajo la dirección de los argentinos --a quienes pronto sustituyeron los norteamericanos.⁸⁵ A pesar de estas declaraciones, el 14 de febrero de 1982 el *Washington Post* hizo públicos los 19 millones de dólares de ayuda encubierta --un monto muy considerable para un programa de "apoyo"-- para la Contra y los líderes de la clase media nicaragüense.⁸⁶ A pesar del supuesto interés por la negociación, a partir de 1982 los esfuerzos de la administración Reagan se dirigieron preferentemente por la vía militar para influir en los asuntos internos de Nicaragua, como ya se ha visto. En septiembre de 1983 se adoptó en Estados Unidos la Segunda Decisión Presidencial que autorizaba otorgar apoyo material y guía a los grupos de resistencia nicaragüense. La decisión emitida tenía el propósito de presionar a Nicaragua para que negociara con sus vecinos y cesara el flujo de armas.⁸⁷ Después de la invasión a Granada en octubre de 1983, la Administración Reagan solicitó 24 millones de dólares adicionales para apoyar a la Contra. El Presidente dijo en un discurso que el gobierno sandinista era un "reino comunista del terror", pero reconoció que existía la posibilidad de revertirse.⁸⁸

Puede señalarse que en la primera administración del presidente Reagan el énfasis se puso en la política exterior de Nicaragua --al menos

en el discurso. El principal objetivo era evitar el apoyo nicaragüense a la guerrilla salvadoreña. Reagan negó en varias ocasiones que su objetivo fuera remover al gobierno nicaragüense; en 1983, por ejemplo, dijo que "no estaban haciendo nada para derrocar al gobierno nicaragüense".⁸⁹ En octubre de 1984 Reagan comenzó su preparación a su segundo ciclo en la presidencia con una plataforma de política exterior más moderada debido a que temía que los Demócratas ganaran simpatizantes al favorecer una salida pacífica al conflicto en Nicaragua. Por eso, el Departamento de Estado emprendió una nueva ronda de negociaciones con el gobierno nicaragüense. Los objetivos del Departamento de Estado eran llegar a un acuerdo de seguridad en el cual los sandinistas acordarían dejar de apoyar a los rebeldes salvadoreños, limitar el tamaño de su ejército y suspender lazos con el bloque soviético. Por la insistencia de los funcionarios de "línea dura" se incorporó el asunto de la democratización en la agenda de las conversaciones.⁹⁰ Las negociaciones no tuvieron éxito porque los sandinistas no estaban dispuestos a negociar su sistema político interno y porque los funcionarios de "línea dura" no permitirían demasiadas concesiones. Contrario a lo expresado en su plataforma presidencial, la administración Reagan reforzó el apoyo a la Contra. La ronda de conversaciones en Manzanillo y en Atlanta⁹¹ llevadas a cabo de junio de 1984 y a principios de 1985 se suspendieron y Estados Unidos se retiró del caso que se llevaba en su contra en la Corte Internacional de Justicia, que el gobierno nicaragüense inició en 1984, acusando a Estados Unidos de haber violado el derecho internacional al minar puertos nicaragüenses y apoyar militarmente a la Contra.⁹²

Los nicaragüenses, para dejar sin base al argumento norteamericano de que su gobierno no respetaba a la oposición, adelantaron sus elecciones para noviembre de 1984. La Coordinadora Democrática Nicaragüense —alianza de empresarios, partidos políticos y sindicatos

moderados-- tenía como líder a Arturo Cruz. Los candidatos de la Coordinadora no aceptaron las reglas a seguir en los comicios. La mano estadounidense se volvió a manifestar en el retiro de la candidatura de los representantes del Partido Liberal: Virgilio Godoy Reyes y Constantino Pereira Bernheim.⁹³

La participación externa influyó en el curso que las elecciones de 1984 tomaron. El gobierno norteamericano no adoptó una sola postura frente a las mismas; los funcionarios de "línea dura" (que se encontraban en la CIA o en el CSN) consideraban que la participación de los opositores legitimaría al gobierno sandinista. Por su parte, los moderados del Departamento de Estado alentaban a la oposición para que compitiera en las elecciones. En tanto que la Coordinadora Democrática Nicaragüense (que incluía al Consejo Superior de Empresas, cuatro partidos políticos de moderados a conservadores y dos federaciones de sindicatos) no participó en las elecciones otros seis partidos decidieron sí competir. No obstante, el desacuerdo sobre la conveniencia de competir electoralmente prevaleció incluso semanas antes de que la contienda tuviera lugar.⁹⁴ La ausencia de la principal fuerza política de la oposición impidió que las elecciones sirvieran para legitimar al régimen. En 1984, las circunstancias (como la no participación de la Coordinadora Democrática) evitaron la derrota, pero en 1990 (como se verá más adelante), los pequeños partidos sí tuvieron capacidad de respuesta frente a los sandinistas.⁹⁵

A pesar de que la oposición tuvo avances importantes (obtuvieron el 37% de los votos y 29 lugares en la Asamblea Nacional),⁹⁶ la elección no fue considerada válida por la Coordinadora. Como era de esperarse, la oposición, Estados Unidos y otros actores internacionales acusaron al gobierno de haber cometido fraude.⁹⁷ Carlos Andrés Pérez, por ejemplo, declinó participar en la toma de posesión del Presidente Ortega por

considerar que las limitaciones al pluralismo político debilitaban la credibilidad de las elecciones.⁹⁸

La inconsistencia entre la retórica y los hechos del gobierno norteamericano pueden explicarse por los desacuerdos entre los funcionarios moderados (como Thomas Enders) y los de "línea dura" (como el mismo presidente Reagan). Sin embargo, la necesidad de justificar la política hacia el gobierno nicaragüense ante la opinión pública norteamericana propició que se buscara la manera de ganar apoyos en la lucha contra la viabilidad del gobierno sandinista.

La Administración Reagan se esforzó por hacer parecer a los sandinistas como un gobierno que amenazaba directamente la seguridad norteamericana. La "maldad del gobierno sandinista" haría que, con el paso del tiempo, el resto de Centroamérica y México enfrentaran amenazas comunistas. Al comenzar el decenio de los años ochenta, el gobierno norteamericano justificó su intervencionismo como una manera de impedir que Nicaragua participara, a su vez, en los asuntos de otros países. Gradualmente, el objetivo cambió a la promoción de la democracia. Al principio de su gobierno, Reagan declaraba que su intención no era derrocar a los sandinistas. Con el tiempo, las declaraciones en este sentido cambiaron. El objetivo de promover la democracia se convirtió en la justificación para continuar con el apoyo a la Contra, como instrumento de presión en favor de la democratización del sistema político nicaragüense. La justificación del apoyo a la Contra no se expresó sólo en términos de sus funciones democratizadoras, sino que se llevó a cabo un esfuerzo de legitimación de las mismas ante la opinión pública difundiendo la percepción de que sus elementos eran revolucionarios que habían luchado en contra de Somoza pero cuyos triunfos habían sido plagiados por los sandinistas. Reagan llegó a declarar que los contrarrevolucionarios eran "personas que habían participado en la

Revolución original, que les fue arrebatada por los sandinistas comunistas". Asimismo, Reagan llegó a equiparar a la Contra con los padres fundadores de Estados Unidos, con la resistencia francesa y con los Luchadores Húngaros por la Libertad⁹⁹

Así, la retórica democratizadora de Reagan cumplía no sólo con el objetivo de elogiar la labor de la Contra, sino de difundir la percepción de un gobierno sandinista ilegítimo.¹⁰⁰ La Administración sostenía que estaba dispuesta a apoyar las iniciativas para negociar, siempre y cuando Nicaragua tuviera un sistema político realmente democrático, lo que significaba que los sandinistas dejaran el poder. Los temas de la agenda para negociar incluyeron el asunto de la democracia. En un principio, los sandinistas no estaban dispuestos a aceptarlo; sin embargo, con el tiempo, accedieron a liberalizar su régimen a cambio de que Estados Unidos cesara de apoyar a la Contra, que --como ya se ha señalado-- era presentada a la opinión pública norteamericana como los "luchadores de la libertad".¹⁰¹

El discurso que señalaba la amenaza nicaragüense a la seguridad nacional de Estados Unidos y la promoción de la democracia por medio del apoyo a la Contra fueron dos de las herramientas más importantes que la Administración Reagan utilizó para convencer a la opinión pública norteamericana y a los miembros del Congreso de que la presencia en Nicaragua valía la pena.¹⁰² El objetivo último de Estados Unidos era impedir la consolidación del gobierno sandinistas, en 1990 se logró este propósito.

¹ Daniel Yankelovich y Larry Kaagan, "Assertive America", en *Foreign Affairs: America and the World*, 1980, p. 696, en Robert Pastor, *Condemned to Repetition: The United States and Nicaragua* (Princeton, Princeton University Press, 1987), p. 230.

² Jeane Kirkpatrick, "The Soviet Issue in U.S. Central American Policy", en Bruce Larkin (ed.), *Vital Interests* (Boulder, Co., Lynne Rienner, 1988), p. 57-63.

³ Estas premisas presentan una visión diferente que las de la distensión, que sostenían que existía paridad general en las fuerzas militares de ambas superpotencias y sus bloques, que la Unión Soviética y Estados Unidos estaban interesados en la adopción de formas de convivencia y limitación de conflictos que acentuaran la estabilidad global, que la Unión Soviética y sus aliados tenían suficiente interés en el comercio, el apoyo financiero y la transferencia de tecnología occidental como para moderar su conducta en función de estos beneficios (premisa contraria a la de que el interés soviético por el comercio con Occidente tenía un sentido estratégico, por lo que Estados Unidos debía evitar que la URSS aprovechara las ventajas de ese intercambio para absorber recursos funcionales a la política de expansión militar), que ambas partes podían beneficiarse de la limitación y luego de la reducción balanceada y verificable de sus arsenales nucleares y que, en ese marco, los conflictos regionales, que no siempre eran controlados por las superpotencias, podían manejarse y moderarse de manera tal que no entorpecieran el avance de la distensión bilateral. En José Miguel Insulza, "La política exterior de Estados Unidos en los años ochenta y su impacto en el sistema internacional", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, núm. 19, primer semestre de 1986, pp. 108-109.

⁴ Guy Poitras, "Un Post-mortem prematuro. La Doctrina Reagan y América Latina", *Síntesis*, núm. 7, enero-abril 1989, p. 370.

⁵ Susanne Jonas, "The Reagan Doctrine and Nicaragua" en Rigoberto García (ed), *Central America: Crisis and Possibilities* (Estocolmo, Institute of Latin American Studies, 1988), p. 22. (Monografía núm. 16)

⁶ Patrick Buchanan, *U.S. News and World Report*, 8 de abril de 1986 en *Information Services on Latin America (ISLA)*, vol. 32, núm. 4, p.123.

⁷ Jeane Kirkpatrick, "The Soviet Issue...", *Loc. Cit.*, p. 218.

⁸ Sostenido por Irving Kristol, *The Wall Street Journal*, Diciembre 17, 1985, citado en Jonas, "The Reagan Doctrine...", *Loc. Cit.*, p. 222.

⁹ Jesús Velasco Grajales, "Las tendencias ideológicas de la Nueva Derecha", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, núm. 19, primer semestre de 1986, p. 339.

¹⁰ Summers, Jr., Colonel Harry G., U.S. Army, "Principles of War and Low-Intensity Conflict", *Military Review*, vol. LXV, Núm. 3., Marzo 1985, p. 46.

¹¹ José Miguel Insulza, "La política exterior de Estados Unidos...", *Loc. Cit.*, p. 109.

¹² Barry Posen y Stephen Van Evera, "The Reagan Administration Defense Policy: Departure From Containment", en Kenneth Oye, Robert Lieber y Donald Rothchild (comps.), *Eagle Defiant. United States Foreign Policy in the 80's* (Boston, Little Brown, 1983), p. 35.

¹³ Es pertinente distinguir entre la Doctrina Reagan y la GBI: la primera se identifica con la ayuda a guerrilleros anticomunistas mientras que la GBI es un concepto mucho más amplio, ya que incluye una reformulación de las doctrinas de la Contrainsurgencia y una readecuación del aparato militar para llevarlas a cabo. La Doctrina Reagan es un

pronunciamiento político frente a los retos que Estados Unidos enfrentaba al principio de los años ochenta, mientras que la GBI es la estrategia que se definió para enfrentar esos retos.

¹⁴Declaración de George Shultz, citado en Jonas, "The Reagan Doctrine...". *Loc. Cit.*, p. 228.

¹⁵Kevin J. Kelley, "Reagan tries counterrevolution without frontiers", en *The Guardian*, Londres, 5 de marzo de 1986 pp. 3-6, citado por Gregorio Selser, "La intensa guerra de Baja Intensidad. Concepto, definiciones, objetivos", *Nueva Sociedad*, 89 (1987), p. 110.

¹⁶Sam C. Sarkesian, "Low Intensity Conflict: U.S. Policy and Strategic Perspectives", en William J. Taylor, Steven A. Maaranen y Gerrit W. Gong, *Strategic Responses to Conflict in the 1980s*, (Lexington, Massachusetts, Lexington Books, D.C. Heath and Company, 1984), pp. 44-45.

¹⁷Si se considera que el objetivo principal de Estados Unidos era derrocar al gobierno sandinista, con las elecciones de 1990 su propósito de cumplió. El desgaste económico de la guerra y el militar por medio de la Contra fueron factores determinantes para que los sandinistas perdieran las elecciones.

¹⁸Sam C. Sarkesian, "Low Intensity Conflict: U.S. Policy and Strategic Perspectives", *Loc. Cit.*, pp. 44-45.

¹⁹Raúl Vergara Meneses, José R. Castro, y Deborah Barry, *Nicaragua, país sitiado, Guerra de Baja Intensidad: agresión y sobrevivencia* (Managua, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 1986), p. 14.(Cuadernos de Pensamiento Propio, Serie Avances 4).

²⁰Insulza, "Centroamérica y Estados Unidos", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Las relaciones interamericanas: crisis y perspectivas*, núm. 17, 1er. semestre de 1985, p. 117.

²¹*Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica* (México, Diana, 1984), p. 124.

²²Vergara, *Nicaragua, país sitiado, Op.Cit.*, p. 23-24.

²³Robert Tucker, "Their wars, Our Choices", *The New Republic, Special Issue on Central America*, October, 1983, p. 20, citado por José Miguel Insulza, "Geopolítica e intereses estratégicos en Centroamérica y el Caribe", *Síntesis*, núm. 7, 1989, p. 338.

²⁴United States Joint Chiefs of Staff, *US Military Posture*, FY 1982, p. 19, citado en Augusto Varas, *América Latina y la Unión Soviética, Una nueva relación* (Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987), p. 45 (Colección Estudios Internacionales).

²⁵Ver capítulo IV.

²⁶Peter Kornbluh, "The Covert War", en Thomas W. Walker, *Reagan versus the Sandinistas The Undeclared War versus the Sandinistas* (Boulder Co., Westview Press, 1987), p. 28.

²⁷Bermúdez, *Nicaragua, país sitiado. Op. Cit.*, p. 32-41.

²⁸Donald Castillo Rivas, *Testimonio de la Guerra Civil en Nicaragua. Gringos, Contras y Sandinistas* (Colombia, Tercer Mundo Editores, 1992), pp. 23-25.

²⁹Kornbluh, "The Covert War", *Loc. Cit.*, p. 26.

³⁰Alan Richard White, *The Morass, U.S. Intervention in Central America* (New York, Harper and Row Publishers, 1984), p. 54.

³¹*Ibid.*, p. 53.

³²En febrero la Administración norteamericana dio a Nicaragua 30 días para suspender envíos de armas y equipo militar a El Salvador. Reportes del Departamento de Estado en febrero y marzo confirmaron que el gobierno sandinista había reducido sustancialmente el flujo de armas a El Salvador. Morris J. Blachman (*et.al.*), *Confronting Revolution. Security through Diplomacy in Central America* (New York, Pantheon Books, 1986), pp. 99-100.

³³Pastor, *Condemned to Repetition. Op. Cit.*, p. 233-234.

³⁴Kornbluh, "The Covert War", *Loc. Cit.*, p. 23.

³⁵ Los asesores argentinos, desencantados por el apoyo norteamericano a Inglaterra en la Guerra de las Malvinas, decidieron retirar su apoyo a la lucha contrainsurgente en Centroamérica.

³⁶Kornbluh, "The Covert War", *Loc. Cit.*, p. 24.

³⁷Pastor, *Condemned to Repetition. Op.Cit.* p. 239.

³⁸Alfonso Chardy, "Contras get increasing private aid", *Miami Herald*, 21 de enero de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 1, p. 115.

³⁹Rick Brownlee, "A Divided Nicaragua. Four Groups of Guerrillas Wage War in much of the Country", *Miami Herald*, 27 de enero de 1985, *ISLA*, vol. 30, núm. 1, p. 103.

⁴⁰ Indica la unión de indios Misquitos, Sumus y Ramas. Carlos Vilas, *State, Class & Ethnicity in Nicaragua. Capitalist Modernization and Revolutionary Change on the Atlantic Coast*, (Boulder, Co., Lynne Rienner, 1989), p. 121.

⁴¹Roger Miranda y William Ratliff, *The Civil War in Nicaragua. Inside the Sandinistas* (New Brunswick, Transaction Publishers, 1993), p. 238.

⁴²Andrea Guadalupe Martínez Baracs, *La Guerra Encubierta de Estados Unidos contra la Revolución de Nicaragua (1981-1984)*, Tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, México, UNAM, 1986, p. 122.

⁴³La organización corrió a cargo de un Grupo de Armas de la CIA en colaboración con el Centro de Armas de superficie naval. Dickey, *With the Contras. A Reporter in the Wilds of Nicaragua* (New York, Simon and Schuster, 1985), pp. 131-132. También véase *Keesing's Record in World Events*, vol. XXX, Diciembre de 1984, p. 33272.

⁴⁴Castillo, *Testimonio de la Guerra Civil en Nicaragua. Op.Cit.*, p. 162.

⁴⁵Dickey menciona que, reconociendo el valor de la independencia de Pastora, la CIA nunca lo presionó demasiado para que se uniera al FDN. Dickey, *With the Contras. Op. Cit.*, p. 149.

⁴⁶Brian Barger y Robert Parry, "Nicaragua Rebels Linked to Drug Trafficking", *Washington Post*, Diciembre 27 de 1985, en *ISLA*, vol. 31, núm. 6, p. 125.

⁴⁷Chardy, "Contras get increasing private aid", *Loc. Cit.*, p. 104.

⁴⁸*Ibid.*

⁴⁹ Doyle McManus, "Trucks, Copters Included in US Aid to Contras", *Latin American Times*, 13 de diciembre de 1985, en *ISLA*, vol. 31, núm. 6, p. 197.

⁵⁰*Ibid.*, p. 30.

⁵¹ Fawn Hall, la secretaria de North equivocó dos cifras del número de cuenta, con el resultado de que el dinero se abonó a una cuenta equivocada. Robert Woodward, *Veil: The Secret Wars of the CIA 1981-1987* (New York, Pocket Books, 1987), p. 427.

⁵²Thomas B. Edsall y Ted Gup, "\$1.7 Million Funneled to North", *Washington Post*, 7 de marzo de 1987, en *ISLA*, vol. 34, núm. 3, p. 264..

⁵³Thomas Carothers, *In the name of Democracy. U.S. Policy toward Latin America in the Reagan Years* (California, University California Press, 1991), pp. 90-91.

⁵⁴Roger Miranda y William Ratliff, *The Civil War. Op.Cit.*, p. 249-250.

⁵⁵George D. Moffett III, *Christian Science Monitor*, 8 de noviembre de 1985, en *ISLA*, vol. 31, núm. 5, p. 145.

⁵⁶Castillo. *Testimonio de la Guerra Civil. Op. Cit.*, p. 139.

⁵⁷Guy Gughota y Juan O. Tamayo, *Miami Herald*, 27 de enero 27 de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 1, p. 219.

⁵⁸Rogelio Pardo Maurer, *The Contras, 1980-1989. A special kind of politics* (New York, Praeger, 1990), p. 49 (The Washington Papers, 147).

⁵⁹Véase Michael Conroy, "Economic Aggression as an Instrument of Low-Intensity Conflict", en Walker, *Reagan versus the Santinistas. Op. Cit.*, pp. 57-79.

⁶⁰Carothers, *In the name of Democracy. Op. Cit.*, p. 90.

⁶¹Bermúdez, *Nicaragua. País sitiado. Op. Cit.*, p. 33.

⁶²Además de las actividades de la Contra destinadas a debilitar al gobierno sandinista, existía una oposición civil importante que adquirió la suficiente fuerza para derrotar al régimen en las elecciones de 1990. A pesar de que la intervención norteamericana fue determinante en la caída del gobierno sandinistas no puede dejarse de señalar la importancia de la oposición interna. Dos actores fueron fundamentales: la Iglesia y las alianzas políticas empresariales.

Con referencia a la Iglesia, la promoción de la "Iglesia Popular" con el propósito de disminuir la importancia de la Iglesia tradicional no tuvo el resultado que los sandinistas esperaban, ya que al mismo tiempo que se le atacaba se le pedía mediar con otros sectores. La labor eclesial (popular) permitió que pequeñas, pero útiles, organizaciones políticas y sociales se mantuvieran en defensa de sus derechos. Además, con la dirigencia del Cardenal Miguel Obando y Bravo, la Iglesia ofreció un discurso alternativo al sandinista. Por otra parte, el gobierno trató de minar las actividades de la Iglesia al apoyar a grupos protestantes. Estos grupos aprovecharon la oportunidad y ayudaron al gobierno, al mismo tiempo que actuaban en círculos norteamericanos haciendo propaganda en favor de los sandinistas.

El trato con los empresarios también era dual: por una parte, se les acusaba de traidores, pero por la otra se buscaba su apoyo. Las organizaciones empresariales para la defensa de la producción privada (como el Consejo Superior de Empresas Privadas) inhibieron muchas reformas estatistas, ya fuera por sus lazos personales con los somocistas o por su posición antisomocista. Las organizaciones de productores agropecuarios llegaron a coincidir en el espacio que el gobierno tenía para promover grupos de campesinos. Por otra parte, numerosos sindicatos estaban desligados de las estructuras sandinistas antes de 1979. El gobierno trató de forzar la sindicalización en su favor, pero fracasó en su proyecto. En general, la fuerza organizativa de los sandinistas recaía en la de los empleados. La lucha armada contra el sandinismo proporcionó identidad a la oposición civil interna. Los sandinistas solían decir que no negociaban con la Contra, sino con la oposición interna. El carácter de interlocutor lo tenía la oposición interna, además, la acción armada tenía que contrarrestarse con el reconocimiento y concesiones a la oposición interna. El sandinismo confiaba en que el faccionalismo de la oposición le

beneficiaria llegado el momento de realizar elecciones. René Herrera, *Nicaragua. El derrumbe negociado* (México, El Colegio de México, 1994), pp. 106-108.

⁶³Michael E. Conroy, "Economic Aggression", *Loc. Cit.*, p. 62.

⁶⁴*Ibid.*, p. 63.

⁶⁵Susanne Jonas, "The Nicaragua Revolution and the Reemerging of the Cold War", en Walker, T. *Nicaragua in Revolution. Op. Cit.*, p. 380-382.

⁶⁶La idea de que si Nicaragua no obtenía pronto ayuda económica podría radicalizar su revolución era compartida por muchos empresarios antisandinistas que consideraban que de no recibir créditos, los sandinistas tendrían "mano libre" para imponer su proyecto político". Stephen Kinzer, "Nicaraguans Gear up for Embargo", *New York Times*, 12 de mayo de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 5, p. 162.

⁶⁷Susanne Jonas, "The Nicaragua Revolution", *Loc. Cit.*, pp. 376-380.

⁶⁸Dario Moreno, *The Struggle for Peace in Central America* (Gainesville, University Press of Florida, 1994), 53-54.

⁶⁹Carothers, *In the name of Democracy. Op. Cit.*, p. 24.

⁷⁰En 1987 Nicaragua era el único país que no había recibido créditos en cinco años. Andrés Oppenheimer, "Nicaragua decries rebuff from IDB", *Miami Herald*, 25 de marzo de 1987 en *ISLA*, vol. 30, núm. 3, p. 158.

⁷¹Diana Priest, "Nicaraguan Loan Splits Inter-American Bank. Some Staffers Say U.S. Stalls Approval", *Washington Post*, 20 de enero de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 1, p. 139.

⁷²Publicación del "State of the Union Address" en el *Washington Post*, abril 5 de 1985, en *Ibid.*, núm. 4, p. 171.

⁷³*Chicago Tribune*, "Nicaragua Sees Little Embargo Impact", *Washington Post*, 14 de mayo de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 5, p. 211.

⁷⁴De hecho, Michael Isikoff, editorialista del *Washington Post*, señaló que una de las víctimas del embargo impuesto a Nicaragua fue una empresa mediana importadora que tenía un contrato de exclusividad para distribuir los plátanos nicaraguenses en Estados Unidos. "Sanctions hit California importer. Holds Exclusive Distribution Rights for Nicaraguan Bananas", *Washington Post*, Mayo 8 de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm 5, p. 149.

⁷⁵ Carlos Vilas, "La contribución de la política económica y la negociación internacional a la caída del gobierno sandinista", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1990, p. 329.

⁷⁶Con Canadá, por ejemplo, el comercio incrementó de 3.8 millones de dólares en 1978 a 100 millones de dólares en 1985. Douglas Martin, "Nicaragua Seeks More Trade With Canada After Embargo", *New York Times*, 22 de mayo de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 5, p. 125.

⁷⁷Special to the *New York Times*, "U.S. Blocks Nicaragua Move in Trade Group", *New York Times*, 30 de mayo de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 5, p. 117.

⁷⁸En 1985 los créditos a mediano plazo contraídos durante el gobierno de Somoza habían vencido por lo que la deuda de Nicaragua ya ascendía a 4.5 billones de dólares en diciembre de 1985. De Herald Wire Services, "Nicaragua will be unable to make Foreign Debt Payment", *Miami Herald*, 21 de diciembre 21 de 1985, en *ISLA*, vol. 31, núm. 6, p. 234..

⁹Alexander M. Haig, *Caveat: Realism, Reagan and Foreign Policy*, (New York, Macmillan, 1984), pp. 90-95.

¹⁰Pastor, *Condemned to Repetition. Op. Cit.*, pp. 237-239.

¹¹Discurso de Humberto Ortega, citado en Shirley Christian, *Revolution in the Family. Op. Cit.*, pp. 191-192.

¹²Oberdorfer, "U.S. in secret Dialogue" en Pastor, *Condemned to Repetition. Op.Cit.*, p. 234.

¹³Citado en *Ibid.*, p. 235.

¹⁴Referencia en el documento del NSC "U.S. Policy in Central America an Cuba through FY'84, abril de 1982, dado a conocer en el *New York Times*, 7 de abril de 1983, en *ISLA*, vol. 26, núm. 4, p. 119.

¹⁵Dickey, *With the Contras. Op. Cit.*, pp. 112-127.

¹⁶Don Oberdorfer y Patrick E. Tyler, "Reagan Backs Action Plan for Central America: Political, Paramilitary Steps Included", *Washington Post*, 14 de febrero de 1982, p. 1.

¹⁷*Tower Comission Report* (New York, Times Books, 1987), p. 450.

¹⁸El discurso se publicó el 10 de mayo en el *New York Times*, en la página A16. Ronald Reagan afirmó también que era un "calabozo totalitario". Véase su mensaje a la nación del 9 de mayo de 1984 en *AFP, 1984*, 1067 y el del 18 de julio de 1984 ante el White House Outreach Group en *AFP 1984*, 1079, ambos citados en Carothers, *In the name of Democracy. Op. Cit.*, p. 96.

¹⁹Declaraciones del Presidente Reagan, 14 de abril de 1983, *AFP 1983*, 1309, en *Ibid.*, p. 97.

²⁰Las acciones que llevaba a cabo la Administración estadounidense fueron resultado del equilibrio de fuerzas entre los funcionarios de línea dura y los moderados. Para los de "línea dura", los sandinistas eran comunistas que buscaban establecer un control totalitario en Nicaragua. Buscaban junto con Cuba y la Unión Soviética expandir la Revolución. Para los funcionarios de "línea dura" no era posible separar la política exterior y la interna de Nicaragua. La única manera de proteger la seguridad americana era derribar al gobierno sandinista. La manera para hacerlo era mediante la presión militar indirecta y la presión política y económica directa. Negociar con Nicaragua podía redundar en apoyo del Congreso y de la opinión pública para apoyar a la Contra. Por su parte, los moderados consideraban que el gobierno sandinista era represivo, pero que permitía ciertas libertades políticas y la existencia del sector privado. De acuerdo a su postura, los sandinistas ayudaban a la guerrilla de El Salvador, pero su actividad no amenazaba a toda América Latina. Consideraban que el interés de Estados Unidos era la política exterior de Nicaragua en El Salvador, ya que la política exterior y la interna sí se podían separar. La base de un acuerdo podía ser que los sandinistas no exportaran su revolución a cambio de que Estados Unidos no interviniera en los asuntos nicaragüenses. La Contra era una herramienta para presionar un acuerdo, no un fin en sí mismo. Puede decirse que el enfoque de los moderados prevaleció hasta 1984 --al menos en el discurso. *Ibid.*, pp. 78-80.

²¹Ver capítulo IV.

²²Philip Taubman, "US Says it has Halted Talks with Nicaragua", *New York Times*, 10 de enero de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 1, p. 116.

⁹⁵Special to the New York Times., "Elections in Nicaragua: The Parties and the Candidates", *New York Times*, 5 de noviembre de 1984, en *ISLA*, vol. 29, núm. 5, p. 201.

⁹⁶Philip J. Williams, "Elections and Democratization in Nicaragua: The 1990 Elections in Perspective". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 32, núm. 4, 1990. p. 13.

⁹⁵Herrera, *El derrumbe negociado. Op. Cit.*, pp. 116-118.

⁹⁶Stephen Kinzer, "Sandinistas win 63% in election", *New York Times*, 15 de noviembre de 1984, en *ISLA*, vol. 29, núm. 5 p. 211.

⁹⁷Véase "World Press Views" en *Miami Herald*, 27 de noviembre de 1984, en *ISLA*, vol. 29, núm. 5, p. 213.

⁹⁸ La carta se publicó en *Wall Street Journal*, 11 de enero de 1985, en *ISLA*, vol. 30, núm. 1, p. 97.

⁹⁹ Para la primera de las declaraciones véase la "Entrevista de Prensa con Ronald Reagan" del 28 de marzo de 1984 en AFP, 1986, 767; para la segunda declaración véase el mensaje de Reagan en la 12 Conferencia Anual de Conservative Political Action del primero de marzo de 1985 en AFP, 1985, 973, citados en Carothers, *In the name of Democracy, Op. Cit.*, pp. 99-104.

¹⁰⁰ *Ibid*, pp. 103-104.

¹⁰¹ El proceso de negociación se tratará en el capítulo V.

¹⁰² Carothers, *In the name of Democracy. Op.Cit.*, pp. 95-104.

IV . RELACIÓN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA Y DE CUBA CON EL GOBIERNO SANDINISTA

La hipótesis que guiará la elaboración de este capítulo es que la Unión Soviética siempre mantuvo una postura cautelosa respecto al caso nicaragüense. La URSS no puso en riesgo sus recursos para enfrentar a Estados Unidos en Nicaragua debido a que los soviéticos no tenían un interés prioritario en este país. De hecho, si Estados Unidos hubiera invadido Nicaragua, el apoyo de la Unión Soviética habría sido esencialmente político.¹ Por otra parte, con referencia a la parte nicaragüense, la presión norteamericana sobre el gobierno sandinista limitó su espacio de acción, por lo que buscó un mayor acercamiento con los países socialistas. De cierta manera, la conexión soviético-cubana-nicaragüense fue una profecía autocumplida.² De cualquier modo, el apoyo cubano era predecible al tratarse de una Revolución afín en un país cercano.

A pesar de que Moscú siempre mantuvo una postura cautelosa frente a Managua, el monto de la ayuda soviética no siempre fue de la misma magnitud. Puede observarse, por ejemplo, que a partir de 1982 la ayuda soviética aumentó, sobre todo en 1984, posiblemente, como respuesta a la creciente presión ejercida por la Contrarrevolución en 1983, en particular el minado de puertos.³ Según lo señala Nicola Miller, los soviéticos pensaron que no tenían mucho que perder si dotaban a los sandinistas con el equipo militar suficiente para que Estados Unidos no ganara una posible guerra sin intervenir directamente. En 1985, frente a la posibilidad de negociar los conflictos regionales, la Unión Soviética, para mejorar su posición, incrementó, nuevamente, la ayuda a Nicaragua, sobre todo, en relación al petróleo. Para entonces, el objetivo principal de los soviéticos era que Nicaragua sirviera como contrapeso a los problemas que estaba enfrentando su presencia en Afganistán. Estas son posibles

razones que explican otro aumento en la ayuda económica y militar de la Unión Soviética a Nicaragua durante 1986. Sin embargo, hacia 1987 y 1988, en una etapa de debilidad económica y política de la Unión Soviética, dejó ver señales en el sentido de que reconsideraría su compromiso con Nicaragua. ⁴

A. Los soviéticos y América Latina

Los soviéticos se refieren al Tercer Mundo como los países de Asia, África y América Latina. En la política exterior soviética se pueden identificar prioridades: en primer lugar estaba Estados Unidos, después le seguían los países socialistas de Europa, China, Europa Occidental y el Tercer Mundo. Dentro de este último bloque algunos países tenían más importancia que otros: en primer lugar se encontraba el Sur de Asia, Asia Central y el sudeste asiático; enseguida, el Medio Oriente y África del Norte; en tercer lugar África Meridional y del Sur y, por último, América Latina.⁵

A partir de 1950, la Unión Soviética comenzó a acercarse a los países del Tercer Mundo. En el vigésimo Congreso del Partido Comunista, Nikita Krushchev introdujo el concepto de una "zona de paz" que abarcaba a los países socialistas y a aquellos Estados que "proclamaran su no participación en bloques militares como uno de sus principios de política exterior".⁶ Con la creencia de que las fuerzas conservadoras predominaban en los países del Tercer Mundo, la Unión Soviética optó por una política pragmática al intensificar sus lazos económicos y comerciales con países importantes del Tercer Mundo, dentro de los cuales no se consideraba a Centroamérica.

En el contexto de las relaciones de la Unión Soviética con los países del Tercer Mundo, la relación específica con América Latina se caracterizó

por tener el objetivo de evitar intervenir demasiado en la zona y respetar, así, la hegemonía regional de Estados Unidos, considerando la distancia geográfica que separa a la ex-URSS del hemisferio occidental. Antes del éxito de la Revolución Cubana, varias insurrecciones en la región, en donde la ayuda soviética fue muy limitada, se controlaron fácilmente: en El Salvador en 1932 y en Guatemala en 1954. Se respetó la hegemonía estadounidense y se hizo evidente la falta de capacidad para desplazar voluntad y recursos al hemisferio occidental. Sin embargo, algunos países utilizaban a la Unión Soviética como bandera para sus intereses.⁷

El triunfo de la Revolución Cubana y el incremento de la capacidad militar de la Unión Soviética provocaron que el interés en la zona tradicional de influencia de Estados Unidos aumentara. En 1959 y 1960 los partidos comunistas de Nicaragua y El Salvador, respectivamente, intentaron, sin éxito, derrocar a sus regímenes. Por otra parte, en 1961, se estableció un centro de investigación de asuntos latinoamericanos en la Unión Soviética y el número de becas para estudiar en Moscú aumentó.⁸

Sin embargo, el optimismo que había surgido después de la Revolución Cubana se desvaneció en muy poco tiempo: la crisis de los misiles estableció claramente el límite de la actuación soviética en el área de influencia norteamericana. La intervención estadounidense en República Dominicana, posteriormente, confirmó que Estados Unidos no estaba dispuesto a permitir una 'segunda Cuba'.⁹ La política exterior de la Unión Soviética hacia la región volvió a caracterizarse por los principios que regían su relación con países capitalistas: no intervención, solución pacífica de controversias y coexistencia pacífica.¹⁰ Centroamérica ofrecía nuevos mercados a la Unión Soviética, además de la posibilidad de tránsito de un océano a otro y de aumentar su presencia militar y naval en la cuenca del Caribe. Sin embargo, la URSS optó por mantener una política de coexistencia pacífica. En efecto, hasta 1960 las relaciones de la

URSS con los países de Centroamérica y el Caribe se limitó a intercambios culturales entre partidos de izquierda, además de algunos lazos comerciales y diplomáticos formales.

En los años sesenta los soviéticos y los cubanos no tenían una postura común frente a los movimientos revolucionarios. Los soviéticos tenían una visión pesimista del potencial de las guerrillas en América Latina. Por diversas razones (como la lucha por el poder después de la caída de Krushchev, la Guerra de Vietnam y la profundización de las tensiones sino-soviéticas) los soviéticos no estaban dispuestos a obedecer la iniciativa de Castro de crear "dos o tres Vietnams" para Estados Unidos en América Latina.

Después de la muerte de Ernesto "Che" Guevara en 1967, los cubanos se dieron cuenta que no había posibilidades revolucionarias en América Latina y que era conveniente mantener buenas relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con las fuerzas progresistas de América Latina. Además, en los años setenta existían, en efecto, más posibilidades de apoyar movimientos revolucionarios en África.¹¹

El hecho de que América Latina, en general, no haya sido prioridad para la Unión Soviética no significa que ésta no haya estado dispuesta a desarrollar una estrategia "posibilista" para aprovechar, en los marcos del juego de suma-cero de la contienda global, cualquier debilidad de su rival en su propio territorio hegemónico. Ello está detrás del apoyo tardío y cauteloso otorgado a los movimientos revolucionarios de Centroamérica.¹²

En breve, el objetivo político de la Unión Soviética fue fomentar, en la medida de lo posible, las tendencias anti-estadunidenses sin proyectar un poder militar directo.¹³ Su actuación fue, en general, muy precavida, dedicándose a motivar la formación de coaliciones nacionales y a establecer lazos diplomáticos con las fuerzas progresistas (excepto en Cuba). La estrategia de la Unión Soviética en los países de América

Central con regímenes pronorteamericanos fue promover desarrollos que debilitaran sus lazos con Estados Unidos.¹⁴

B. Centroamérica: entre el Este y el Oeste

Dos factores en la región cambiaron las relaciones soviético-latinoamericanas: en el decenio de los años setenta el ascenso de Salvador Allende a la presidencia de Chile y la participación de Cuba en África, hechos que en Estados Unidos se interpretaron como manifestaciones de la creciente amenaza soviética.¹⁵ Esta amenaza, sin embargo, no era militar, ya que Estados Unidos estaba seguro que la Unión Soviética no usaría armas nucleares y que una lucha convencional "podía manejarse en forma efectiva sin un aumento sustancial en los programas de cooperación militar".¹⁶

Sin embargo, con los movimientos revolucionarios en Centroamérica, durante la administración del Presidente Carter, se pensó que se debían intensificar las relaciones con América Latina con base en intereses convergentes, en el incremento de la presencia militar en tiempos de paz y en ayudar a que mejoraran las condiciones socio-económicas de los pueblos centroamericanos para contrarrestar la fuerza de los movimientos revolucionarios.

Aunque en primera instancia el surgimiento de las guerrillas centroamericanas obedeció a factores internos, el desequilibrio regional, resultado de la creciente militarización de los países con problemas de guerrilla y la presencia cada vez más importante de la izquierda, constituyó una amenaza a los intereses de Estados Unidos. La respuesta de la potencia norteamericana a la amenaza comunista en Centroamérica se tradujo en apoyo al orden existente, con lo que el conflicto centroamericano

se convirtió en el termómetro de las relaciones Este-Oeste hacia la decenio de los ochenta.

En los años ochenta, a pesar de que el modelo soviético de relaciones interregionales excluía cualquier amenaza a la seguridad militar de Estados Unidos, la creciente retórica antisoviética en los círculos gobernantes norteamericanos fortaleció a aquellos sectores que en la Unión Soviética propugnaban por una política de mayor confrontación con Estados Unidos y que abogaban por una vía más ortodoxa para tratar con las revoluciones latinoamericanas. La crisis en América Central coincidió con el 'calentamiento' de la guerra fría durante la Administración Reagan. Fuere o no un problema de percepciones, lo cierto es que Estados Unidos consideró que sus intereses nacionales estaban en peligro, por lo que era necesario contrarrestar las fuerzas de la izquierda revolucionaria en Centroamérica.¹⁷

Para Estados Unidos, la Nicaragua sandinista podía convertirse en un apoyo de las instalaciones militares de la Unión Soviética en Cuba; además, la posible presencia militar soviética o cubana en Nicaragua podía llegar a ser un obstáculo para movilizar rápidamente tropas en caso de una crisis en Europa y una barrera para el abastecimiento de cerca de la mitad del petróleo norteamericano que pasa por el Caribe. Según reportes norteamericanos, "...aunque no es probable que los soviéticos [montaran] un desafío directo militar a Estados Unidos en la Cuenca del Caribe [sí trataban] de fomentar tanta agitación como fuera posible en un área que constituye la encrucijada estratégica del hemisferio occidental".¹⁸ Nicaragua también era, para el gobierno de Reagan, un apoyo a la guerrilla en Centroamérica y un refugio para terroristas y narcotraficantes.¹⁹

1. El triunfo de la Revolución Sandinista

Cuando parecía que el régimen somocista se derrumbaba, la Unión Soviética creyó que Carter apoyaría a Somoza y decidió apoyar a Cuba en el entrenamiento de fuerzas nicaragüenses, mediante el suministro de armas y dinero al FSLN. Sin embargo, la ayuda soviética fue sólo adicional a la que otros países latinoamericanos y europeos dieron a la Revolución Sandinista. Cuando se estableció el régimen sandinista, la Unión Soviética no se comprometió substancialmente con el gobierno revolucionario; en octubre de 1979 abrió su embajada y otorgó algunos donativos de emergencia —por cierto, menores que los de México o Venezuela.²⁰

Los cubanos y los soviéticos se mantuvieron cautos antes de la Revolución. No fue sino hasta principios de 1979 que los cubanos establecieron centrales de inteligencia en Costa Rica para asesorar la lucha contra Somoza, y mandaron personal militar a Nicaragua. En los meses que siguieron al triunfo de la Revolución un considerable número de cubanos llegó a Nicaragua: 1,200 maestros, 250 doctores, algunos expertos en seguridad e ingenieros que construirían una carretera para unir al Este y al Oeste de Nicaragua. Al mismo tiempo, Castro sugería a los sandinistas que tuvieran precaución y no llevaran demasiado lejos su programa socialista.²¹

El nuevo capítulo en las relaciones soviético-nicaragüenses —que impulsó la hostilidad norteamericana en contra de los sandinistas en Nicaragua— comenzó en marzo de 1980 durante una visita de Daniel Ortega a la URSS, después de la cual se concluyeron varios acuerdos comerciales entre estos dos países. La URSS actuó con cautela frente al conflicto en Centroamérica —sobre todo por la ofensiva tomada por la nueva administración del Presidente Reagan. La distancia soviética del conflicto se expresó con el rechazo del gobierno de Brezhnev a convertir el conflicto centroamericano en escenario de la confrontación Este-Oeste.²²

Los compromisos acordados entre el gobierno de Nicaragua y el soviético se limitaban a asuntos económicos, técnicos y comerciales,²³ contemplaban asuntos relacionados con pesca, minas y geología, comunicaciones y tráfico aéreo.

Lo que es importante notar es que la Revolución necesitaba recursos para sobrevivir. México, Venezuela y algunos países europeos, como Francia y España, les proporcionaron suficiente ayuda al principio pero, mientras la hostilidad de sus vecinos y de Estados Unidos aumentaba, el gobierno sandinista tenía que recurrir a quien estuviera en posibilidades de otorgarle ayuda. En 1981, los soviéticos, cubanos y europeos del Este concluyeron con los sandinistas otros acuerdos de ayuda económica, cooperación científica y cultural, y asistencia técnica en telecomunicaciones, agricultura y transporte. De hecho, fueron los europeos del Este quienes proporcionaron las armas más sofisticadas a los sandinistas. En el desfile del primer aniversario de la Revolución se mostraron equipos y armas soviéticas.

La alianza entre las tres facciones de los sandinistas: Grupo de la Guerra Popular Prolongada, la Tendencia Proletaria y la Tendencia Insurreccional o Terceristas no había sido muy sólida.²⁴ En el gobierno y en la oposición, una de las facciones, la Tercerista (que era la más moderada) fue la que predominó. La unidad entre las facciones, impulsada por la mediación cubana, influyó, primero, en la victoria y,²⁵ después, en la creación de un ejército fuerte. Gracias a la asistencia cubana fue posible crear el Ejército Sandinista, la Policía y la Seguridad del Estado; fueron estas mismas instituciones las que han representado a los sandinistas aun después de haber perdido la presidencia en 1990.²⁶ Desde el principio, el Frente Sandinista asumió tareas políticas y militares a la vez. La dirigencia nacional, en realidad, nunca existió independientemente de sus estructuras

de combate,²⁷ lo que provocó que aumentara la hostilidad del gobierno norteamericano en contra de los sandinistas.

Respecto al apoyo cubano, cabe señalar que en 1984, 5,000 nicaragüenses estudiaban en Cuba, 1,500 de ellos para maestros. En 1983, Fidel Castro dijo que había alrededor de 4,000 cubanos en Nicaragua, de los cuales la mitad eran profesores y alrededor de 500 eran médicos, había cientos de ingenieros y un número pequeño de agricultores. Castro también mencionó que había 200 asesores militares – cerca de la décima parte de lo que el gobierno de Estados Unidos estimaba. La presencia cubana fue muy importante en la educación. En el caso nicaragüense el idioma no era un obstáculo, así que muchos profesores cubanos trabajaron en la campaña de alfabetización.²⁸ Theodore Schwab y Harold Sims calcularon la ayuda cubana no militar a Nicaragua en 286 millones de 1979 a 1982.²⁹

Puede afirmarse que el compromiso cubano con la Revolución Sandinista fue mayor que el soviético. De acuerdo al Secretario de Gobierno Tomás Borge, la influencia de la Revolución Cubana había sido positiva, mientras que la de la Unión Soviética había sido remota.³⁰ La secuencia de eventos señala que los líderes cubanos impulsaron a los soviéticos a comprometerse más de lo que hubieran estado dispuestos por cuenta propia.³¹ Sin embargo, en caso de una invasión norteamericana a Nicaragua, Cuba no habría mandado refuerzos militares.³²

2. Apoyo militar

No está resuelta la discusión en torno al tiempo en que el ejército sandinista se armó. Por una parte, el Departamento de Defensa de Estados Unidos señaló que a principios de 1980 el Ejército Popular Sandinista tenía menos de ocho mil efectivos. A principios de 1981

aumentó a 27 mil, de modo que se convirtió en el ejército más grande de América Central. A mediados de 1981 llegaron los primeros tanques soviéticos y fue a principios de 1982 cuando surgió la oposición armada.³³ Por otra parte, se puede señalar que el Ejército Popular Sandinista tenía una función defensiva y que su armamento no provenía, de manera preponderante, de la Unión Soviética. Libia y Checoslovaquia ofrecieron considerable ayuda militar.³⁴

La presencia militar soviética en Nicaragua se puede enmarcar dentro de parámetros estables, en la perspectiva de evitar una confrontación o una escalada de tensiones con Estados Unidos. Según estadísticas del Departamento de Defensa norteamericano: "Estados Unidos y el mundo no comunista enviaron armas a los 5 países centroamericanos por un valor de 242 millones de dólares en el año fiscal de 1983 mientras que el campo socialista hizo un total de 240 millones de dólares en el mismo período a Nicaragua".³⁵

Augusto Varas, quien ha estudiado la asistencia militar de la Unión Soviética a Nicaragua afirma que, en una situación de creciente peligro para las revoluciones cubana y nicaragüense, los soviéticos aumentaron la asistencia hacia esos países en una proporción adecuada a las percepciones o definiciones de ese peligro pero sin violar en lo esencial los compromisos con Estados Unidos.³⁶ Según el Reporte Jacobsen, elaborado por el Departamento de Estado norteamericano, el armamento que recibían los nicaragüenses tenía un carácter defensivo ya que, en su mayoría, eran armas ligeras y material logístico básico, incluso anticuado. El reporte también menciona que las mejores armas no se consiguieron vía la URSS, sino en Europa occidental.³⁷

En los primeros años de la Revolución, la prudencia soviética respecto a la ayuda que se le proporcionó a Nicaragua se basaba en dos razones principales: por un lado, los sandinistas no se habían proclamado

marxistas leninistas y, por el otro, no existía un Tratado de Amistad y Cooperación que institucionalizara la ayuda que, de formalizarse, provocaría costos demasiado altos para los soviéticos, dadas las condiciones de "calentamiento" de la guerra fría y la evidente debilidad económica de la Unión Soviética. Según el Director del Instituto de América Latina en Moscú, Viktor Volsky, a los soviéticos "no [les] gustaría repetir el compromiso asumido con Cuba...Nicaragua debe mantener la elasticidad en sus relaciones y no adherirse a un solo país", así que la asistencia que se les proporcionaba respondía a los motivos de emergencia, ya que "una revolución sólo se legitima a sí misma si es capaz de autodefenderse".³⁸

Es difícil tener un registro confiable de la ayuda soviética a Nicaragua. Thomas Enders, anterior Subsecretario de Estado, declaró al Comité de Relaciones Exteriores del Senado en 1983 que no había menos de 2000 cubanos, 50 soviéticos, 35 alemanes del Este y 50 miembros de la OLP y personal libio en Nicaragua en misiones de seguridad.³⁹

De acuerdo con estimaciones periodísticas, hacia 1983 la asistencia soviética se dirigió, principalmente, al armamento ligero para equipar a 22,000 hombres del ejército, 25,000 de las fuerzas de reserva y 30,000 de las milicias.⁴⁰ La precaución de la Unión Soviética frente al proceso revolucionario nicaragüense se reflejó en la proporción que América Latina tuvo en los acuerdos de ayuda al Tercer Mundo. En 1981, la URSS firmó acuerdos militares por un total de 6,000 millones de dólares con los países menos desarrollados, de los cuales solamente 105 millones de dólares (menos del 2%) correspondían a países de América Latina. Los países de Europa del Este firmaron un acuerdo por 2,000 millones de dólares con países subdesarrollados, de los cuales sólo 10 millones (menos de 0.5%) correspondían a América Latina. El mismo año había 16,280 técnicos soviéticos en países en desarrollo, de los cuales sólo 165 (1%) estaban en

Washington Post, a su vez, estimaron que el ejército sandinista tenía 25,000 miembros, más que Honduras pero menos que El Salvador.

Las 6,700 toneladas de equipo militar importado en 1982 tenían un valor de 80 millones de dólares de acuerdo a la administración Reagan.⁴⁷ El reporte de la Comisión Kissinger señalaba que el primer envío de equipo electrónico sofisticado ocurrió en diciembre de 1982, más de un año después de que la CIA empezara a apoyar activamente a la Contra.⁴⁸ Hacia fines de 1982, Nicaragua había recibido un total estimado de 125 millones de dólares de equipo militar de la Unión Soviética y sus aliados, casi exactamente el equivalente a los 124 millones de dólares en ayuda militar de los Estados Unidos a El Salvador entre 1980-82.⁴⁹

Estimaciones del Departamento de Defensa estadounidense mostraban que el tamaño de las fuerzas militares sandinistas crecieron de 30,000 a 46,000 entre 1981 y 1983, y a 67,000 en 1984.⁵⁰ Los cálculos de la ayuda de la CIA a la Contra son de 125 millones de dólares para 1983 y 250 millones de dólares para 1984. Los mismos reportes de inteligencia concluyeron que el apoyo soviético se orientaba, principalmente, a actividades de contrainsurgencia.⁵¹ Cálculos estadounidenses indican que la transferencia de armas del bloque soviético declinó en 1985 a 13,900 toneladas métricas con un valor de 75 millones de dólares.⁵²

En 1985, el gobierno de Estados Unidos estimaba que había entre 7,500 y 9,000 cubanos en Nicaragua, de los cuales 3,000 participaban en actividades militares y de seguridad interna. En 1986 fuentes norteamericanas señalaban que pilotos cubanos volaban helicópteros soviéticos para las fuerzas armadas sandinistas.⁵³ Aunque era cierto que los cubanos tenían una presencia importante en Nicaragua y que aumentarían su apoyo para contrarrestar la ayuda norteamericana a la Contrarrevolución, de la misma manera que en Granada, no mandarían refuerzos militares si Estados Unidos invadía.⁵⁴

En 1986, después de la aprobación de 100 millones de ayuda norteamericana a la Contra, la transferencia de armas soviéticas a Nicaragua aumentó a 18,800 toneladas métricas. La adquisición de los helicópteros disparadores (*gunships*) MI-24 y MI-8 (menos poderosos) desde finales de 1984 hasta 1986 fortaleció al ejército sandinista. Si los reportes que señalaban que la ayuda militar de Estados Unidos a la Contra en 1986 sumaba 400 millones de dólares son correctos, esta cifra representa casi lo doble de todo el ingreso vía exportaciones de Nicaragua en ese mismo año.⁵⁵

En 1986, Moscú seguía estando muy lejos de Managua, ejemplo de ello fue que en los discursos del XXVII Congreso del Partido Comunista no se le mencionó una sola vez. Además, Nicaragua no se incluyó en el itinerario de la visita que Gorbachev haría a América Latina en ese año (que se pospuso para 1987). El gobierno de Moscú manifestó constantemente su apoyo, primero a Contadora y después al Plan Arias, como se verá en el capítulo siguiente.⁵⁶

En la medida que a Nicaragua le cancelaron otras opciones, la asistencia soviética adquirió dimensiones críticas para la sobrevivencia de la Revolución sandinista. En el período 1986-1987 por ejemplo, un 85 % de la asistencia externa provino de países socialistas, alcanzando un valor cercano a los 500 millones de dólares. Si bien en 1987, Nicaragua mantuvo estrechas relaciones con la URSS y otros Estados socialistas, la diplomacia nicaragüense tenía la necesidad de asegurar un incremento en algunos rubros de la asistencia entregada por estos países, en momentos en que el liderazgo soviético buscaba limitar la asistencia a países aliados en el Tercer Mundo, especialmente en áreas conflictivas donde no hay intereses vitales para la URSS. En mayo de 1987, por ejemplo, Boris Yeltsin, miembro del politburó soviético, ratificó la solidaridad soviética con Nicaragua, aunque también criticó en privado las deficiencias existentes en

el uso de la asistencia entregada (como los subsidios excesivos a la gasolina), así como la baja calidad de algunos productos que la URSS había exportado de Nicaragua. En un mensaje dirigido tanto a Estados Unidos como a la dirección sandinista, Yeltsin declaró públicamente que su país no quería a Nicaragua en el "bloque socialista" recomendando a este país mantener su condición de no alineado.⁵⁷

En 1987 el monto de la ayuda soviética a Nicaragua disminuyó considerablemente. El ejemplo más notorio de lo anterior fue la disminución de las exportaciones soviéticas de petróleo a Nicaragua. Ante la urgencia de recibir petróleo, Moscú respondió, pero sólo para evitar una crisis energética en Managua.

En la época en que el gobierno sandinista necesitaba más recursos para consolidarse, el mundo socialista estaba en crisis, la situación en estos países era contradictoria: "por un lado estaban adquiriendo poder las fuerzas de la reforma, mientras por el otro, las viejas castas burocráticas se atrincheraban en los aparatos del partido para conservar sus privilegios".⁵⁸ El triunfo de los reformistas en la Unión Soviética y la derrota de las estructuras burocráticas que favorecían la relación de Moscú con sus aliados representó un duro golpe a la viabilidad de países como Cuba y Nicaragua. Los cambios en la Unión Soviética fortalecieron el interés en los problemas nacionales y disminuyeron el significado de las demandas internacionales. Es posible que la Unión Soviética considerara que el conflicto de Estados Unidos con Nicaragua podría complicar sus relaciones bilaterales con Washington si no marcaba límites a su compromiso y apoyaba las propuestas de paz regionales.⁵⁹ En octubre de 1987, Elliot Abrams —asesor para los asuntos de América Central en el gobierno norteamericano—, y Yurii Popov —jefe del departamento de América Latina del Ministerio de Relaciones Exteriores—, se encontraron en Londres para conversar sobre América Central. Al mismo tiempo, el

gobierno de Moscú trató de alentar el apoyo europeo, especialmente español, al proceso de paz.⁶⁰ De acuerdo a lo que el vicepresidente del Soviet Supremo de la URSS señaló, no era viable una solución unilateral para resolver el conflicto en Nicaragua y Centroamérica.⁶¹ La tentación de un acuerdo global entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que pusiera fin al cauto respaldo de Moscú a Nicaragua, parecía estar cerca de realizarse. La 'solución negociada' al conflicto nicaragüense será materia de análisis del capítulo siguiente.

¹Cole Blasier, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America*, (Pittsburgh, Pa., University of Pittsburgh, 1987), p. 151 (Pittsburgh Latin American Series).

²En inglés el término es *Self-fulfilling prophecy*. Nicola Miller, *Soviet Relations with Latin America, 1959-1987* (Cambridge, Cambridge University Press, 1989), p.191.

³Véase el capítulo 3.

⁴Miller, *Soviet Relations with Latin America. Op. Cit.*, pp. 192-194.

⁵ Véase Humberto Garza, *La Política Exterior de la Unión Soviética*, (tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, México, El Colegio de México, 1978).

⁶*Ibid.*, p. 31

⁷Jiri Valenta, *The USSR, Cuba and the Crisis in Central America*, (Washington, Wilson Center Latin American Program, 1981), p. 22 (Working Papers 98).

⁸Marc, Edelman, *Siete décadas de relaciones soviético-latinoamericanas* (México, Centro Latinoamericano de Estudios Estratégicos, 1987), p.7

⁹En realidad, la Unión Soviética tampoco estaba interesada en crear una 'segunda Cuba'. Los costos habían sido demasiado altos. Al respecto, una fuente calculó que la Unión Soviética pagaba azúcar cubana por \$0.44 mientras que su precio en el mercado era de \$0.10. El precio que Cuba pagaba por petróleo era cercano a la mitad del existente en el mercado internacional "Failure of the Cuban Economy", *La Prensa*, 15 de enero de 1981, p. 3, en Valenta, *The USSR, Cuba and Central America. Op. Cit.*, p. 29.

¹⁰Antonio Dueñas Pulido, *Visión soviética sobre el problema Centroamericano*, IMRED (México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, 1989), p. 9 (Cuadernos IMRED núm. 42).

¹¹Valenta, *The USSR, Cuba and the Crisis in Central America. Op. Cit.*, pp. 26-27.

¹²José Miguel Insulza, "Geopolítica e intereses estratégicos en Centroamérica y el Caribe", *Síntesis*, núm. 7, 1989, p. 340.

-
- ¹³Valenta, *The USSR, Cuba and the Crisis in Central America, Op. Cit.*, p.25.
- ¹⁴Jaime Suchlicki, "Soviet Policy in Latin America: Implications for the United States, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 29, núm. 1, 1987, p.27.
- ¹⁵Augusto Varas, *América Latina y la Unión Soviética: una nueva relación*, (Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987), pp. 31-33 (Colección Estudios Internacionales).
- ¹⁶United States Joint Chiefs of Staff, *US Military Posture*, FY 1982, p. 19 citado por *Ibid.*, p. 34.
- ¹⁷Véase periodo de la administración Reagan en el capítulo 3.
- ¹⁸Jesús Gálvez Borrel, "Las relaciones internacionales de América Central, el caso de la URSS", *Foro Internacional*, Vol. XXVIII, núm. 4 (112), p. 623.
- ¹⁹*Ibid.*, p. 265.
- ²⁰Entre julio de 1979 y febrero de 1982 Nicaragua recibió, en total, 1,552.7 millones de dólares entre préstamos, líneas de crédito y donaciones. Del total de 417.6 millones de dólares de líneas de crédito, México aportó 65.4 millones (31.7%); del total de 261.6 millones de donaciones, México otorgó 43.0 millones (16.5%). En total, México proporcionó a Nicaragua 133.8 millones de dólares (sin incluir petróleo). La deuda acumulada de Nicaragua con México --incluyendo el petróleo-- era, a finales de 1982, de 450 millones de dólares. René Herrera Zúniga, "Las relaciones entre Nicaragua y México", en Mario Ojeda (comp.), *Las relaciones de México con los países de América Central* (México, El Colegio de México, 1985), p. 147.
- ²¹Valenta, *The USSR, Cuba and Central America, Op. Cit.*, p. 27.
- ²²Tal rechazo explica la ausencia del partido Comunista de El Salvador en el XXVI Congreso del PCUS en febrero de 1981 y que Brezhnev no mencionó ni una sola vez a Centroamérica en su análisis de la situación internacional. Varas, *América Latina y la Unión Soviética, Op. Cit.*, p. 70.
- ²³Gálvez Borrel, "Las relaciones internacionales..." *Loc. Cit.*, p. 456.
- ²⁴Vease el capítulo 2.
- ²⁵Miller, *Soviet Relations with Latin America. Op. Cit.*, p. 195.
- ²⁶Jorge G. Castañeda, *Utopía Desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina* (México, Joaquín Mortiz, 1993), pp. 123-125 y conversación con René Herrera, 23 de agosto de 1994 .
- ²⁷Debray, Régis, "Memoire Populaire et Lutte Revolutionnaire", *Le Monde Diplomatique*, septiembre 1979, p. 10.
- ²⁸Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution. Cuba's Foreign Policy* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1989), p. 176.
- ²⁹Theodore Schwab y Harold Sims, "Relations with Communist States", en Thomas W. Walker, *Nicaragua: The First Five Years* (New York, Praeger, 1985), pp. 457-462.
- ³⁰*Granma Weekly Review*, 7 de octubre de 1984, p. 10, en Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution. Op. Cit.*, p, 178.
- ³¹*Ibid.*, p. 178.
- ³²"President Fidel Casto: If Nicaragua were invaded", del Servicio de Television de la Habana, 26 de octubre de 1983 en *FBIS: Latin America*, 26 de octubre de 1983, p. Q14, en Robert S. Leiken y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, (Nueva York, Summit Books, 1987), p. 689.

- ³³Lo que es cierto es que desde 1981 el Congreso había aprobado ayuda a los contras nicaraguenses y que la CIA ya había iniciado pláticas con asesores argentinos que colaborarían en la lucha contrainsurgente. Lilia Bermúdez, *Guerra de Baja Intensidad. Reagan contra Centroamérica*, (México, siglo XXI, 1987), p. 134 (Sociología y Política).
- ³⁴ Roger Miranda y William Ratliff, *The civil war in Nicaragua. Inside the Sandinistas*, (New Brunswick, Transaction Publishers, 1993) p. 132.
- ³⁵*The Washington Times*, 6 julio, 1984, citado en Varas, *América Latina y la Unión Soviética*, *Op. Cit.*, p. 68. Lo que no mencionaba el Departamento de Estado eran los 1,000 millones de dólares de ayuda privada norteamericana a los contras nicaraguenses. Raúl Benítez, Lucrecia Lozano y Lilia Bermúdez, *EE.UU. contra Nicaragua: la Guerra de Baja Intensidad en Centroamérica*, (Madrid, Revolución, 1987), p. 57 (Textos Breves 6)
- ³⁶Varas, *América Latina*, *Op. Cit.*, p. 67-71.
- ³⁷ Benítez, Lozano y Bermúdez, *EE. UU. contra Nicaragua*. *Op. Cit.*, p. 58.
- ³⁸*The Guardian.*, 28 de abril, 1983, p. 5, en Dueñas Pulido, "Visión soviética sobre el problema centroamericano" *Loc. Cit.*, p. 23.
- ³⁹Citado en Susanne Jonas, "The Reagan Doctrine and Nicaragua", en Rigoberto García (ed.), *Central America: Crisis and Possibilities* (Estocolmo, Institute of Latin American Studies, 1988), p. 25-27. (Monografía núm. 16).
- ⁴⁰*The New York Times*, 27 de Abril de 1983, en *International Services on Latin America (ISLA)*, vol. 27, núm. 4, p. 124.
- ⁴¹ C.G. Jacobsen, "Soviet Attitudes Towards, Aid to and Contacts with Central American Revolutionaries", en Bruce D. Larkin (ed.), *Vital Interests. The Soviet Issue in U.S. Central American Policy*, (Boulder, Co., Lynne Rienner, 1988), pp. 289-320.
- ⁴²*Current Policy*, Núm. 282, 3 de junio de 1981, en *ISLA*, vol. 23 (núm. 6), p. 137.
- ⁴³*The Miami Herald*, 5 de junio de 1983, en *Ibid*, vol. 26 (núm. 6), p. 141.
- ⁴⁴*The Miami Herald*, 5 de junio de 1983, en *Ibid*. p. 142.
- ⁴⁵Marc Edelman, "Soviet-Nicaraguan Relations and the Contra War", en Bruce D. Larkin (ed.), *Vital Interests*, *Op. Cit.*, p. 361.
- ⁴⁶ *Ibid*, p. 365.
- ⁴⁷ Resumen del *Reporte de la Comisión Kissinger sobre América Central* (enero de 1984) en Leiken y Rubin, *The Central American Crisis Reader*. *Op.Cit.*, pp. 556-562.
- ⁴⁸*Ibid*.
- ⁴⁹Honduras recibió \$44.1 millones de ayuda militar en el mismo periodo. Citado en Edelman, "Soviet-Nicaraguan Relations...". *Loc. Cit.*, p. 362.
- ⁵⁰ Documento: DOD/DOS *The Challenge of Democracy in Central America*, Washington, p. 38, citado en *Ibid*, p. 362.
- ⁵¹Clifford Krauss, y Robert S. Greenberger, "Despite Fears of U.S. Soviet Aid to Nicaragua Appears to be Limited", *The Wall Street Journal*, 3 de abril de 1985, en *ISLA*, *Op. Cit.*, vol. 30, núm. 4, pp. 192-193.
- ⁵²Cushman. John Jr., "Nicaragua Said to Get More Gunships", *The New York Times*, 29 de octubre de 1986, en *ISLA*, *Op. Cit.* vol. 33, núm. 4, p. 194.
- ⁵³U.S. Department of State and Department of Defense, *The Soviet-Cuban Connection in Central America and the Caribbean* (Washington, D.C.,1985), p. 27, en Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution*. *Op.Cit.*, p. 177.

⁵⁴Leiken y Rubin, *The Central American Crisis Reader, Op. Cit.*, p. 689.

⁵⁵Tom Morgenthau, *et. al.*, "Rekindling the Magic: Reagan Wins a Congressional Victory to Aid the Contras", *Newsweek*, 7 de julio de 1982, pp. 20-21, y *Latin American Weekly Report*, "Nicaragua: Soviets Hedge on Level of Support", Londres, 16 de octubre de 1982.

⁵⁶Miller, *Soviet Relations with Latin America. Op. Cit.*, p. 199.

⁵⁷Yopo, "Nicaragua 1987: la política exterior en un año decisivo", en Heraldo Muñoz (comp.), *Las políticas Exteriores de América Latina y el Caribe. Un balance de esperanzas*, (Argentina, Prospel, 1988), p. 292 (Anuario de Política Exterior 1987-1988).

⁵⁸Donald Castillo Rivas, *Testimonio de la Guerra Civil en Nicaragua. Gringos, Contras y Sandinistas*, (Colombia, Tercer Mundo Editores, 1992), p. 247.

⁵⁹Stephen R. Pelletier, *Perestroika and the Politics of the revolutionary Left in Latin America* (tesis), (Mass, Universidad de Massachussetts, 1991), p. 222.

⁶⁰Miller, *Soviet Relations with Latin America. Op. Cit.*, p. 200.

⁶¹*Ibid*, p. 200

V. LA CONCLUSIÓN DE UN CONFLICTO:

Al ser enmarcada en el conflicto Este-Oeste, la Revolución Sandinista se apartó de los medios que podían facilitar su consolidación. Una áspera relación con Estados Unidos, el consecuente debilitamiento de la economía nicaragüense y las reformas que se llevaban a cabo en la Unión Soviética fueron algunos de los factores que impidieron el afianzamiento del proyecto sandinista.

En referencia a las negociaciones de paz, es posible decir que tanto la Contra como los sandinistas deseaban iniciarlas, pero querían, cada uno, obtener la mejor posición posible. Respecto a los sandinistas pueden considerarse factores importantes; por ejemplo, la guerra estaba empantanada, la economía estaba en un estado desastroso, el apoyo externo político se había agotado y la distensión internacional había facilitado las conversaciones sobre conflictos regionales entre el Departamento de Estado de Estados Unidos y el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética. Por su parte, la Contra deseaba negociar con los sandinistas porque sólo por este medio el gobierno accedería a liberalizarse y reconocería a las fuerzas contrarrevolucionarias su carácter político. Otros elementos necesarios para analizar el proceso que llevó a negociar a la Contra y a los sandinistas fueron los planes de paz propuestos, primero, por Contadora y, después, por el Presidente de Costa Rica, Oscar Arias –quien, de alguna manera, retomó los puntos propuestos por los cuatro países del grupo concertador.

En este capítulo se señalarán las posturas de las partes del conflicto nicaragüense y la influencia de los factores externos en las negociaciones de paz, concluyendo con la realización de las elecciones presidenciales en febrero de 1990.

Como antecedente a las negociaciones de paz, puede mencionarse que en julio de 1982, los cancilleres de América Latina –con excepción del

nicaragüense— se reunieron en El Salvador para discutir el peligro que Nicaragua representaba al intentar "exportar" su Revolución. Pocos meses después se llevó a cabo otra reunión en la que participaron los cancilleres de Costa Rica, Honduras, El Salvador, Colombia, Belice, Jamaica y el Subsecretario de Estado norteamericano Thomas Enders.¹ Estos intentos por establecer medidas de distensión en el área fracasaron porque no se incluía a Nicaragua en las pláticas de planeación y se le consideraba como el centro del problema. Una verdadera negociación no podía solamente considerar los problemas en Nicaragua.²

A. La experiencia de Contadora

En el proceso de Contadora puede observarse la voluntad de Nicaragua para negociar y la conveniencia para la Contra y para los sandinistas de poner fin a la guerra civil. Si bien Contadora tuvo éxito al evitar que el conflicto se regionalizara, sus acciones se encontraron con posiciones adversas norteamericanas que dificultaron el proceso de paz.

En términos generales, Nicaragua aceptó y sugirió varias propuestas para negociar la paz desde 1981. Una de las alternativas que tenía para consolidar su régimen era acudir al Derecho Internacional y a las negociaciones, sobre todo, si se llevaban a cabo con la oposición civil (dejando fuera a la Contra). Algunos ejemplos de lo anterior ocurrieron cuando el gobierno sandinista apeló a los gobiernos venezolano y mexicano para evitar una guerra con Honduras. Además, Nicaragua propuso varias veces que firmaría los acuerdos que prohibían la instalación de bases militares en su territorio si Estados Unidos se comprometía a detener su apoyo a la Contra; Nicaragua propuso también que sus fronteras terrestres se vigilaran para garantizar que su territorio no se usara para vender armas a los países vecinos.³

De manera bilateral, por ejemplo, y reconociendo a Estados Unidos como actor principal, en junio de 1984 los gobiernos de Nicaragua y de Estados Unidos comenzaron una ronda de pláticas en Manzanillo, México. Nicaragua basó su posición en las propuestas de Contadora. Sin embargo, Estados Unidos rechazó lo que el grupo proponía porque no estaba de acuerdo con la prohibición de bases militares extranjeras en América Central.⁴

Durante el proceso de Contadora, Nicaragua insistió que la agenda de las negociaciones regionales contemplara sólo cuestiones de seguridad, no de política interna (democracia). Contadora, finalmente, incluyó los dos temas y Nicaragua aceptó. Tres veces Nicaragua aceptó los acuerdos de paz que se diseñaron en el marco de Contadora.⁵

Contadora logró tener el apoyo de las organizaciones internacionales (como Naciones Unidas, Organización de Estados Americanos y Comunidad Europea). El grupo confirmó la capacidad de algunos países latinoamericanos de aprovechar los espacios internacionales sin amenazar la hegemonía norteamericana.⁶ A pesar del discurso crítico de Estados Unidos hacia Contadora, el grupo sirvió como espacio de negociación. A Estados Unidos le convenía que los sandinistas hicieran concesiones sin que tuviera que comprometerse bilateralmente. Así, Estados Unidos influía en el ritmo de las negociaciones sin involucrarse directamente.

Las negociaciones de Contadora ayudaron a definir las responsabilidades del conflicto. Evolucionaron desde apoyar al gobierno sandinista (al prohibir la instalación de bases militares extranjeras rechazaban la presencia estadounidense en Nicaragua), hasta una fórmula que hacía incompatible la consolidación del sandinismo con la estabilización regional, por la insistencia en la democratización de Nicaragua. Con el tiempo, a Nicaragua no le quedó más remedio que realizar elecciones.

Hasta antes del Plan Arias no existía mejor opción que la de Contadora para resolver el conflicto centroamericano. Era fundamental mantener una propuesta de *negociación*, ya que una solución militar implicaba un compromiso largo y con consecuencias directas para los países cercanos a la zona del conflicto. En los cuatro países miembros de Contadora habría también efectos inmediatos. La propuesta de Estados Unidos que contemplaba principalmente los aspectos militares y de seguridad partía, según los países de Contadora, de un diagnóstico equivocado ya que ellos pensaban que la crisis centroamericana respondía a problemas económicos, políticos y sociales internos. Para Estados Unidos, la inestabilidad era provocada por la influencia externa, al menos en Nicaragua, y la única solución era el derrocamiento del gobierno revolucionario. Las propuestas de Contadora se orientaban a dejar opciones al gobierno nicaragüense, su propósito era que no se radicalizara y, en consecuencia, que no tuviera que acudir a la ayuda de los soviéticos. Además, si los procesos de cambio, tanto en El Salvador como en Nicaragua podían encauzarse, habría menos inestabilidad en el área.⁷

Contadora privilegió dos áreas de negociación: por un lado, la eliminación de la presencia militar extranjera en sus diferentes manifestaciones, los compromisos para fijar un límite y prohibir la introducción de armas y, por el otro lado, se insistió en la necesidad de que las partes se comprometieran a terminar con sus prácticas violatorias del Derecho Internacional, como por ejemplo, utilizar un territorio con fuerzas irregulares para agredir a otro y el tráfico de armas. También se dio importancia a la creación de mecanismos eficaces e imparciales de verificación y seguimiento de los acuerdos.⁸

Carlos Rico identifica tres momentos en la existencia de Contadora: sus orígenes, su periodo de formulación de proposiciones —casi exitosas—

y la etapa de reconocimiento del poder de veto de Estados Unidos y el consiguiente *impasse* en las negociaciones.⁹

1. Orígenes de Contadora

En 1983 el conflicto se extendía, por una parte, con el fortalecimiento de la insurgencia salvadoreña y la presencia de los contras en Honduras y Costa Rica y, por la otra, por las presiones militares norteamericanas: las maniobras Ojo de Halcón en Honduras en octubre de 1981 y el establecimiento de una base militar estadounidense en Honduras, muy cerca de la frontera con Nicaragua y la realización del Foro pro-paz y Democracia.¹⁰ Además, la posibilidad de que Estados Unidos interviniera directamente en Nicaragua no parecía muy lejana, al tiempo que las profecías de los funcionarios norteamericanos relacionadas con el acercamiento de Nicaragua al bloque soviético parecían también cumplirse. En este contexto surgió Contadora como resultado de la preocupación de sus integrantes por la regionalización del conflicto y por la política estadounidense hacia Centroamérica.

De enero de 1983 a 1986, Contadora estuvo al frente del proceso que llevaría a la negociación de la paz en Centroamérica. Sus antecedentes pueden encontrarse en la Declaración Franco-Mexicana¹¹ sobre El Salvador, en la cual, los dos países se pronunciaban por una solución pacífica y negociada del conflicto, reconociendo al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional como una fuerza política representativa.¹² Posteriormente, las propuestas de Managua de 1982 del gobierno mexicano¹³ retomaron la declaración emitida por los gobiernos de México y de Francia. En estas propuestas se planteaba un plan de distensión regional, que identificaba tres centros conflictivos en Centroamérica: la guerra civil en El Salvador, el conflicto entre Estados

Unidos y Nicaragua y las relaciones entre la potencia norteamericana y Cuba.¹⁴ El Plan de paz proponía la desmilitarización, así como pactos de no agresión entre los países centroamericanos. Por primera vez, México presentó un conjunto de propuestas sobre Nicaragua: Estados Unidos debía renunciar al uso de la fuerza, y los efectivos y el armamento nicaragüense se debían reducir proporcionalmente. El Plan, sin embargo no prosperó.

En 1982 Colombia, México, Panamá y Venezuela acordaron reunirse en la isla de Contadora en febrero del siguiente año con la intención de sentar en una misma mesa a los cinco países centroamericanos que se negaban a hacerlo por cuenta propia. En su primera reunión, los cuatro Ministros de Relaciones Exteriores se pronunciaron por mantener el conflicto centroamericano alejado del enfrentamiento Este-Oeste subrayando la naturaleza socioeconómica de sus orígenes e instaron a los países de la región a arreglar sus diferencias por medio del diálogo y la negociación. Como al comenzar 1983 el conflicto centroamericano había empeorado, Honduras y otros países solicitaron que el conflicto se llevara al seno de la OEA, pero Nicaragua se pronunció porque el tema se tratara en el Consejo de Seguridad de la ONU ya que, de esa manera, Estados Unidos no tendría tanto peso en las decisiones que se adoptaran.

Contadora se proponía evitar una conflagración regional y extrarregional, y alejar del marco Este-Oeste al conflicto centroamericano por medio del control del armamentismo, la proscripción de instalaciones militares de otros países en el territorio de los Estados centroamericanos y el fomento a la comunicación directa entre los gobiernos de los países de la zona. A pesar de todos los obstáculos que existían para que los proyectos de Contadora se hicieran realidad, se dio un primer paso con la elaboración del Documento de Objetivos.¹⁵ La firma del documento se llevó a cabo pese a la ambigüedad que Estados Unidos manifestaba hacia

Contadora. Aunque puede señalarse que el principal interés de los norteamericanos era que los sandinistas negociaran con la Resistencia Nicaragüense, es necesario mencionar que buscaban la mejor posición posible.

El Documento de Objetivos formalizó una agenda de veintiún puntos sobre los cuales los países centroamericanos iniciarían un diálogo para acordar un tratado de paz que incluiría todos los aspectos políticos, económicos y sociales que preocupaban a los gobiernos de la región. Se plantearon medidas relacionadas con las situaciones internas en Nicaragua y en El Salvador, así como pronunciamientos respecto a las fuerzas irregulares, en contra de las maniobras castrenses y de los asesores militares extranjeros. También se consideraba la necesidad de respetar los derechos humanos, de realizar elecciones limpias, de mantener un pluralismo político y de promover acciones de reconciliación nacional. En el ámbito económico se promovería el desarrollo, se fortalecería la integración regional y se protegería a los refugiados.¹⁶ Contadora propuso eliminar el conjunto de acciones que dañaban los procesos políticos en los países centroamericanos. Sus planteamientos intentaban resolver las tres áreas críticas de las relaciones entre Estados Unidos y Nicaragua: seguridad, estabilidad política y desarrollo económico.¹⁷

De igual forma, el Documento de los 21 Objetivos buscaba incorporar la preocupación norteamericana de evitar que la Unión Soviética se estableciera militarmente en el continente americano.¹⁸ También era importante lograr que los movimientos revolucionarios vieran en el proceso de paz un beneficio. La aceptación por parte del régimen nicaragüense de un marco de negociación multilateral fue la primera concesión sandinista.¹⁹

En 1984 parecía existir un espacio suficiente para comenzar las negociaciones ya que en ese año se realizaron elecciones en Estados

Unidos y Nicaragua; sin embargo, el recurso de la "doble vía" por parte de los funcionarios norteamericanos –por una parte, presión militar y económica y, por la otra, retórica de negociación– y las respuestas nicaragüenses obstaculizaron el proceso. El mismo día de las elecciones norteamericanas, el gobierno de Estados Unidos anunció tener pruebas de que Nicaragua había recibido varios *Migs* de la Unión Soviética. Como respuesta a lo anterior, el gobierno de Nicaragua alegó que Estados Unidos había violado su espacio aéreo y declaró un estado de emergencia²⁰. En los primeros días de enero de 1985, el gobierno norteamericano suspendió unilateralmente las pláticas celebradas en Manzanillo y Atlanta con la justificación de que las elecciones nicaragüenses no habían sido limpias.²¹

Mientras tanto, Contadora ya había establecido una serie de propuestas concretas en el *Acta de Contadora* de 1984 con base en el Documento de Objetivos. En el Acta se adoptaba la idea de un equilibrio mediante la limitación de armamentos permitidos, tomando en cuenta las necesidades de seguridad de cada país. Se prohibía la instalación de bases y maniobras militares extranjeras y, finalmente, se establecía que la democracia debía ser la forma de gobierno que los países centroamericanos debían buscar. Con la excepción de El Salvador, los demás países centroamericanos aceptaron firmarla, Nicaragua también lo hizo.²² Sin embargo, Estados Unidos se negó a firmar, argumentando problemas de verificación. La verdadera razón era que Contadora prohibía la instalación de bases militares *extranjeras*, y Estados Unidos no podía estar de acuerdo con ello.²³ Sin embargo, es posible afirmar que Contadora reconocía ya al gobierno sandinista de *facto* y Estados Unidos pretendía derrocarlo.

2. Los intentos por alcanzar la paz y el impasse de Contadora

La negativa de Estados Unidos a firmar el Acta hizo evidente al grupo de Contadora que cualquier iniciativa podía ser vetada por Estados Unidos, por lo que iba a ser necesario incorporar sus preocupaciones de manera más decisiva. Por lo tanto, se inició la revisión del Acta y se incorporó la noción de paridad para definir los niveles aceptables de armamento para cada país. La idea de que cada país tenía diferentes necesidades de seguridad se moderó. Las maniobras militares ya no se prohibían, sino se regulaban. Finalmente, los gobiernos centroamericanos tendrían que buscar la reconciliación interna, es decir, negociar con las diversas fuerzas políticas de cada país.²⁴

El Presidente Ortega lanzó una iniciativa de paz en febrero de 1985, anunciando que 100 asesores militares cubanos dejarían Nicaragua y que se impondría una moratoria indefinida para la adquisición de armas. El gobierno norteamericano rechazó el plan.²⁵ En marzo de ese año las fuerzas de oposición invitaban al gobierno sandinista a iniciar un diálogo nacional, pedían la disolución de la Asamblea Nacional, cambios en el gobierno y las fuerzas armadas, y elecciones. En junio de 1985, el Congreso norteamericano votó en favor de ayuda no militar a la Contra por 27 millones de dólares.²⁶

Los sandinistas pensaban que las concesiones que se estaban haciendo para obtener la cooperación de Estados Unidos eran muy significativas. Consideraban que si la potencia norteamericana no respetaba irrestrictamente los acuerdos, el Acta se convertiría "en una flecha más del gobierno de Estados Unidos para debilitarlo y prepararle un destino final más drástico".²⁷ El gobierno nicaragüense señaló que, sólo si Estados Unidos se comprometía en un protocolo adicional a respetar íntegramente los acuerdos establecidos en el Acta, estaría dispuesto a firmarla.

En 1985, Brasil, Argentina, Perú y Uruguay integraron el Grupo de Lima o Grupo de Apoyo a Contadora. Su interés, a pesar de estar distantes de la zona de conflicto, era ayudar a establecer la paz regional. Además, estos cuatro países vivían un proceso de transición democrática, por lo que era conveniente que participaran en el proceso de paz e impulsaran la democratización en la región. A pesar del apoyo del Grupo de Lima, la postura nicaragüense y la falta de disposición norteamericana para pronunciarse en consecuencia llevaron al *impasse* de Contadora, mismo que se reafirmó cuando el gobierno nicaragüense propuso en 1986 suspender el proceso de paz durante seis meses. En abril de 1986, los gobiernos de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras acordaron la firma del Acta revisada para el 6 de junio pero la fecha llegó sin que Nicaragua aceptara firmarla.²⁸

El éxito de Contadora, según algunos autores, fue que evitó la extensión del conflicto.²⁹ No sólo por la tensión existente entre los países de América Central, sino también porque la Revolución Nicaragüense atrajo a corrientes que simpatizaban con la Revolución y tenían posiciones encontradas con el resto de los gobiernos de la zona. Contadora logró, también, que todos los que proponían alguna solución —ya fueran organismos multilaterales, religiosos, prorrevolucionarios, etc.— siguieran la pauta que el grupo marcaba. Contadora se constituyó en un espacio flexible para los países que veían afectados sus intereses por la creciente actividad militar y, si bien de alguna manera desplazó a los actores internacionales que tradicionalmente habían actuado en conflictos de esta naturaleza (como la ONU o la OEA), tomó en cuenta la importancia de las potencias en el área. Es posible, sin embargo, que las acciones de Contadora hayan "aislado" la presencia soviética y cubana ya que la insistencia en la democratización podría conducir al derrumbe sandinista.³⁰ En breve, el grupo de Contadora identificó los problemas y los principales

actores de la región e intento presentar una visión alternativa al enfoque del conflicto como parte de la pugna Este-Oeste.

Pese al aparente respaldo a las iniciativas de Contadora, el gobierno nicaragüense objetó la firma del Acta de Contadora en 1986, sobre todo por lo que hacía referencia al pluralismo, la reconciliación nacional y la reducción de armamentos y asesores militares extranjeros. A finales de 1985 el grupo de Contadora se había reunido con George Shultz para pedirle al gobierno norteamericano que iniciara pláticas con los sandinistas y cesara su apoyo a la Contra, pero la administración Reagan rechazó esta propuesta.

En 1986, el Grupo de Contadora se reunió en Panamá y emitió una declaración en la que daba por concluidos sus esfuerzos y dejaba la responsabilidad de la pacificación en Centoamérica a sus propios actores.

Por otro lado, para muchos centroamericanos, la posibilidad de que Contadora sirviera como marco para resolver los problemas se opacó porque su intervención ayudaba a que los sandinistas se consolidaran en el poder. Además, es posible decir que Contadora respondía a los intereses de los países que la conformaban más que a un verdadero esfuerzo por facilitar una paz justa en Centroamérica.³¹ Sin embargo, es indudable que Contadora no fue más lejos por la poca disposición norteamericano y la falta de acuerdo entre los dos actores más importantes: Estados Unidos y Nicaragua.

B. Plan Arias

Liquidada la posibilidad de un acuerdo de pacificación en el marco de las negociaciones de Contadora³² y desatado el escándalo Irán-contras³³, las posibilidades de iniciar una gestión diplomática a nivel regional ganaron adeptos. Fue así como entre finales de 1986 y principios de 1987, el

gobierno costarricense se dedicó a formular un plan que combinaba algunos puntos de Contadora, eliminando los que habían entorpecido las negociaciones, con nuevos mecanismos que evitaban suspicacias entre los gobiernos. La cumbre presidencial de Esquipulas I, en mayo de 1986, había mostrado que, después de todo, existía todavía en la región cierta voluntad de negociación.³⁴

El proceso de Esquipulas se llevó a cabo en cuatro cumbres Presidenciales y tres precumbres, el encuentro en Tela y la preparación de las elecciones en Nicaragua. El año de 1986 fue importante para las gestiones de paz; en ese año, asumieron el poder tres nuevos presidentes en Centroamérica: Vinicio Cerezo en Guatemala, José Azcona en Honduras y Oscar Arias en Costa Rica. Tanto en Guatemala como en Costa Rica los nuevos líderes reafirmaron sus políticas de neutralidad y su compromiso de buscar la paz. Al asumir la presidencia Cerezo, se llevó a cabo en Esquipulas, Guatemala, una Cumbre Presidencial. En la agenda se consideró la integración de un Parlamento Centroamericano, temas vinculados a la distensión regional y a la integración comercial. En esta Cumbre se discutieron los problemas de seguridad de la región y la necesidad de emprender un esfuerzo que llevara a la reconciliación nacional. Aunque después de la Cumbre se complicaron las gestiones de paz, se logró formalizar las reuniones entre los presidentes centroamericanos.³⁵

En este contexto surgió el *Plan Arias*. Su principal objetivo era que los países en conflicto percibieran que si llevaban a cabo negociaciones de paz saldrían ganando. El Plan intentaba lograr acuerdos sobre conceptos básicos en materia de seguridad y política, evitar una intensificación del conflicto y vincular los temas de la paz, la democracia y el desarrollo en una agenda con tiempos específicos.³⁶

En Esquipulas se hizo más claro todavía la incompatibilidad del sandinismo con la estabilización en el área centroamericana. Oscar Arias elaboró un documento junto con el Senador Christopher Dodd. El documento se les presentó a los países "aliados" de Estados Unidos en febrero de 1987 en una precumbre en San José con el nombre de *Una hora para la paz*.³⁷ Seis meses después, se incluyeron las propuestas de Guatemala (que había estado en desacuerdo la primera vez que se reunieron en Esquipulas) y se contó con la asistencia de Nicaragua. Al contenido de *Una hora para la paz*, se agregó una exhortación al cese de las hostilidades, negociaciones en materia de seguridad, verificación, control y limitación de armamentos, el problema de los refugiados y desplazados, y un calendario de ejecución de compromisos.

Así, en una segunda reunión en Esquipulas, en agosto de 1987, se presentaron varios planes: el de Contadora, el del Presidente Arias y el de Reagan-Wright. Como resultado, el 7 de agosto de 1987 se firmó el *Procedimiento para Establecer la Paz Firme y Duradera en Centoamérica*, con base en el Plan Arias, principalmente, conocido como Esquipulas II. El Asesor en Jefe de Oscar Arias, John Biehl, señaló que la diferencia entre el plan de Contadora y el de Arias era que éste establecía fechas límite para las acciones que debían realizarse y ponía énfasis en la democratización.³⁸ El Plan Reagan-Wright, por su parte, establecía que los Sandinistas tendrían 60 días para suspender la percepción de ayuda militar soviética y restaurar el proceso democrático. Si los sandinistas hablaban con la Contra, Estados Unidos hablaría con ellos. Ante las condiciones del Plan Reagan-Wright, los sandinistas prefirieron el diseñado por el Presidente Arias,³⁹ en el que se definían con precisión lo que se entendía por paz y por democracia, de manera que pudiera constatarse si existían avances al respecto. La paz podía medirse con base en los ceses al fuego establecidos y por un clima de cooperación, la democracia se constataba

con la libertad de expresión y de prensa, por el pluralismo político partidista, por el fin de los "estados de emergencia" o de "excepción" y, finalmente, por la realización de elecciones limpias. ⁴⁰

El Plan Arias se concentró en cuestiones prácticas hacia la democratización, y en detener el apoyo a revolucionarios, no sólo en Nicaragua, sino en toda América Central. En un principio, el gobierno nicaragüense se opuso al Plan Arias por considerarlo idea de Estados Unidos; sin embargo, cuando se dieron cuenta de que los norteamericanos ofrecían otro plan, los sandinistas decidieron apoyar el primero. El objetivo original, la democratización en la zona, se mantuvo, pero sí se hacía alusión a la importancia de Estados Unidos en el conflicto. El miedo de los norteamericanos era que una iniciativa de paz pudiera conducir a "otra Cuba" o simplemente al fortalecimiento de los sandinistas. Los nicaragüenses, por su parte, no tenían la intención de dejar el poder.

El principal instrumento de verificación de Esquipulas II fue la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento. Si bien su composición era clara su procedimiento no quedó muy definido. Debido, en parte, a la premura con la que se redactó el *Procedimiento* y a la excesiva meticulosidad de Contadora al determinar los métodos de verificación, se dejó que terceras partes ajenas al conflicto determinaran los métodos de verificación más apropiados. Esta Comisión estaba integrada por los secretarios generales de la ONU y la OEA, los cancilleres de los países de Contadora, del Grupo de Apoyo y de los países centroamericanos. En la siguiente reunión, se eliminó la capacidad de revisión de la CIVS, completando la "centroamericanización del proceso"⁴¹.

En cuanto a la resistencia nicaragüense, sus líderes pensaban que Esquipulas serviría a los sandinistas como una cortina para destruir a la resistencia y evadir los compromisos democráticos. Conociendo esta posibilidad, la Contra no aceptó el plan hasta obtener, el 21 de agosto, el

apoyo del Presidente salvadoreño que proponía la inclusión de la resistencia en el diálogo nacional. La Contra aceptó dialogar porque querían que terminara la guerra civil y porque consideraban que era la única manera de que el gobierno emprendiera una liberalización. Además, al negociar con los sandinistas se les reconocía como fuerza política de oposición. Finalmente, su disposición a negociar aumentaba las posibilidades de recibir más ayuda norteamericana. En este sentido, el directorio de la Contra sabía que el paquete de ayuda norteamericano de 100 millones de ayuda militar expiraría el 30 de septiembre y que no había posibilidades de renovarlo. Así que, a pesar de que tenían el material suficiente para mantenerse tres meses más, si no se negociaba el cese al fuego, podrían sufrir una derrota desastrosa.⁴²

Poco tiempo después de la firma de Esquipulas II, los sandinistas levantaron el estado de emergencia, liberaron a ex-guardias somocistas, emitieron una ley de amnistía, establecieron una comisión de reconciliación nacional y comenzaron el diálogo político, pero con el tiempo se dejaron de respetar los acuerdos. Los sandinistas argumentaban que mientras Estados Unidos continuara apoyando a la Contra ellos no tenían por qué cumplir con el plan. Debido al incumplimiento del gobierno sandinista, el 30 de septiembre se aprobó en el Congreso norteamericano la primera de cinco resoluciones en favor de la ayuda humanitaria a la Contra. Se estableció un "acuerdo tácito" entre la Contra y el Congreso de Estados Unidos: en tanto que la Contra estuviera dispuesta a negociar, recibiría ayuda norteamericana.⁴³

Esquipulas II ponía énfasis en el respeto a los derechos humanos, las libertades políticas y la construcción de la democracia. Apelaba a que terminara la lucha armada y a que los gobiernos y las fuerzas irregulares negociaran el cese al fuego. Con las medidas que los países firmantes suscribían se garantizaba la amnistía a las fuerzas irregulares y su

incorporación al proceso político. La idea de que era mejor trasladar la guerra del campo de batalla militar al político cobró fuerza. "Los contras ya no son un negocio redituable" dijo un líder político en Honduras;⁴⁴ en Costa Rica, la idea de que tenían mucho que perder y poco que ganar al apoyar a la Contrarrevolución predominó. Después del escándalo Irán-Contras se dieron a conocer revelaciones importantes sobre la forma en que la CIA y el Departamento de Estado norteamericano habían manipulado al presidente costarricense, Luis Alberto Monge.⁴⁵ Entre tanto, en Estados Unidos, los demócratas pensaban que debían explorar la vía democrática, es decir, fortalecer a la oposición política interna.

La resistencia nicaragüense apoyó el Plan de Esquipulas "a pesar de las lagunas, errores y omisiones que tenía".⁴⁶ La Contra apoyó porque quería que terminara la guerra civil, pues sus líderes sabían que el gobierno no se iba a abrir de otra manera, pensaban que Contadora respaldaba a los sandinistas y querían demostrar, sobre todo al Congreso norteamericano, su flexibilidad, condición básica para obtener más ayuda de Estados Unidos. Sin embargo, los líderes de la Contra no lograron que se incluyera en el texto final a la "Resistencia Nicaragüense" como parte del conflicto. El documento de Esquipulas II en el inciso sobre el cese al fuego, señalaba que los rebeldes depondrían las armas y renunciarían a recibir ayuda.⁴⁷

Los sandinistas, por su parte, estaban obligados a realizar todas las acciones necesarias para lograr un efectivo cese al fuego dentro del marco constitucional. Los acuerdos de Esquipulas no garantizaban una victoria final para ninguno de los actores internos. Después de todo, la larga tradición de pactos políticos en Nicaragua no garantizaba que en esta ocasión, recundarían en la pacificación del país.⁴⁸

Por otra parte, en noviembre de 1987 Daniel Ortega viajó a Washington a la Asamblea General de la OEA. La verdadera razón de su

viaje parece haber sido que el 12 de noviembre Jim Wright y Daniel Ortega anunciaron una propuesta de once puntos para un cese al fuego. Ya con anterioridad, al regresar de Moscú,⁴⁹ Daniel Ortega había anunciado en Managua su disposición de concertar el cese al fuego con las "fuerzas irregulares". Al llamarles al diálogo se reconocía su importancia como fuerza política, a la vez que se ejercía presión sobre la liberalización política del régimen.

A principios de 1988, días antes de la aprobación de un nuevo paquete de ayuda a la Contra, se anunció la decisión de establecer conversaciones directas y sin intermediarios a un alto nivel con las fuerzas de la Contra. La votación en el Congreso norteamericano congeló la ayuda a la Resistencia Nicaragüense por seis meses, tiempo suficiente para negociar.

A pesar de la declarada disposición al diálogo, las tensiones continuaron entre la Contra y el gobierno sandinista. En diciembre de 1987, una ofensiva de la Contra, la mayor en siete años, tuvo lugar en Siuna, Rosita y Bonanza.⁵⁰ A su vez, en marzo de 1988 el ejército sandinista lanzó una de sus mayores ofensivas: la Operación Danto.

Finalmente, en ese mismo mes, en Sapoá, en la Frontera Sur de Nicaragua, la Comisión del Cese al Fuego de la Resistencia Nicaragüense comenzó las negociaciones con el FSLN. A pesar de no tener los elementos necesarios para confiar en el Pacto —como muchas veces en el pasado—, los encuentros entre la Resistencia Nicaragüense y el gobierno marcaron el comienzo de una salida negociada al conflicto. Como algunas veces sucedía, sin toda la confianza entre ellos, pero con el aval de Estados Unidos.

Sapoá no fue, de ninguna manera, el final de la tradición no democrática de Nicaragua ni el punto de reconciliación de todas las fuerzas políticas. Sin embargo, sí constituyó el principio del derrumbe del

gobierno sandinista. Con la venia norteamericana y soviética, los actores tuvieron que sentarse a negociar.

C. Cuba y la Unión Soviética frente al proceso de paz

No obstante que el gobierno de Fidel Castro apoyaba incondicionalmente al gobierno sandinista, recomendó a sus líderes buscar un entendimiento con Estados Unidos, demostrar flexibilidad en las negociaciones de paz, evitar un aislamiento internacional similar al de Cuba y mantener al sector privado en la economía nicaragüense. Cuba favorecía una solución política al conflicto en Centroamérica porque su escalada podría amenazar su propia seguridad.⁵¹ Fidel Castro apoyó al Grupo de Contadora bajo el supuesto de que un acuerdo regional fortalecería al gobierno sandinista.⁵² El gobierno cubano sostenía que todas las partes debían comprometerse a cumplir los acuerdos aceptados. En este sentido, Cuba consideraba que una solución sin Estados Unidos no era posible. Cuba manifestó que se atenía a los resultados del proceso negociador, pero que éste debía tener un carácter integral y ofrecer garantías políticas, militares y económicas para todas las partes. El carácter integral contemplaba soluciones paralelas, pero diversas, al conflicto en Nicaragua y El Salvador. A pesar de que Cuba apoyaba abiertamente el proceso de Contadora y Esquipulas, manifestó su disgusto al no definirse la responsabilidad directa norteamericana en el conflicto centroamericano y en su solución.⁵³

En la segunda mitad de los años ochenta Cuba buscó su reinserción diplomática en América Latina. El apoyo explícito a las gestiones de paz pueden analizarse desde esta perspectiva, además de que respondía a los intereses de Cuba en la zona: limitar la presencia de Estados Unidos en el área y garantizar la sobrevivencia de Nicaragua, principal aliado de Cuba en América Latina.

Fidel Castro demostró su acuerdo con el Plan de Esquipulas porque éste desplazó al Plan Reagan-Wright, proponía un enfoque regional del conflicto, reconocía la legalidad del proceso interno nicaragüense e incluía el concepto de simultaneidad que no obligaba a Nicaragua a hacer concesiones si otros países no cumplían los acuerdos.⁵⁴

En referencia a la Unión Soviética, desde 1985 sus compromisos con los países del Tercer Mundo representaron un flujo de recursos, además de que podían dañar sus relaciones con los países capitalistas occidentales. El nuevo pensamiento soviético se basaba en promover la paz en el Tercer Mundo; en particular, en América Latina, la Unión Soviética apoyó las soluciones regionales de los conflictos y buscó disminuir su apoyo a los regímenes que le simpatizaban. En el caso de Nicaragua, la Unión Soviética prestó ayuda al gobierno sandinista para fortalecer su capacidad defensiva. Sin embargo, el gobierno soviético solicitaba que Estados Unidos hiciera lo mismo en Honduras y El Salvador.⁵⁵ No obstante, Gorbachev consideraba que la tarea más importante de los sandinistas era evitar una intervención norteamericana.⁵⁶

De acuerdo con el nuevo pensamiento soviético, Moscú alentó al gobierno nicaragüense a negociar con la Contra. Por una parte, apoyó las pláticas de paz en el contexto de Contadora y Esquipulas y, por la otra, ejerció presión económica, especialmente en lo que se refiere al petróleo. A principios de 1987, Moscú suspendió temporalmente sus envíos de petróleo a Nicaragua indicando que no estaban dispuestos a “vaciar dinero indefinidamente en un conflicto regional que ponía en riesgo las relaciones de Estados Unidos con Moscú”.⁵⁷ Otro mensaje se mandó a Nicaragua en 1988 cuando la importación de petróleo soviético cayó a 70,000 toneladas, insuficientes para satisfacer las necesidades nicaragüenses; por eso, en octubre de 1988 los sandinistas tuvieron que duplicar el precio del petróleo.

La disposición sandinista de negociar con la Contra pareció tener recompensa. El 4 de noviembre de 1988 el nuevo embajador soviético en Managua, Valeriy Nikolayenko anunció que la Unión Soviética aumentaría su ayuda económica y militar. A pesar de estas declaraciones, se mantuvieron los niveles de ayuda de Moscú.⁵⁸

D. Sapoá y Tela

La ayuda norteamericana a la Contrarrevolución de Nicaragua terminaba el 29 de febrero de 1988. A diferencia de 1986 no iba a haber una segunda votación. El 18 de febrero el Cardenal Obando y Bravo presentó una propuesta basada en cuatro puntos que retomaban el espíritu de los acuerdos de Esquipulas: amnistía general, restauración de las libertades civiles; diálogo con la oposición interna y el establecimiento del Estado de Derecho. Los sandinistas, al conocer esto prefirieron proponer un diálogo directo. Así, ganaban tiempo y podrían evitar la aprobación de más ayuda. Al mismo tiempo, el Ejército sandinista lanzó una ofensiva en la región del valle del Bocay (conocida también como la Operación Danto). Reagan mandó refuerzos a Honduras para evitar la caída de la contra. La ofensiva sandinista no terminó con la Contra, pero sí la puso en un predicamento: 5,000 hombres quedaron atrapados en el Bocay, con comida para sólo dos o tres días. De acuerdo con Calero, la única solución era Sapoá.⁵⁹ Así, los representantes de la resistencia (Calero, César y Sánchez) acudieron a Sapoá para encontrarse con Daniel y Humberto Orega, jefes de la delegación del FSLN.

El 21 de marzo de 1988 se firmó el cese al fuego. Se establecieron entre otras cosas:

- Siete enclaves de cese al fuego, en los cuales se encontrarían los rebeldes para el 15 de abril.

- Libertad de expresión ilimitada.
- Entrega de ayuda humanitaria en los enclaves por una organización neutral.
- Representantes de la resistencia participarían en un diálogo nacional para negociar la reforma democrática.
- Una Comisión de Verificación vigilaría el proceso.⁶⁰

En marzo, antes de la firma del Acuerdo de Sapoá, la contra recibió 17.7 millones de dólares de ayuda humanitaria. El problema era que los sandinistas querían negociar la rendición de la contra en ese momento y posponer la puesta en marcha de las reformas democráticas. La Contra no estaba unida y no tenía claro que rumbo tomarían las negociaciones. De acuerdo con Donald Castillo: "Nadie sabía donde estaba parado cada quien". Había mucha desconfianza; existía incluso el rumor de que Calero había negociado secretamente con los sandinistas.⁶¹

La guerra había sido un factor importante para el gobierno sandinista. La necesidad de defenderse de la agresión contrarrevolucionaria sustituyó las falsas promesas de bienestar económico. Con las negociaciones, se descubrió que la oposición no sólo era militar sino también civil; es decir, que no solamente habían peleado con mercenarios. Los nicaragüenses, entonces, se encontraron con una alternativa real.⁶² Los sandinistas ofrecían la paz, pero ésta no tenía sentido si no estaba acompañada de ayuda económica, la cual se asociada con la oposición y con Estados Unidos. Por otro lado, los sandinistas no se abanderaron con la democracia, fue la oposición la que lo hizo. El gobierno sandinista siempre había dicho que no negociaría con la Contra, que, si acaso, lo haría con Estados Unidos. Los sandinistas consideraban a la Resistencia Nicaragüense como "mercenarios contrarrevolucionarios organizados, entrenados, financiados, armados y dirigidos por la CIA".⁶³

Después de la firma del Acuerdo de Sapoá, los sandinistas buscaron un acuerdo militar que estableciera la rendición y el desmantelamiento de la contra. El Acuerdo no se dio. La contra condicionó su desarme a cambio de que se llevaran a cabo reformas democráticas. El sandinismo fue forzado a negociar. En consecuencia, su preocupación mayor no se orientó hacia la cooperación entre sus opositores para mantener su dominio en el país, sino simplemente a garantizar su supervivencia mediante la rendición del contrario en la mesa de negociaciones.⁶⁴

En otros procesos de liberalización, cuando el proceso comienza desde arriba, el régimen se legitima. En este caso, el régimen sandinista se enfrentó a una espiral de presiones que demandaban concesiones difíciles de satisfacer sin perder legitimidad. Una vez que las negociaciones directas comenzaron el proceso no fue fácil. En mayo de 1988 el gobierno firmó un acuerdo de un cese al fuego permanente con el grupo Yatama de los indios Misquitos. Dos meses después, 44 personas fueron arrestadas en una manifestación contra el gobierno en Nandaime y el embajador norteamericano Richard Melton tuvo que abandonar el país. En octubre se volvió a declarar el estado de emergencia por los estragos del Huracán Joan. En febrero de 1989 se reunieron los presidentes centoramericanos en El Salvador para discutir el plan regional de paz, donde se acordó que a cambio de desmovilizar las bases de la Contra en Honduras, el gobierno nicaragüense tendría que acelerar su proceso de democratización. La Contra rechazaba desarmarse hasta que el gobierno manifestara su disposición real a democratizarse. Como respuesta, en marzo se liberaron casi dos mil prisioneros ex-guardias somocistas y el mes siguiente se anunció la fecha de las elecciones. En mayo el gobierno extendió unilateralmente el cese al fuego. La oposición, entre tanto, trabajaba rumbo a las elecciones. En junio la Unión Nacional Opositora (UNO) se integró con 14 partidos de oposición. En agosto, oposición y

gobierno acordaron que las elecciones estarían garantizadas por observadores extranjeros.

Cuando George Bush asumió la Presidencia de Estados Unidos, los actores del conflicto –la Contra, los sandinistas, los hondureños– estaban a la expectativa de lo que sería su política respecto al conflicto regional. Si bien el Presidente Bush estaba lejos de apoyar a los sandinistas, al menos no condenó los resultados de la elección desde antes de que se realizara y alentó a la oposición a participar.⁶⁶ Honduras, por su parte, temía que los norteamericanos abandonaran a la Contra, lo cual ocasionaría dejar a 10,000 o 12,000 personas armadas en su territorio. Poco a poco, Honduras y Nicaragua iniciaron mecanismos de cooperación, como la vigilancia en sus fronteras, por ejemplo, lo que constituyó un antecedente importante para la integración de las fuerzas de paz de la ONU que actuaron en Centroamérica.⁶⁶ En la Cumbre Presidencial de El Salvador en febrero de 1989 se emitió la *Declaración de Costa del Sol* que reactivó el proceso de paz. "El avance se produjo por medio de concesiones unilaterales de Nicaragua y Honduras...(como la) democratización en Nicaragua y no usar el territorio hondureño para agredir a otros".⁶⁷ En esta reunión se aprobó la idea de una fuerza de paz en Centroamérica. Nicaragua apoyó esta idea porque percibía que su presencia era el único medio para que Estados Unidos y Honduras aceptaran la desmovilización de la Contra. Honduras, por su parte, percibía que era un peligro tener a más de 10,000 extranjeros armados en su territorio, y Estados Unidos –según declaraciones del Vice Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, Tinoco– se aseguraría de que Nicaragua dejara de apoyar a El Salvador. Se planeó que la fuerza de paz estuviera constituida por alemanes, españoles, canadienses y, eventualmente, latinoamericanos; este cuerpo de paz estaría desarmado, cada seis meses renovarían su mandato y actuaría en los cinco países centroamericanos pero, principalmente, en las fronteras nicaragüense-

hondureña y salvadoreña-hondureña. En mayo de 1989, en un encuentro en Guatemala, los cinco presidentes acordaron darle a las Naciones Unidas la responsabilidad total para desmantelar a la Contra y recibir sus armas.⁶⁸

De manera paralela a este proceso, a finales de marzo la administración del Presidente Bush aprobó un fondo humanitario de 4.5 millones por mes a la Contra durante 10 meses. En ese mismo mes, el embajador soviético Yuri Dubinin indicó su voluntad para discutir el caso de Centroamérica como parte de la agenda regional de los encuentros entre Estados Unidos y la Unión Soviética que trataban los conflictos en Cambodia, Angola y América Central en 1987. Meses después, Edward Shevardnadze, Ministro de Relaciones Exteriores en la Unión Soviética, sugirió que las dos potencias garantizaran la paz en la zona con un acuerdo de equilibrio de fuerzas. Ese año terminó con una nueva modalidad en la cooperación soviético-norteamericana: en las Naciones Unidas, se anunció una primera resolución que alentaba a las naciones a fortalecer a la Organización de Naciones Unidas y a defender la paz. Los soviéticos convocaron a la creación de fuerzas de paz especiales, entre ellas, la que trabajaría en América Central.⁶⁹

No obstante, a fines de 1989 la Contra no se había desmovilizado y los sandinistas tenían que hacer reformas. El 13 y 14 de febrero de 1989 el gobierno sandinista se había comprometido en la reunión de los presidentes de Costa del Sol, en El Salvador, a adelantar las elecciones presidenciales y para la Asamblea Nacional para febrero de 1990 si a cambio los presidentes centroamericanos formulaban un plan para la desmovilización de la Contra en un periodo de noventa días. En agosto de ese año los presidentes centroamericanos se reunieron en Tela, Honduras, para acordar la desmovilización de la contra el 5 de diciembre. En Tela se acordó la desmovilización voluntaria, repatriación o

redistribución de la Contra en un periodo de 90 días. Para tal propósito, se estableció una Comisión Internacional de Apoyo y Verificación (CIAV) a cargo de las Naciones Unidas y la OEA. En noviembre de 1989, Ortega suspendió el cese al fuego porque decía que la Contra no había hecho lo necesario para desmovilizar a sus hombres. Como respuesta, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas estableció un grupo observador en Centroamérica para vigilar el cumplimiento de los acuerdos de Tela, prevenir incursiones más allá de las fronteras por grupos rebeldes y ayudar en los preparativos para las elecciones. Formalmente, la desmovilización de la Contra concluyó el 10 de junio de 1990.⁷⁰

E. Elecciones

La elección de Violeta Chamorro como representante de la UNO se determinó después de muchas rondas de votación. La UNO no era una oposición uniforme; fue el antisandinismo el que reunió a muchos partidos, entre otros, el Partido Comunista, el Partido Socialista y el Partido Nacional Conservador. La viuda de Pedro Joaquín Chamorro era una elección entendible por su popularidad personal y la tradición familiar, pero, principalmente, porque no pertenecía a ningún partido. A pesar de lo heterogéneo de la coalición se logró el acuerdo de un programa nacional.⁷¹

Del proceso sandinista se conoce menos. René Herrera señala que eligieron a Daniel Ortega para reflejar la unidad del Frente o, tal vez, porque fue la fracción tercerista la que dominó. Los sandinistas apelaban a la juventud que ellos habían educado, fue por ello que redujeron la edad obligatoria para votar a 16 años. El jefe de la campaña fue Bayardo Arce, que pertenecía a la facción de la Guerra Popular Prolongada, que eran los "duros" dentro del sandinismo. El presidente Ortega permitió que Estados Unidos financiara abiertamente a la UNO, pero no estaba dispuesto a

aceptar ninguna ayuda encubierta; de lo contrario, lo tomaría como bandera en su campaña política.

Los sandinistas privilegiaron el faccionalismo de los partidos de oposición y apelaron a ello en las elecciones, sin embargo no obtuvieron los resultados esperados: al confirmarse la vigilancia internacional de las elecciones, las facciones se agruparon en un solo frente antisandinista. La Contra supo mantener distancia de la UNO, ya que no se desmovilizó para unírseles formalmente como partido político. Pero si los resultados no se respetaban, la Contra continuaría atacando militarmente al gobierno.

Los observadores internacionales comenzaron a llegar a Nicaragua. Los árbitros electorales reunidos en una misión de las Naciones Unidas para Verificar las Elecciones de Nicaragua se distribuyeron en todo el territorio. Era la primera vez que la Organización verificaba las elecciones en un Estado; de hecho, lo hacía porque los cinco presidentes de Centroamérica la invitaron y se comprometieron a respetar la denuncia de irregularidades. Los tres principales grupos de observadores eran los que dirigían Carter, la OEA y la ONU. Las delegaciones que viajaron a Nicaragua tenían preparación de meses, además de la confianza de los contendientes; lo más importante para los observadores era mantener a la oposición en el juego electoral y no permitir que el gobierno intimidara a sus contendientes.⁷² En octubre de 1989 había 1,752,088 personas registradas para votar, apenas 10 % menos que el total del padrón. Los ciudadanos sentían que su voto sería importante.

En este panorama, las encuestas proliferaron. No existía una tendencia clara en favor de nadie. A pesar de los diferentes resultados, las encuestas realizadas en el periodo de precampaña acordaban en la existencia de un núcleo de votantes potenciales en favor del FSLN (20-25 %) y uno de oposición sandinista (20-25 %), un 40 % estaba indeciso o iba a abstenerse.⁷³ Los resultados dependían del entrevistador.⁷⁴ La encuesta

final fue el día de las elecciones: 54.7 % para la UNO y 40.8 % para los sandinistas. Las explicaciones fueron amplias: la acción imperialista, el miedo a la intervención norteamericana, la necesidad de ayuda económica. Un analista soviético escribió: "La derrota está ampliamente justificada...es un recordatorio de que los gobiernos deben escuchar a su pueblo."⁷⁵ Fidel Castro declaró que los sandinistas habían perdido porque habían hecho demasiadas concesiones. Mencionó que el único camino para sobrevivir era la resistencia⁷⁶

Sin embargo, el sandinismo ya no tenía muchos elementos para seguir resistiendo: en 1989 la inflación fue de 3,380 %, la deuda externa, per cápita, era la más alta del mundo, la tasa de desempleo era mayor a 40 %, los salarios eran equivalentes a los de 40 años antes y había miles de familias con pérdidas humanas.⁷⁷ La defensa del proyecto revolucionario llegó a representar en 1985 60 % del presupuesto, 40 % de la producción nacional y 25 % del Producto Nacional Bruto. La inelasticidad del gasto público, debida a las necesidades de defensa, dificultaba la disminución de la emisión de moneda y provocaba, por consiguiente, la hiperinflación. La guerra había causado pérdidas económicas por 9 mil millones de dólares en una sociedad de 3.5 millones de habitantes.⁷⁸

TABLA I

COSTOS DE LA GUERRA (1988-1989)	
Costos Humanos*	
Muertes	29.270
Heridos	18,012
Secuestrados	10,449
Total de Víctimas	57,731
Costos Económicos	
Daños Directos	
Daños materiales y producción perdida	\$1,997,900,000
Exceso en los costos de defensa	\$1,933,000,000
Embargo crediticio	\$642,600,000
Embargo comercial	\$458,900,000
Efectos Indirectos	\$2,548,300,000
Producción Perdida	\$837,900,000
Embargo crediticio	\$837,900,000
Embargo comercial	\$633,100,000
Costos económicos totales	\$9,087,700,000

Fuente: Datos Oficiales del Ministerio de la Presidencia, citado en: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, *Diez años en Cifras*, 1989, citado en Kent Norsworthy y Tom Barry, *Nicaragua. A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico, The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1990, p. 59.

*Estos datos incluyen tropas del Ejército Popular Sandinista, contras y civiles

De acuerdo a W. Robinson, la Unión Soviética y Europa del Este eran determinantes para la consolidación del gobierno sandinista.⁷⁹ Managua no intentaba sustituir la ayuda occidental, sino complementarla. Con el tiempo, la presión sobre Nicaragua aumentó y la Unión Soviética y Cuba dejaron de ser un sustento de los sandinsitas. Los cambios en la Unión Soviética de fines de los años ochenta significaron que la ayuda no iba a llegar tan fácilmente como antes, por lo que Nicaragua se quedó con muy pocas opciones. Tuvo que negociar la paz debido a que las alternativas para su existencia eran muy limitadas.⁸⁰

Daniel Ortega declaró que se respetarían los resultados; Tomás Borge anticipó que las fuerzas militares no debían quedar bajo el mando del nuevo gobierno.⁸¹ El Presidente Bush, mencionó que había tenido una conversación con el presidente soviético Gorbachev para asegurar que habría una transferencia ordenada del poder en Nicaragua.⁸² En Honduras, los líderes militares de la Contra manifestaban su disposición a desarmarse.⁸³ En marzo el Presidente Bush anunció su intención de terminar con el embargo comercial.⁸⁴

En las primeras horas del 26 de febrero, Ortega anunció en la televisión que respetaría los resultados, por su expresión, se podía suponer que no había ganado. Ese mismo día, el Presidente mostró su disposición a colaborar con el próximo gobierno. Esta era la primera vez en la historia de Nicaragua que el gobierno y la oposición buscaban la manera de confiar en el otro. Tanto Ortega como Chamorro solicitaron a los tres grupos de observadores presenciar y garantizar la transición del poder.

Con la cooperación de los colaboradores más moderados del FSLN y de la UNO, Humberto Ortega y Antonio Lacayo, respectivamente, los observadores ayudaron a definir un plan para asegurar una transición pacífica. En primer lugar, se estableció la fecha de la transferencia del poder; en segundo lugar, Chamorro se comprometía a respetar la integridad de las fuerzas armadas como institución y a nombrar en los puestos claves a hombres que no fueran enemigos de los sandinistas; en tercer lugar, ambas fuerzas políticas acordaron la desmovilización inmediata de la Contra (que no se completó sino hasta finales de junio de 1990),⁸⁵ además de acelerar la reforma agraria y resolver los problemas de expropiación dentro de la ley. En general, el gobierno de Violeta Chamorro se comprometía a respetar a los sandinistas y a buscar la reconciliación nacional, tarea nada fácil al enfrentarse con el disgusto de la Contra al saber que Humberto Ortega seguiría como el Jefe de las Fuerzas

Armadas. A pesar de que Chamorro estaba frente a un país con una economía deteriorada y con una paz muy frágil, la reconstrucción política y económica ya había empezado.⁸⁶

Por primera vez, las elecciones en Nicaragua ocurrieron en un clima de cierta estabilidad. En 1990 los electores decidieron el rumbo de su nuevo gobierno, los contendientes respetaron los resultados y negociaron una transición pacífica del poder, en la que los actores internacionales –las potencias, Contadora, los países centroamericanos y las Naciones Unidas– tuvieron un papel determinante en la confianza que los participantes internos tuvieron en el momento de realizarse las elecciones. Aunque el inicio democrático no resuelve todos los problemas de Nicaragua, el respeto al proceso electoral fue un primer paso para comenzar la reconciliación nacional.

¹A esta reunión también se le conoció como Foro Pro Paz y Democracia. Álvaro Echeverría Zuno, *Centroamérica: La Guerra de Reagan*, (México, Presencia latinoamericana, 1983), pp. 138-139.

²Donald Castillo Rivas, *Testimonio de la Guerra Civil en Nicaragua. Gringos, Contras y Sandinistas*, (Colombia, Tercer Mundo Editores, 1992), p. 259.

³William Goodfellow, "The Diplomatic Front" en Thomas W. Walker (ed.), *Reagan versus the Sandinistas. The Undeclared War on Nicaragua*, Boulder, Westview Press, 1987 p. 150.

⁴Como se verá más adelante, en el Documento de Objetivos se establecía la prohibición de bases militares extranjeras en Centroamérica. La razón por la que Estados Unidos suspendió estas pláticas se verán más adelante. *Ibid*, p. 151-152.

⁵William I. Robinson, *A Faustian Bargain, U.S. Intervention in the Nicaraguan Elections and American Foreign Policy in the Post-Cold War Era*, (Boulder, Westview Press, Boulder, 1992), p. 198.

⁶René Herrera, *El derrumbe negociado. Los avatares de un cambio de régimen* (México, El Colegio de México, 1994), p. 55.

⁷Josefina Zoraida Vázquez, *México y el Mundo. Historia de sus relaciones exteriores* (México, Senado de la República, 1991), p. 133 (Tomo VIII, responsable: Carlos Rico) .

⁹Claude Heller, "El grupo de Contadora en la crisis centroamericana", en México, Secretaría de Relaciones Exteriores, *Política Exterior de México, 175 años de Historia III*, México, 1985, *passim*.

⁹Rico, "The Contadora Experience and the Future of Collective Security", en Richard J. Bloomfield y Gregory F. Treverton (Eds.), *Alternative to Intervention: a New U.S. Latin American Security Relationship*, (Londres, Lynne Rienner, 1990), pp. 113-115.

¹⁰ Ver nota 1.

¹¹Para México, las ganancias obtenidas del petróleo le representaron recursos para tener una presencia activa en Centroamérica. Ejemplo de ello fueron la Declaración Franco Mexicana y el Acuerdo de San José, que ofrecía petróleo en términos preferenciales a los países centroamericanos. Más que ser un instrumento económico fue parte del proyecto mexicano de contribuir a la moderación de la Revolución Nicaragüense. Vázquez, *México y el Mundo. Op. Cit.*, p. 99.

¹²Olga Pellicer, "La concertación política en América Latina: la experiencia de Contadora", *Revista Mexicana de Política Exterior*, vol. I, núm.2, 1984, p. 12, pp. 11-17.

¹³José López Portillo visitó dos veces Managua; en su segunda visita, el 21 de febrero de 1982 propuso este Plan de Paz. CIDE, *Cuadernos de Política Exterior mexicana*, año 1, núm. 1, mayo de 1984, p. 208.

¹⁴Heller, "El grupo de Contadora en la crisis centroamericana", *Loc. Cit.*, 1985, *passim*.

¹⁵Alicia Frohmann, "De Contadora al grupo de los ocho: el reaprendizaje de la concertación", *Relaciones Internacionales*, 31, segundo trimestre de 1990, p. 13.

¹⁶*Documento de Objetivos*, elaborado en la IV reunión de cancilleres del Grupo de Contadora y de Centroamérica, en Panamá el 9 de septiembre de 1983 impreso en Michael Bagley, Roberto Alvarez y Katherine J. Hagedorn (eds.), *Contadora and the Central American Peace Process: Selected Documents* (Boulder, Col., Westview Press, 1985), pp. 176-180.

¹⁷Zúniga, *Nicaragua. El derrumbe negociado. Op. Cit.*, p. 54.

¹⁸Bagley, *et. al.*, *Contadora and the Central American Peace Process. Op. Cit.*, pp. 176-180.

¹⁹Vázquez, *México y el Mundo. Op. Cit.*, p. 137.

²⁰*The Europa World Year Book 1990* (Inglaterra, Europe Publications, 1991), p. 1191.

²¹Véase el inicio del capítulo

²²Daniel Ortega comunica su acuerdo en una carta a los cuatro países de Contadora el 21 de septiembre de 1984, en Bagley, *et. al.*, *Contadora and the Central American Peace Process. Op. Cit.*, pp. 83-85.

²³Vázquez, *México y el Mundo. Op. Cit.*, p. 139.

²⁴Bagley (de.), *Contadora and the Central American Peace Process. Op. Cit.*, pp. 185-191.

²⁵*The Europa World Year Book. Op. Cit.*, 1990, p. 1911.

²⁶William M. LeoGrande, "The Contras and Congress", en Walker, *Reagan versus the Sandinistas. Op. Cit.*, p. 213.

²⁷Rico, *México y el Mundo. Op. Cit.*, p. 141

²⁸Los esfuerzos del nuevo Grupo de los Ocho se multiplicaron: visitaron todos los países centroamericanos y Estados Unidos, sin embargo, los resultados fueron desalentadores

²⁹Heller, "El grupo de Contadora en la crisis centroamericana", *Loc. Cit.*, *passim*.

³⁰ Herrera, *Nicaragua, el derrumbe negociado. Op. Cit.* p. 68-73.

³¹Esta discusión puede consultarse, entre otros, en Susan Kaufman Purcell, "Demystifying Contadora", *Foreign Affairs*, vol. 64, núm. 1, verano de 1995, pp. 79-95 y en Ricardo Macouzet, "La diplomacia multilateral de México en el gobierno de Miguel de la Madrid", *Foro Internacional*, vol. 30, núm. 3 (119), enero-marzo de 1990, pp. 408-467 y Castillo Rivas, *Testimonio de la Guerra Civil. Op. Cit.*, quien dice que la política exterior mexicana respondía más a las necesidades internas, es decir, que intentaba satisfacer las demandas de los grupos de izquierda o que pedían apertura política..

³²Según los miembros del grupo, el Acta para la Pacificación de Centroamérica debía haberse firmado a más tardar el 6 de junio de 1986.

³³ Véase el capítulo III.

³⁴Gabrial Aguilera, Abelardo Morales y Carlos Sojo, *Centroamérica: de Reagan a Bush* (San José, FLACSO, 1991), p. 191-193.

³⁵Francisco Rojas Aravena, "El Proceso de Esquipulas: El desarrollo conceptual y los mecanismos operativos", en *Síntesis*, núm. 7, enero-abril 1989, pp. 211-213.

³⁶*Ibid.*, p. 213-214

³⁷Como se mencionará más adelante, el *Plan Arias* contemplaba casi los mismos puntos que este proyecto que consistía en:

1. Reconciliación Nacional
 - a)Amnistía
 - b)Diálogo
2. Cese al fuego
3. Democratización
- 4.Elecciones libres
5. Suspensión de Ayuda militar
6. No uso del territorio para agredir a otros Estados
7. Reducción de armamentos
8. Supervisión nacional e internacional
 - a)Comité de seguimiento
 - b)Respaldo y facilidades a los organismos de supervisión
9. Evaluación de los progresos hacia la paz
10. Democracia y libertad para la paz y el desarrollo,

Ibid., p. 213-214.

³⁸Citado en Rogelio Pardo-Maurer, *The Contras, 1980-1989. A special Kind of Politics* (New York, The Center for Strategic and International Studies, 1990), p.81.

³⁹*Ibid.*, p. 89.

⁴⁰Jack Child, *The Central American Peace Process, 1983-1991. Sheathing Words, Building Confidence*, (Boulder, Lynne Rienner,1992), pp. 178-184, Anexo 4.

⁴¹Para llevar a la práctica los acuerdos se crearon una serie de instrumentos: las Comisiones Nacionales de Reconciliación, la Comisión Ejecutiva, la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento, Cumbre Presidencial y Parlamento Centroamericano. *Ibid.*

⁴²Castillo Rivas, *Testimonio de la Guerra Civil. Op. Cit.*, p. 201.

⁴³Pardo Maurer, *The Contras. Op. Cit.*, pp. 90-91

⁴⁴Roger Miranda y William Ratliff, *The Civil War in Nicaragua. Inside the Sandinistas* (New York, Transaction Publishers, 1993), p. 233.

⁴⁵El caso más conocido fue que la CIA y el entonces embajador en Costa Rica, Lewis Tambs manipularon a los gobiernos de Monge y de Arias para instalar una pista de aterrizaje en la frontera con Nicaragua. *Tower Commission Report*, (New York, Random House, Febrero 1987), pp. 468-475.

⁴⁶Castillo Rivas, *Testimonios de una guerra civil. Op. Cit.*, p. 261.

⁴⁷Rojas Aravena, "El proceso de Esquipulas", *Loc. Cit.*, pp. 214-215.

⁴⁸Algunos de los pactos importantes fueron El Espino Negro, que justificó la intervención norteamericana de 1927-1933, el ascenso de los Somoza y el Asesinato de Augusto César. Sandino, los Pactos liberal-conservadores entre la dictadura de Somoza y el Partido Conservador de Nicaragua, el Pacto de los Generales (1950) entre Somoza y Emiliano Chamorro y los Pactos Somoza-Agüero en 1968 que consolidaron la dictadura. *Ibid.*, pp. 275-278.

⁴⁹Por el 70 aniversario de la revolución socialista.

⁵⁰Pardo Maurer, *The Contras, Op. Cit.*, p. 95.

⁵¹Boris Yopo H., "La Política exterior de Cuba en 1985: ¿Hacia una definitiva reinsertión en América Latina?", en Heraldo Muñoz (comp.), *América Latina y el Caribe: Política exterior para sobrevivir*, (Argentina, Prospel, 1986), p. 145 (Anuario de Política Exterior 1985-1986).

⁵²Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution. Cuba's Foreign Policy* (Cambridge, Harvard University Press, 1989), pp. 239-249.

⁵³Juan Valdéz Paz y Julio Carranza Valdéz, "La política cubana hacia Centroamérica", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. VII, núm. 15, julio-diciembre, 1990, pp. 200-201.

⁵⁴Boris Yopo, "Política exterior de Cuba en 1987: análisis y comentarios", en Muñoz, *Las Políticas Exteriores de América Latina y el Caribe. Un balance de esperanzas* (Argentina, Prospel, 1988), pp. 97-98 (Anuario de Política Exterior 1987-1988).

⁵⁵Fernando Bustamante, "Soviet Foreign Policy toward Latin America. Time for renewal", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 32, núm. 4, 1990, pp. 38-45.

⁵⁶Yopo, "Nicaragua: La Política exterior como estrategia de sobrevivencia", en Muñoz (comp.), *América Latina y el Caribe. Op. Cit.*, p. 395 (Anuario de Política Exterior 1987-1988).

⁵⁷Citado en Jan S. Adams, "Change and Continuity in Soviet Central American Policy", *Problems of Communism*, vol. 38, núm. 2-3, marzo-junio de 1989, pp. 113-114.

⁵⁸Estimaciones de inteligencia norteamericana calculan que la Unión Soviética entregó 515 millones de dólares en asistencia militar y 465 millones de dólares en ayuda económica a Nicaragua durante 1988 citado en Yopo, "Nicaragua: diez años de política exterior", en Muñoz, *El desafío de los noventa* (Argentina, Prospel, 1990), p.273 (Anuario de Política Exterior Latinoamericana 1989-1990).

⁵⁹Conversación con Calero en Castillo, *Testimonio de una guerra Civil. Op. Cit.*, p.105.

⁶⁰*Ibid*, p. 105-106.

⁶¹Citado en Pardo Maurer, *The Contras. Op. Cit.*, p. 109.

⁶²Adam Przeworski señala que la pérdida de la legitimidad puede no causar el derrumbe de un régimen, sino que es necesario que los individuos tengan una alternativa a su situación.

Véase Guillermo O'Donnell y otros (eds.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, (vol. iii, Buenos Aires, Paidós, 1988), p. 88, vol. III.

⁶³Presentación general de la propuesta de Nicaragua de un tratado con Estados Unidos, del 15 de octubre de 1983, en Bagley, *et. al.*, *Contadora and the Central American Peace Process. Op. Cit.*, p. 62.

⁶⁴Herrera, *El derrumbe negociado*, p. 90

⁶⁵Robert Pastor, *Whirlpool, U. S. Foreign Policy toward Latin America and the Caribbean* (New Jersey, Princeton University Press, 1992), p. 238.

⁶⁶Child, *The Central American Peace Process. Op. Cit.*, p. 63-64.

⁶⁷Francisco Rojas Aravena, "Centroamérica. En busca de una nueva legitimidad democrática", *Aportes*, San José, marzo de 1989, pp. 34-37.

⁶⁸Child, *The Central American Peace Process. Op. Cit.*, p. 66.

⁶⁹*Ibid.*, pp. 68-69.

⁷⁰Los fracasos en la solución de los problemas de reinserción a la vida ciudadana han alentado la amenaza del rearme de los combatientes. Herrera, *Nicaragua. El derrumbe negociado. Op. Cit.*, p. 162.

⁷¹Robert Pastor, *Whirlpool. Op. Cit.*, p. 237.

⁷²*Ibid.*, p. 241.

⁷³William Bollinger, "Pollsters Invade Nicaragua", and William A. Barnes, "Ovcerview: Initial Pre-Election Poll Results", *Interamerican Public Opinion Report* (Enero de 1990), pp. 1-4,5,14, citado en Robinson, *A Faustian Bargain. Op. Cit.*, p. 88.

⁷⁴ Después de las elecciones , un periodista norteamericano hizo un experimento: tres equipos de encuestadores realizaron el mismo cuestionario pero con lápices de diferentes colores: uno del color del FSLN, otro de la UNO y otro neutral. Los resultados fueron diferentes en cada caso Howard Schuman, "3 Different Pens help Tell the Story", en *The New York Times*, 7 de marzo de 1990, p. 15A, citado en Herrera *El derrumbe negociado. Op. Cit.*, p. 125.

⁷⁵Alexander Baryshev, citado en *Ibid.*, p. 51.

⁷⁶Citado por Carlos Vilas, "La contribución de la política económica y la negociación internacional a la caída del gobierno sandinista", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1990, p. 329.

⁷⁷Bill Gibson, "The Nicaraguan Economy in the Medium Run", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 33, núm. 2, verano de 1991, pp. 23-51.

⁷⁸Robinson, *The Faustian Bargain*, p. 36,

⁷⁹*Ibid.*

⁸⁰*Ibid.*, pp. 38-39

⁸¹*Los Angeles Times*, 27 de febrero de 1990, p. 1A

⁸²*The New York Times*, 1 de marzo de 1990, p. 10.

⁸³Herrera, *El derrumbe negociado. Op. Cit.*, p. 128.

⁸⁴*Europe Year Book. 1990, Op. Cit.*, p. 1913.

⁸⁵Philip J. Williams, "Elections and Democratization in Nicaragua: The 1990 Elections in Perspective", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 32, núm. 4, 1990, p. 27.

⁸⁶ Pastor, *Whirlpool. Op. Cit.*, p. 246.

CONSIDERACIONES FINALES

El cambio de régimen en Nicaragua en 1990 puede definirse como un proceso en el que se debilitan las instituciones heredadas del pasado sandinista que impiden la formación de una política democrática y en el que se inicia el establecimiento de instituciones y prácticas democráticas. Este cambio comenzó en el momento en que el sandinismo reconoció que no podía consolidarse si continuaba con la guerra civil, así que manifestó su disposición para negociar con sus contrarios una fórmula política que pusiera fin al conflicto e iniciara una liberalización que modificaría el proyecto revolucionario y, eventualmente, le permitiría consolidar su poder. En efecto, el sandinismo no escogió el momento para iniciar la apertura, sino que lo hizo cuando estaba agobiado por la guerra, el desastre económico y la presión internacional.¹

Lo que se intentó demostrar en la tesis fue que el gobierno sandinista estuvo lejos de los elementos que podían facilitar su consolidación. Una difícil relación con Estados Unidos, la debilidad de su economía y los cambios en la Unión Soviética fueron factores que impidieron el afianzamiento del proyecto sandinista y favorecieron la negociación con las fuerzas opositoras. En el periodo sandinista, el modelo intervencionista de Estados Unidos en la formación del poder político en Nicaragua se repitió aunque quizá con una manifestación distinta. Estados Unidos estaba dispuesto a intervenir y una facción en Nicaragua, la Contrarrevolución, supo explotar esa intervención.

Históricamente, la presencia de Estados Unidos ha sido determinante en la formación del poder político nicaragüense. No obstante, pese a su poder, Estados Unidos no siempre logró que hubiera estabilidad en Nicaragua, ya que la ausencia de una fuerza política dominante o la fragilidad del Estado nicaragüense lo impedían. La dinastía somocista fue la opción que Estados Unidos encontró a la intervención directa.² Sin

embargo, los cambios en la sociedad, la desigualdad económica en Nicaragua y los excesos del gobierno debilitaron el poder del "hombre fuerte" que los norteamericanos habían encontrado y, una vez más, Estados Unidos se convirtió en un actor primordial del sistema político nicaragüense.

La llegada de los sandinistas al poder en 1979 puede entenderse por las condiciones económicas en Nicaragua durante el gobierno somocista, por la alianza de la oposición civil y armada y por la actitud internacional crecientemente hostil hacia la dictadura somocista. La Revolución Nicaragüense coincidió con un gobierno norteamericano que cambió sus relaciones, al menos en discurso, con América Latina. Puede decirse que los intentos de la administración Carter por hacer respetar los derechos humanos contribuyeron al aislamiento de Somoza, mientras que la represión que el gobierno de éste llevó a cabo favoreció la alianza entre la oposición nicaragüense así como el desprestigio internacional de la dictadura. Mientras que casi siempre la actitud de Estados Unidos había sido en favor de Somoza, la ambigüedad de Carter favoreció a la oposición, en la que los sandinistas eran la fuerza más importante. Estados Unidos fue, así, un factor importante en los cambios del poder en Nicaragua.

El Presidente Carter favoreció a los sandinistas en el cambio de poder, lo cual se revirtió durante la Administración Reagan. Centroamérica fue un tema recurrente de la campaña para las elecciones presidenciales estadounidenses de 1980. Los Republicanos veían a la Revolución Sandinista como parte de sus relaciones con la Unión Soviética y de la guerra civil en El Salvador,³ y consideraban que la actitud de los Demócratas había favorecido a las fuerzas revolucionarias en Nicaragua. De la misma manera que Carter había tenido el propósito de mejorar la imagen de Estados Unidos, Reagan buscaba retomar el control de los

asuntos que ocurrían en el mundo.⁴ Durante el periodo de la Presidencia de Reagan, Estados Unidos utilizó una fuerza nicaragüense para lograr sus objetivos. De nuevo, la potencia influyó en el cambio de poder, esta vez en detrimento de los sandinistas.

La administración Reagan se esforzó por presentar a los sandinistas como un gobierno que afectaba directamente la seguridad norteamericana. Al iniciar los años ochenta, el gobierno norteamericano justificó su intervencionismo como una manera de impedir que Nicaragua participara en los asuntos de otros países. Gradualmente, el objetivo cambió a la promoción de la democracia. La política de Estados Unidos hacia Nicaragua, durante el periodo de la administración Reagan tuvo dos facetas: por una parte, apoyó a una facción nicaragüense dispuesta a cooperar: la Contra (con la que aplicó la estrategia de la Guerra de Baja Intensidad), y, por la otra, presionó política y económicamente al gobierno sandinista. El objetivo último, que los sandinistas dejaran el poder, se cumplió en las elecciones de 1990. Además de que el gobierno de Nicaragua se enfrentaba a la oposición de Estados Unidos, el sistema internacional les dejaba sin alternativas de apoyo.

Por su parte, la Unión Soviética siempre mantuvo una postura cautelosa respecto al caso nicaragüense. El apoyo que los soviéticos prestaron a Nicaragua fue promovido, en gran medida, por los cubanos. De hecho, si Estados Unidos hubiera invadido Nicaragua, el apoyo de la Unión Soviética habría sido esencialmente político.⁵

Es posible que la Unión Soviética considerara que el conflicto de Estados Unidos con Nicaragua podría complicar sus relaciones bilaterales con Washington si no marcaba límites a su compromiso y apoyaba las propuestas de paz regionales. La tentación de un acuerdo global entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que pusiera fin al cauto respaldo de Moscú a Nicaragua estaba presente. Al final de los años ochenta un

sistema internacional diferente influyó en la configuración acción del poder en Nicaragua.

Las elecciones en Nicaragua ocurrieron en un clima de precaria estabilidad, propiciada por la distensión que las propuestas de paz regionales originaron. En 1990, los electores decidieron el rumbo de su nuevo gobierno, los contendientes respetaron los resultados y negociaron una transición pacífica del poder, en la que los actores internacionales --las potencias, Contadora, los países centroamericanos y las Naciones Unidas-- tuvieron un papel determinante en la confianza que los participantes internos tuvieron al emitir su voto. Es preciso señalar que el inicio democrático es sólo un primer paso para comenzar la reconciliación nacional, ya que si bien es cierto que los nicaragüenses decidieron el gobierno que deseaban, esto no resuelve sus problemas.

Después de que Violeta Chamorro asumió la Presidencia la situación económica de Nicaragua no ha mejorado sustancialmente; de hecho, ha empeorado. El 50 % de los nicaragüenses no tiene trabajo y el descontento aumenta porque los recursos económicos no llegan en las cantidades prometidas. Además, los pugnas entre los simpatizantes y los oponentes a los sandinistas no permiten que el cambio de régimen en Nicaragua se consolide; entonces, la presidencia tiene que equilibrar las fuerzas que le rodean, pero esto le ocasiona debilidad. Es posible que el rearme de "recontras" y "recompas" vuelva a poner a Nicaragua en una situación de inestabilidad. En las elecciones de 1990, los nicaragüenses votaron a favor de un cambio que prometía ser mejor; sin embargo, el desencanto con las fuerzas políticas nacionales es evidente. Existen manifestaciones de descontento en la montaña y, pareciera de nuevo que, aun después de las elecciones, no hay un grupo político lo suficientemente fuerte como para promover mejores condiciones de vida en Nicaragua. La situación en Nicaragua muestra que el debate sobre la solución de los

problemas en los países del Tercer Mundo sigue inconcluso, ya que la democracia no parece ser la respuesta anhelada.

Al finalizar la Guerra Fría, Nicaragua dejó de ser un asunto importante para Estados Unidos, que fue el factor externo más importante en la caída del gobierno sandinista. Ahora, la ayuda externa no es suficiente, y puede decirse que las prácticas democráticas a las que apelaban los norteamericanos tampoco han facilitado el camino hacia la reconstrucción nicaragüense.

¹René Herrera, Nicaragua. *El derrumbe negociado. Los avatares de un cambio de régimen* (México, El Colegio de México, 1994) p. 41.

² Lester D. Langley, *The United States and the Caribbean in the Twentieth Century* (Athens, Georgia, The University of Georgia Press, 1982), p. 149.

³Dennis Gilbert, "Nicaragua", en Blachman (ed.), *Confronting Revolution. Security through Diplomacy in Central America*, (New York, Pantheon Books, 1986), p.99.

⁴Daniel Yankelovich y Larry Kaagan, "Assertive America", en *Foreign Affairs: America and the World*, 1980, p. 696 en Robert Pastor, *Condemned to Repetition: The United States and Nicaragua* (Princeton, Princeton University Press, 1987), p. 230.

⁵Cole Blasier, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America*, (Pittsburgh, Pa., University of Pittsburgh, 1987), p. 151 (Pittsburgh Latin American Series).

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Jan S., "Change and Continuity in Soviet Central American Policy", *Problems of Communism*, vol. 38, núm. 2-3, marzo-junio de 1989, pp. 112-120.
- Aguilera, Gabriel, Abelardo Morales y Carlos Sojo, *Centroamérica: de Reagan a Bush*, San José, FLACSO, 1991.
- Allen, Hoory Cranbrook, *Great Britain and the United States. A History of Anglo-American Relations (1783-1952)*, Long Acre, London, Odhams Press Limited, 1954.
- Atkins, G. Pope, *Latin America in the International Political System*, New York, The Free Press, 1977.
- Bagley, Michael, Roberto Alvarez y Katherine J. Hagedorn (eds.), *Contadora and the Central American Peace Process: Selected Documents*, Boulder, Co., Westview Press, 1985.
- Baldwin, David A., "Power Analysis and World Politics: New Trends versus Old Tendencies", *World Politics*, vol. 31, núm. 2, pp. 161-194.
- Benítez, Raúl, Lucrecia Lozano y Lilia Bermúdez, *EE.UU. contra Nicaragua: la Guerra de Baja Intensidad en Centroamérica*, Madrid, Revolución, 1987, p. 57, Textos Breves 6.
- Bermúdez, Lilia, *Guerra de Baja Intensidad. Reagan contra Centroamérica*, México, siglo XXI, 1987, Sociología y Política.
- Blachman, Morris J., (et. al.), *Confronting Revolution. Security through Diplomacy in Central America*, New York, Pantheon Books, 1986.
- Blasier, Cole, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America*, Pittsburgh, Pa., University of Pittsburgh, 1987, p. 151, Pittsburgh Latin American Series.
- Bustamante, Fernando, "Soviet Foreign Policy toward Latin America. Time for Renewal", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 32, núm. 4, 1990, pp. 35-62.

- Carothers, Thomas, *In the name of Democracy. U.S. Policy toward Latin America in the Reagan Years*, California, University California Press, 1991.
- Castañeda, Jorge G., *Utopía Desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1993.
- Castillo, Rivas, "El marco sociopolítico de la 'crisis de Nicaragua' y los efectos de la intervención del gobierno del Presidente Carter", CIDE, *Cuadernos Semestrales, Estados Unidos. Perspectiva latinoamericana y América Latina II*, núm. 6, 2o. semestre de 1979, pp. 39-59.
- , *Testimonio de la Guerra Civil en Nicaragua. Gringos, Contras y Sandinistas*, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1992.
- Child, Jack, *The Central American Peace Process, 1983-1991. Sheathing Words, Building Confidence*, Boulder, Lynne Rienner, 1992.
- Connell-Smith, Gordon, *The Inter-American System*, London, Oxford University Press, 1966.
- Conroy, Michael E., "External Dependence, External Assistance, and Economic Aggression Against Nicaragua", en *Latin American Perspectives*, Issue 45, Vol. 12, núm. 2, Primavera de 1985, pp. 39-67.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. Vida política exterior, primera parte*, México, Hermes, 1955-1972, vol. 6.
- Dickey, Christopher, *With the Contras. A Reporter in the Wilds of Nicaragua* New York, Simon and Schuster, 1985
- Diederich, Bernard *Somoza and the Legacy of U.S. Involvement in Central America*, New York, E.P. Dutton, 1981.
- Dominguez, Jorge I., *To Make a World Safe for Revolution. Cuba's Foreign Policy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1989.

- Dueñas Pulido, Antonio, *Visión soviética sobre el problema Centroamericano*, IMRED, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, 1989, Cuadernos del IMRED, núm. 42.
- Echeverría Zuno, Álvaro, *Centroamérica: La Guerra de Reagan*, México, Presencia latinoamericana, 1983.
- Edelman, Marc, *Siete décadas de relaciones soviético-latinoamericanas*, México, Centro Latinoamericano de Estudios Estratégicos, 1987.
- Frohmann, Alicia, "De Contadora al grupo de los ocho: el reaprendizaje de la concertación", *Estudios Internacionales* (Chile), vol. 22, núm. 87, julio-septiembre de 1989, pp. 365-427.
- Gálvez Borrel, Jesús, "Las relaciones internacionales de América Central, el caso de la URSS", *Foro Internacional*, Vol. XXVIII, núm. 4 (112), abril-junio de 1988), pp. 719-815.
- García, Rigoberto (ed.), *Central America: Crisis and Possibilities*, Estocolmo, Institute of Latin American Studies, 1988, p. 22, Monografía núm. 16.
- Garza, Humberto, *La Política Exterior de la Unión Soviética*, (tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales), México, El Colegio de México, 1978.
- Gibson, Bill, "The Nicaraguan Economy in the Medium Run", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 33, núm. 2, verano de 1991, pp. 23-51.
- Gourevitch, Peter, "The Second image reversed: the International Sources of Domestic Politics", *International Organization*, vol. 32, núm. 4, otoño de 1978, pp. 881-911.
- Haig, Alexander M., *Caveat: Realism, Reagan and Foreign Policy*, New York, Macmillan, 1984.

Herrera Zúniga, René, "Centroamérica en la política internacional, Breve Resumen Histórico", *Estudios Centroamericanos*, núm. 8, 1982, pp. 61-77.

-----, *El derrumbe negociado. Los avatares de un cambio de régimen*, México, El Colegio de México, 1994.

-----, "Las relaciones entre Nicaragua y México", en Mario Ojeda (ed.), *Las relaciones de México con los países de América Central*, México, El Colegio de México, 1985.

-----, *Relaciones Internacionales y Poder Político en Nicaragua*, México, El Colegio de México, 1991.

Huntington, Samuel P., *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968.

Information Services on Latin America, volúmenes 26-36.

Informe de la Comisión Nacional Bipartita sobre Centroamérica, México, Diana, 1984.

Insulza, José Miguel, "La política exterior de Estados Unidos en los años ochenta y su impacto en el sistema internacional", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, núm. 19 primer semestre de 1986, pp. 116-133.

-----, "Centroamérica y Estados Unidos", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Las relaciones interamericanas: crisis y perspectivas*, núm. 17, 1er. semestre de 1985, pp. 113-134.

-----, "Geopolítica e intereses estratégicos en Centroamérica y el Caribe", *Síntesis*, núm. 7, 1989, pp. 330-342.

Keesing's Record of World Events, Volúmenes XXX-XXXVI.

LaFeber, Walter, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*, New York, W.W. Norton, 1984.

Larkin D. Bruce (ed.), *Vital Interests. The Soviet Issue in U.S. Central American Policy*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1988.

- Lawton Casals, Jorge, "Crisis de la hegemonía. La política de Carter hacia Nicaragua", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos. Perspectiva latinoamericana. Carter y América Latina II*, Núm. 6, segundo semestre de 1981, pp. 59-109.
- LeoGrande, William M., "The Revolution in Nicaragua, another Cuba", *Foreign Affairs*, vol.58, núm 1, Otoño de 1979, pp. 28-50.
- Langley, Lester D., *The United States and the Caribbean in the Twentieth Century*, Athens, Georgia, The University of Georgia Press, 1982.
- Leiken, Robert S., y Barry Rubin, *The Central American Crisis Reader*, New York, Summit Books, 1987, p. 689.
- López, Julio, Orlando Núñez, Carlos Fernando Chamorro y Pascual Serrea. *La Caída del Somocismo y la Lucha Sandinista en Nicaragua*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1979.
- Macouzet, Ricardo, "La diplomacia multilateral de México en el gobierno de Miguel de la Madrid", *Foro Internacional*, vol. 30, núm. 3 (119), enero-marzo de 1990, pp. 408-467.
- Martínez Baracs, Andrea Guadalupe, *La Guerra Encubierta de Estados Unidos contra la Revolución de Nicaragua (1981-1984)*, Tesis de Licenciatura en Relaciones Internacionales, México, UNAM, 1986.
- Miranda, Roger y William Ratliff, *The Civil War in Nicaragua. Inside the Sandinistas*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1993.
- Muñoz, Heraldo (ed.), *América Latina y el Caribe. Política exterior para sobrevivir*, Argentina, Prospel, 1986, Anuario de Política Exterior 1985-1986.
- , *América Latina y el Caribe, Las Políticas Exteriores de América Latina y el Caribe. Un balance de esperanzas*, Argentina, Prospel, 1988, Anuario de Política Exterior 1987-1988.

- , América Latina y el Caribe. *El desafío de los noventa*, Argentina, Prospel, 1990, Anuario de Política Exterior Latinoamericana, 1989-1990.
- Munro, Dana, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900-1921*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1964.
- Norsworthy, Kent y Tom Barry, *Nicaragua. A Country Guide*, Albuquerque, New Mexico, The Inter-Hemispheric Education Resource Center, 1990.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter, *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986.
- Pardo-Maurer, Rogelio, *The Contras, 1980-1989. A special Kind of Politics*, New York, The Center for Strategic and International Studies, 1990.
- Pastor, Robert, *Condemned to Repetition. The United States and Nicaragua* Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1987.
- , *Whirlpool, U. S. Foreign Policy toward Latin America and the Caribbean*, New Jersey, Princeton University Press, 1992.
- Pastor, Rodolfo, *Historia de Centroamérica*, México, El Colegio de México, 1988.
- Pelletier, Stephen R., *Perestroika and the Politics of the revolutionary Left in Latin America* (tesis), Mass. Universidad de Massachussetts, 1991.
- Pellicer, Olga, "La concertación política en América Latina: la experiencia de Contadora", *Revista Mexicana de Política Exterior*, vol. I, núm.2, 1984, pp. 11-17.
- Perkins, Dexter, *The United States and the Caribbean*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press. 1947
- Perkins, Whitney, *Constraint of Empire, The United States and Caribbean Interventions*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1981.

- Poitras, Guy, *The Ordeal of Hegemony. The United States and Latin America*, Boulder, Co., Westview Press, 1990.
- , "Un Post-mortem prematuro. La Doctrina Reagan y América Latina", *Síntesis*, núm. 7, enero-abril de 1989, pp. 364-380.
- Posen, Barry y Stephen Van Evera, "The Reagan Administration Defense Policy: Departure From Containment", en Kenneth Oye, Robert Lieber y Donald Rothchild (eds.), *Eagle Defiant. United States Foreign Policy in the 80's*, Boston, Little Brown, 1983, pp. 67-104.
- Purcell, Susan Kaufman, "Demystifying Contadora", *Foreign Affairs*, vol. 64, núm. 1, verano de 1995, pp. 79-95.
- , "The Contadora Experience and the Future of Collective Security", en Richard J. Bloomfield y Gregory F. Treverton (eds.), *Alternative to Intervention: a New U.S. Latin American Security Relationship*, Londres, Lynne Rienner, 1990.
- Robinson, William I., *A Faustian Bargain, U.S. Intervention in the Nicaraguan Elections and American Foreign Policy in the Post-Cold War Era*, Boulder, Westview Press, Boulder, 1992.
- Rojas Aravena, Francisco, "El Proceso de Esquipulas: El desarrollo conceptual y los mecanismos operativos", en *Síntesis*, núm. 7, enero-abril de 1989, pp. 209-225.
- Rouquié, Alain, *América Latina. Introducción al Extremo Occidente*, México, Siglo XXI, 1989.
- Sarkesian, Sam S., "Low Intensity Conflict: U.S. Policy and Strategic Perspectives", en William J. Taylor, William J., Steven A. Maaranen y Gerrit W. Gong, *Strategic Responses to Conflict in the 1980s*, Lexington, Massachusetts, Lexington Books, D.C. Heath and Company, 1984, pp. 41-73.

- Selser, Gregorio, "La intensa guerra de Baja Intensidad. Concepto, definiciones, objetivos", *Nueva Sociedad*, 89, mayo-junio de 1987, pp. 100-113.
- Shirley, Christian, *Nicaragua. Revolution in the Family*, New York, Vintage Books, 1986.
- Stimson, Henry, *American Policy in Nicaragua*, New York, Arno Press, 1971.
- Suchlicki, Jaime, "Soviet Policy in Latin America: Implications for the United States", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 29, núm. 1, 1987, pp. 25-44.
- The Europa World Year Book 1990*, Inglaterra, Europe Publications, 1991, p. 1910-1924.
- Torres Rivas, Edelberto, "Notas para comprender la crisis política centroamericana" en *Centroamérica. Crisis y Política Internacional*, México, Cecade, CIDE, 1982, pp. 39-68.
- Tower Commission Report*, New York, Random House, Febrero 1987.
- Valdéz Paz, Juan y Julio Carranza Valdéz, "La política cubana hacia Centroamérica", *Cuadernos de Nuestra América*, vol. VII, núm. 15, julio-diciembre, 1990, pp. 79-97.
- Varenta, Jiri y Esperanza Durán (ed.), *Conflict in Nicaragua. A Multidimensional Perspective*, Boston, Allen & Unwin, 1987.
- Valenta, Jiri, *The USSR, Cuba and the Crisis in Central America*, Washington, Wilson Center Latin American Program, 1981, p. 22, Working Papers 98.
- Varas, Augusto, *América Latina y la Unión Soviética, Una nueva relación* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987, Colección Estudios Internacionales.

- Vázquez, Josefina Zoraida, *México y el Mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, México, Senado de la República, 1991, Tomo VIII (responsable: Carlos Rico).
- Velasco Grajales, Jesús, "Las tendencias ideológicas de la Nueva Derecha", CIDE, *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, núm. 19, primer semestre de 1986, pp. 336-351.
- Vergara Meneses, Raúl, José R. Castro, y Deborah Barry, *Nicaragua, país sitiado, Guerra de Baja Intensidad: agresión y sobrevivencia*, Managua, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 1986, p. 14, Cuadernos de Pensamiento Propio, Serie Avances 4.
- Vilas, Carlos, *State, Class & Ethnicity in Nicaragua. Capitalist Modernization and Revolutionary Change on the Atlantic Coast*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1989,
- , "La contribución de la política económica y la negociación internacional a la caída del gobierno sandinista", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1990, pp.329-348.
- Walker, Thomas W., *Nicaragua in Revolution* New York, Praeger Publishers, 1982.
- , *Reagan versus the Sandinistas. The Undeclared War Nicaragua*, Boulder, Westview Press, 1987.
- , *Nicaragua: The First Five Years*, New York, Praeger, 1985.
- Wheaton, Philip e Yvonne Dilling, *Nicaragua: A People's Revolution*, Washington, D.C., Ecumenical Program for Interamerican Communication and Action, 1980.
- White, Alan Richard, *The Morass, U.S. Intervention in Central America*, New York, Harper and Row Publishers, 1984.

- Williams, Philip J., "Elections and Democratization in Nicaragua: The 1990 Elections in Perspective", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 32, núm. 4, 1990, pp. 13-34.
- Woodward, Robert, *Veil: The Secret Wars of the CIA 1981-1987*, New York, Pocket Books, 1987.